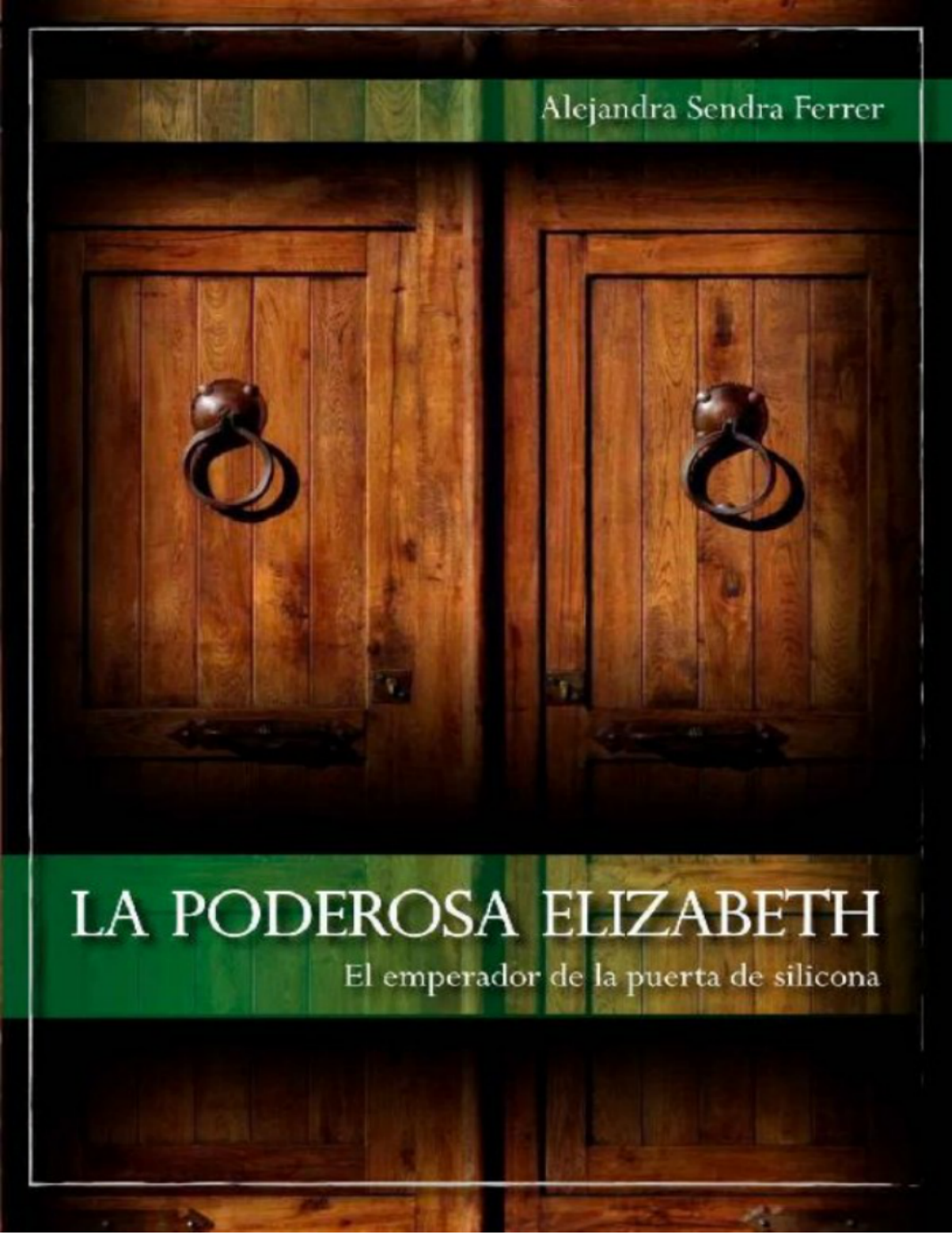
Alejandra Sendra Ferrer



LA PODEROSA ELIZABETH

El emperador de la puerta de silicona

La línea sucesoria del Imperio Scaeva está en peligro de extinción.

El emperador Aulus Equitius no tiene descendientes, se encuentra en edad avanzada y bastante enfermo.

La sequía está azotando todas las regiones del imperio. Las personas de los pueblos mueren de hambre y sed. El problema se está trasladando a otros sectores, generando consecuencias devastadoras para la vida de la población, alcanzando a los animales, quienes proveen sus lanas y pieles, y a las plantaciones en general.

Sólo hay un lugar donde hay un río: la ciudad de Selana, capital del Imperio. El emperador anuncia a través de un decreto que quien invente un sistema que pueda solucionar el inminente drama del agua en todo el imperio, ese será su sucesor.

El artesano Bezalel será el inventor del sistema de acueductos. Johanna, su mujer, cuidará de él mientras es maltratado por los soldados en el hostil predio de talleres donde se llevan a cabo los trabajos en madera.

Bezalel padece una enfermedad que inmoviliza sus miembros causándole fuertes dolores. Conocerá a su maestro carpintero que le enseñará a convertir la madera en silicona a través de su mente y le regalará una caja pequeña con rubíes

que será el símbolo de sus enseñanzas.

El flamante emperador junto a su emperatriz, Elizabeth, serán los protagonistas de una historia de amor, matizada por las durezas de la enfermedad, la tiranía y la realización de una majestuosa obra civil.

La poderosa Elizabeth: El emperador de la puerta de silicona

Alejandra Sendra Ferrer

(2018)

LA PODEROSA ELIZABERTH

El emperador de la puerta de silicona

Alejandra Sendra Ferrer

2018
Sendra Ferrer, Alejandra Yanina La poderosa Elizabeth -
El emperador de la puerta de silicona 200 páginas.
1a ed. 2018.
Libro digital, Amazon Kindle
Archivo Digital: descarga ISBN: 978-987-42-8954-4
. Novela. 2. Novelas Fantásticas. I. Título.
CDD A863
Copyright © 2018

Alejandra Sendra Ferrer Todos los derechos reservados. Este libro o cualquier parte del mismo no puede ser reproducido o utilizado de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del autor, excepto por el uso de citas breves en una reseña de un libro o revista académica.
Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
República Argentina
© 2018 Alejandra Sendra Ferrer
e-mail: alejandrasendraferrer@gmail.com
ISBN: 978-987-42-8954-4
Propiedad intelectual: EX-2018-35140507-
-APN-DNDA#MJ

Dedicado a los grandes hombres y mujeres, anónimos o reconocidos, que, a pesar de sus miserias y sus sombras, llevaron a la humanidad a una mejor realidad, a una nueva evolución.

CAPÍTULO 1

El castigo

Los gritos y lamentos podían oírse desde todos los rincones de la ciudad. Los trabajadores reducidos a una condición de cuasi esclavitud eran castigados por los soldados y jefes de obra de aquel tirano imperio. Diferentes métodos de tortura y castigo eran llevados a cabo sobre ellos, justificados por el más mínimo desliz.

Una guillotina con láminas de madera caía sobre la espalda del hombre. Castigarlos con el mismo elemento con el que ellos trabajaban les causaba más divertimento a los soldados imperiales que cualquier otra actividad. Les fortalecía la percepción de aumento de su autoridad, afianzando el temor por parte de sus súbditos. El impacto del bloque de madera encontraba como resistencia la piel al descubierto, y luego, los músculos de la cerviz y la carne, sin ninguna protección.

Aquel joven de veinte años de edad no encontraba otra alternativa que soportar los golpes. Uno por uno. Y sólo restaba consolarse con el pensamiento de una corta e incómoda noche de descanso. Aunque este pensamiento venía luego del mayor deseo de venganza. No sabía cómo, ya que se consideraba un simple trabajador, un foráneo, un esclavo de aquella vida.

—¿Por qué gritan así? —preguntó Johanna, una niña de doce años de edad, que se encontraba en el centro de la ciudad.

—Están siendo castigados. Hoy no deben haber cumplido con el objetivo diario de rendimiento y producción que imponen los tiranos —contestó Ezequiel.

—No soporto escuchar esos gritos de dolor. ¿A quién castigan hoy? —insistió con sus preguntas.

—Es Bezalel, hijo de Sofonías. Trabaja en la madera —le dijo, mientras ambos dirigían sus ojos hacia el lugar desde donde venían las quejas de dolor.

Se quedaron un rato, mirando, hipnotizados. Era bastante más fácil desarrollar empatía por el sufrimiento de aquellos que venían del mismo lugar. Las raíces, los orígenes, el lugar de nacimiento no era un detalle al azar. Aquello les daba un sentido de pertenencia, los definía en el camino de sus vidas. Los marcaba de manera inevitable, sean cuales fueren sus destinos.

—Vamos amiga, ten fe, sigamos con lo nuestro —contestó el niño de la misma edad, mirando con pena aquellas vasijas de barro cocido que esperaban ser llenadas con agua.

Ella asintió con sus párpados y le siguió. Le habían quedado algunas preguntas más. “¿Por qué ese joven y no otro? ¿Cuál era el

criterio bajo el cual elegían a quien castigar en nombre de la improductividad y de los objetivos no alcanzados?", entre otras dudas que evidentemente nadie estaría dispuesto a evacuarlas.

La poderosa Elizabeth – El emperador de la puerta de silicona Tomaron sus vasijas y se dirigieron al aljibe más cercano.

Pegados emocionalmente al castigo hacia uno de los de su pueblo, los niños jalaban con dificultad el cesto de madera que ascendía repleto de agua. Por momentos parecía que la vida de todos aquellos que fueron trasladados a la capital del imperio demandaba la adultez sin discriminación de edades. Y por otros momentos, escasos y fugaces, parecía que les era permitido comportarse como niños y disfrutar un par de horas de algún juego que los empolvara por completo, a causa de aquel elemento por el cual estaban constituidas las angostas calles de la ciudad.

Era su deber poder ayudar a sus familias en los quehaceres cotidianos. Uno de ellos, el más importante, era poder trasladar agua para sus casas. Pozos y aljibes había en toda la extensión de la ciudad. Sin embargo, la masa de gente crecía a pasos agigantados, en virtud del comercio y la sede del gobierno imperial, lo que provocaba que todos los recursos necesarios para el diario vivir parecieran siempre estar a punto de agotarse.

Era la ciudad principal, donde se encontraba la capital del imperio: la gran Selana. Caracterizada por sus calles de tierra arenosa, edificios y construcciones suntuosas de mármol y piedra, gruesos pilares sosteniendo todos los laterales de las edificaciones, finalizadas en típicos triángulos, posados sobre todas ellas.

Carros tirados por caballos, trasladando personas, otros de ellos mercancías, copaban los senderos reducidos y compartidos con los caminantes. A poca distancia, las embarcaciones saturaban el puerto, intercambiando todo tipo de mercadería, alimentos, objetos de tierras y pueblos lejanos, y las más variadas artesanías y especias provenientes de medio oriente.

Personas de todos los pueblos invadidos por el imperio habían sido trasladados a la ciudad para trabajar en las principales obras de arquitectura civil. Estaban siendo intimadas por el creciente territorio, que debía ser administrado por los gobernadores del emperador. Diferentes etnias, razas y pueblos de diversos orígenes convivían en un mismo lugar, convirtiéndola en una zona clave para desarrollar numerosas posibilidades de intercambios mercantiles y políticos, que hacían crecer los horizontes del vasto imperio.

El emperador Aulus Equitius del Imperio de Scaeva estaba enfocado en el trabajo de materiales para las obras, en las cuales el número de trabajadores asalariados en condiciones equivalentes a la

esclavitud ascendía a cifras escalofriantes. Acero, hormigón, cerámica, madera e incluso la piedra, soportaban los cimientos y estructuras de las obras más ambiciosas y visionarias que la expansión y la conquista mostraba por demás justificadas.

Hombres armados a caballo con lanzas, escudos, vestimentas con robustas armaduras y capas, exigían con dicha presencia del respeto de los pueblos y parecían estar dotados de gran poder.

Eran millares los militares del imperio. Impiadosos, torturadores, insensibles e insaciables. Sólo cumplían con su deber, negando cualquier objeción de conciencia. La misión imperial fundamentaba todos los medios y métodos.

***

—Llegué tan pronto como pude, señora. Cada vez más gente en la ciudad busca agua en los pozos y aljibes. —Johana entró a su casa, sabiendo lo que le esperaba, cargando con una vara de madera sobre su espalda que sostenía en cada uno de sus extremos vasijas llenas de agua.

—Ocúpate del resto de tus quehaceres. Sin excusas. Tus hermanas no pueden atender los trabajos de siervas —contestó Amira, su madrastra.

—Sí señora, enseguida —contestó con tristeza. Había optado por la resignación. A sus doce años de edad sus manos no parecían las de una niña. Las marcas del trabajo duro se delataban en el aspecto áspero y resquebrajado de su piel.

Extrañaba tanto a su padre. Desde que falleció se sintió profundamente sola. Alguna vez fantaseó con la ilusión de que pudiera tener otra vida con aquellas dos hijas de la nueva esposa de su padre, pero el tiempo fue suficiente para demostrarle lo contrario. Y un vago recuerdo, tan poco definido, le traía a la memoria aquella mujer de quien tuvo que despedirse cuando apenas tenía conciencia. Su madre, una mujer dulce y de suaves caricias, dejó en Johanna el sello de un apego interrumpido. La marca de una ausencia, inocentemente reclamada por la pequeña niña, a través del enojo y la rabia, tapando y escondiendo profundamente el sentimiento de abandono prematuro.

Huda y Jibrila tenían casi la misma edad que Johanna.

Acostumbradas al lujo y a la opulencia, que fue en detrimento al suceder la muerte de su padre, su madre se vio obligada a buscar una nueva unión matrimonial que les asegurara el buen pasar del cual otrora gozaban. Así fue cuando Amira conoció al padre de Johanna. Un hombre a quien Selana lo beneficiaba en gran manera. Sus negocios eran atendidos por él, asistido por un gran número de siervos. Algunos se encargaban de la parte comercial de los puestos de ventas, ubicados en puntos estratégicos de la ciudad. Y otros, en

la mayoría mujeres, realizaban la confección de los más hermosos y delicados tejidos.

La fortuna era parte del pasado. Amira había malgastado una buena porción de ella, perdiendo en el pago de las diferentes deudas a gran parte de sus siervos, así como también todos los elementos que pertenecían a los puestos comerciales ubicados en la ciudad. Sus malgastos, excesos e innecesarias adquisiciones habían terminado de dilapidar lo heredado de su segundo esposo, ya difunto.

Amira era una mujer que rondaba los cuarenta y cinco años de edad. Su cabello negro, sus ojos del mismo color y su vestimenta, rara vez abandonaban las tonalidades oscuras. Seria y parca por naturaleza, les había dado a las personas que alguna vez se cruzaban con ella pocas oportunidades de conocer sus dientes, a través de una delgada y accidental sonrisa. Más bien era amarga como la hiel. Prefería usar peinados altos y elaborados, como lo hacían las mujeres oriundas de Selana, lo cual le daba permiso a bajar su velo siempre que podía. Su semblante daba un giro de ciento ochenta grados cuando detectaba un hombre que pudiera darle el sustento que ella y sus hijas se merecían. Su seducción era tan poderosa como fingida, pero nada que un hombre pudiera detectar en los primeros acercamientos que ella lograba.

A veces se preguntaba si sus maridos preferían morir antes que aguantar la enorme carga que implicaba mantener a estas mujeres insatisfechas. En lo particular, Amira parecía sencillamente insaciable. Sin embargo, su nula capacidad de registro y de autoanálisis la despojaban de cualquier responsabilidad de las fallas en sus relaciones y vínculos con las personas. O de los negocios, o de lo que fuera. El emperador, los comerciantes, el clima, la arena o los camellos que cruzaban el desierto a varios kilómetros fuera de la ciudad, podía ser la causal de su ruina, de su mal carácter y temperamento. Menos ella, lógico.

Ahora era el tiempo de preparar a Huda, la mayor de las hermanas, para que pudiera salvar el buen nombre de la familia a través de un provechoso matrimonio. Algún hijo de comerciante, o quizás de un militar de alto rango del imperio, sonaban a prometedoras ofertas para el futuro y la prosperidad de las tres mujeres. Sin contar a Johanna como posibilidad para un casamiento de salvataje, claro. Por momentos parecía prácticamente invisible.

Huda era una chica que no se destacaba en cuanto a su belleza física. Sin embargo, era buena en todo aquello que se proponía. Aunque no perduraba en el tiempo. Al cabo de un periodo ya se sentía aburrida, y buscaba de forma ferviente otra actividad u ocupación que volviera a darle la emoción e ilusión natural de toda

nueva actividad. Le gustaba usar vestidos en tonalidades amarilla, ocre y mostaza. Las joyas eran su debilidad, y su fortaleza radicaba en la potente insistencia que ejercía sobre su madre para que accediera a comprarle una nueva joya que algún mercader extranjero había traído al mercado de la ciudad.

Su cabello rubio y ondulado, su piel intensamente blanca, sus pequeños ojos verdes y sus delicadas y vírgenes manos, la dotaban del aspecto de una muñeca que jamás había salido de su caja.

Jibrila, en cambio, había sacado los rasgos físicos de su madre. Sosteniendo siempre su velo coral sobre su cabeza, sus vestidos de costosas telas deambulaban en las tonalidades rojizas y naranjas, con finos detalles bordados en la mayoría, contrastando con su cabello negro intenso, que la colocaban en una categoría superior de belleza, en relación a su hermana mayor. Sus ojos negros profundos, su tez blanca pálida, gruesas cejas y dientes perfectos justificaban atareadas rutinas de cuidado y mantenimiento.

Le gustaba cocinar, eso sí. Además de pasearse por el mercado buscando nuevos objetos para comprar.

Su estatura media la mantenía como la menor de la casa, y sus interminables caprichos la mostraban semejante a una señorita que aún no había abandonado los modismos de una niña. Los celos hacia Johanna solo iban en aumento, a pesar de que disfrutaba de la totalidad de los beneficios que llegaban a la familia.

***

—Simplemente cumplan mis órdenes, ¡y traigan a mis aposentos a una mujer que pueda darme un descendiente! Ella se convertirá en la emperatriz y su hijo será el futuro emperador de todo Scaeva. Cientos de mujeres han pasado ante mí y ninguna es capaz de darme un heredero, ¡malditas mujeres! —gritaba enfurecido ordenando a sus servidores, mientras merodeaba a gran velocidad, recorriendo las decoradas galerías del palacio.

Era un decreto imperial. Mujeres hermosas, solteras y vírgenes en edad de procreación debían presentarse ante el Palacio del Imperio. Un grupo de consejeros de íntima confianza del emperador llevaban a cabo la selección de cada una de ellas. Baños florales, deliciosos perfumes y ropas reales de las más exquisitas telas acompañaban la caravana de preparativos que se realizaba en cada mujer.

El emperador las esperaba una por una, noche tras noche, mientras sus fuerzas y vigor masculino alcanzara, para llevar a cabo la importante tarea de buscar un heredero para aquel inmenso y próspero imperio. La esposa del emperador había fallecido hacía años, y no había logrado darle un hijo en sus años de fertilidad. Panorama que llenó de nerviosismo e impotencia a Aulus Equitius

en el sólo hecho de pensar que su dinastía no seguiría al mando político. Pretendía bajo cualquier circunstancia conservar los privilegios imperiales, políticos y económicos, y el honor en virtud de los logros obtenidos, gracias a la estrategia militar a través de la cual había llevado al imperio a límites insospechados de expansión y dominio.

***

Aulus Equitius era un hombre de edad avanzada. A sus sesenta y tantos años de edad proseguía con la meta de darle a su linaje un heredero político. Tenía una estatura media, un abdomen por demás prominente, piernas delgadas y manos tan cuidadas y delicadas como las de una mujer de la nobleza del palacio. Su cabello, que estaba completamente teñido de canas, erizado y áspero, parecía ser el sello de una vida cargada de preocupaciones, lo cual incrementaba la sensación de una acelerada vejez. Su voz era grave y ronca. Rápidamente encontraba cualquier fundamento para usarla al máximo de su potencia. Evidentemente era el motivo del carácter raspado de su voz.

Había sido un gran emperador. Visionario, ambicioso, estratega y organizado. Había sabido tomar decisiones complejas sin titubear. Su imperio demostraba la capacidad con la que lo había gobernado. Pero pronto, pasada su mediana edad, los rastros del deterioro cognitivo, de reflejos y de intuición, comenzaron a abrirse paso, convirtiéndolo en alguien más bien hipersensible, reaccionario, irascible, conspirativo y de sobresaltos incoherentes. Si algo de lucidez le quedaba, de la que tuvo en la flor de su juventud, era la de buscar con esmero alguien quien pudiera sucederlo.

***

—Siete años han pasado y no veo la manera en que podamos salir de esta letrina inmunda de salvajes esclavizantes —exclamó con rabia mientras pulía la madera.

—Tranquilo Bezalel, al menos nos pagan. Los tributos son altísimos, pero podemos alimentar a nuestras familias —contestó Ohad, intentando mirar el lado positivo de la situación laboral.

—Eso lo dices tú porque la tienes. Mi familia quedó en Beerseba, y aún no consigo guardar el dinero necesario para poder subir a un barco y ver a mis padres, si es que aún viven. La última vez que los vi tenía veinte años. Creo que ya ni me reconocerían —contestó con nostalgia.

—Lamento mucho tu situación, Bezalel. Quizás puedas comenzar a pensar en iniciar una nueva familia, aquí, en esta ciudad.

Muchas mujeres de nuestro mismo pueblo viven en Selana. Hermosas, vírgenes, jóvenes. Vamos compañero. Terminemos de pulir estos tablones de madera. Me da escalofríos el sólo pensar en

aquellos malditos y lacerantes castigos —continuó trabajando mientras aumentaba la velocidad de su cepillado.

Ohad y Bezalel se conocían desde que habían llegado a Selana. Los orígenes tenían la fuerza y la potencia equivalente a los caballos que tiraban los carros. Invariablemente, encontraban muchas más afinidades naturales entre aquellos que provenían de los mismos lugares comparado con personas de diferentes pueblos. A pesar de que ambos procedían de Beerseba, ellos no se habían conocido antes. Ohad tenía aquello que Bezalel mostraba en falta: el pragmatismo y la capacidad de contentarse con el presente, sin por eso perder las ambiciones hacia el futuro. Era un muchacho de evidente fuerza física. Se notaba por la forma de su cuerpo. De piel con tonalidades decididas por el sol, cabello castaño, enrulado y desprolijo, Ohad parecía siempre estar despreocupado y concentrado en su labor. Lucía una sonrisa atrapante acompañada con un semblante de humildad y buen humor, pese a cualquier circunstancia. Podía haber una explicación, tal vez, y era el hecho de su numerosa y cálida familia. No daba rastros de vacíos emocionales o dolorosos extrañamientos y separaciones. Y en cuanto a su oficio, se había llegado a convertir en un verdadero artista de la madera.

***

Las noches eran demasiado cortas como para compensar satisfactoriamente jornadas de tan intenso trabajo. El dolor muscular azotaba hasta la profundidad de los huesos. La resistencia se adquiría con los años en el oficio, pero el descanso nunca era suficiente.

El emperador guardaba con celo y sumo cuidado el cobro de los impuestos. Por supuesto, lo requería la causa: ensanchar y afirmar el imperio a través del desarrollo de obras civiles en las ciudades y pueblos conquistados a filo de espada, lo cual aumentaba la calidad de vida y daba mayores posibilidades a pueblos cada vez más numerosos.

Su casa estaba cerca del lugar de trabajo. Unos minutos a pie eran suficientes para estar ahí. En soledad, Bezalel contemplaba la luz de la llama consumiendo la vela mientras comía aquel pan saborizado con hierbas. Una parte de su salario debía ser destinado al pago de su comida. No tenía nada de malo que él amasara, pero en la medida de lo posible, trataba de evitar todo tipo de tarea doméstica.

Ya tenía suficiente trabajo en aquel taller de carpintería, dentro del predio destinado a la construcción de piezas de madera, como muebles, puertas, carros, puentes pre armados, entre otras aplicaciones, para las cuales la madera era de gran utilidad.

Su vecina, una señora de avanzada edad, no rechazaba el pago de Bezalel, pero a cambio, su casa estaba siempre limpia. Su comida caliente y recién horneada lo esperaba cada noche al regresar del predio. La casa era pequeña: el comedor, con la mesa y las sillas fabricadas por él, estaba separado de una segunda habitación a través de una cortina de tela blanca, casi traslúcida. Ahí se encontraba su cama. De madera también, cubierta por una frazada elaborada con tejidos de diferentes colores. Una pequeña mesa al lado de la cama sostenía otro portavela, similar al que se encontraba en la robusta mesa del comedor. Una ligera cortina cubría la ventana de la habitación por la parte de adentro, la cual flameaba tímidamente a causa de la brisa nocturna.

Su vecina, Yemina, había notado la ausencia de una mujer que pudiera hacerse cargo de todos aquellos elementos necesarios para que una casa pudiera considerarse como un hogar. A pesar de que Bezalel compraba gran parte de sus pertenencias, vajilla y vestimenta en el mercado, cada regalo, ya fuera de objetos para la modesta casa, o comida casera, siempre era bienvenido.

***

—Yemina, cuanto le agradezco su bondad. Las noches no se sienten frías gracias a su hermoso tejido que abriga mi cama.

—Se acercó a ella y besó su frente.

—Bueno, bueno. No seas tan comprador. Al final, a falta de hijos te tengo a ti. Me hace bien cuidarte, además me mantengo ocupada —contestó un poco incómoda ante las frecuentes demostraciones de afecto que fácilmente surgían de Bezalel.

—¡Adóptame entonces! —continuaba molestándola con cariño desde la ventana de su casa, yendo de salida.

—No seas ridículo, hombre. Consíguete una esposa. No una vieja como yo, ¡vamos, vete ya! —Ambos rieron a causa de aquella contestación.

En lugar de volver a su casa, decidió caminar por el centro de la ciudad. Agolpada de gente que volvía de sus trabajos, niños que se atravesaban abstraídos en sus mundos de juegos, soldados y guardia imperial en cada esquina, aromas de todo tipo de especias, provenientes principalmente de los pueblos de origen árabe bajo el régimen imperialista, caracterizaban a la creciente ciudad de Selana.

Los puestos de venta de los más variados productos pululaban en las ajustadas calles polvorientas y transitadas. Se sentó en las escaleras de un edificio público típico del imperio, alisadas perfectamente, formadas en base a un hermoso mármol. Miraba la gente pasar. Específicamente estaba tratando de identificar cuántas mujeres jóvenes pasaban por ahí. Quizás de esta manera podía

realizar un censo de cuán probable sería para él aquella virtud de conseguir una mujer. Su oferta no era muy frondosa. Amor masculino y la provisión de las necesidades básicas estarían cubiertas, nada más. Y si acaso alguna mujer llamaba demasiado su atención, ¿cómo se acercaría hasta ella? No era común, ni mucho menos bien visto, según las tradiciones de su pueblo, que una señorita soltera conversara durante algún tiempo en las calles, con un desconocido, como por si fuera poco. Se mantuvo ahí mirando, un buen rato. Tal vez una hora en total.

Bezalel era un joven de veintisiete años de edad. Cuando tenía veinte años fue trasladado por los soldados del imperio a la capital de este. La mayoría de los hombres, jóvenes y enérgicos, eran utilizados como mano de obra barata para levantar las obras que formaban parte de un monumental plan de expansión.

La vida en Beerseba era sencilla. Sus padres eran pastores de un modesto rebaño, y en un principio, se vieron beneficiados por las corrientes de masas de viajantes que comenzaban a movilizarse aprovechando el ajetreo del comercio. Este fenómeno se veía facilitado por las mismas rutas, vías de transporte y comunicación que el propio imperio habilitaba.

Su aspecto era el de un hombre robusto y macizo. Su parte superior comprobaba que su oficio, con el cual se ganaba el sustento de su vida, se valía de la fuerza de sus brazos y espalda. Su cabello castaño caía como en una especie de cascada sobre su cabeza, debido a su tipo lacio y pesado. Su rostro permanecía despejado, lo cual le había agradado desde que llegó a Selana. Era costumbre de su pueblo el dejarse crecer tupidas y pajosas barbas, pero en este caso, prefería afeitarse y así despojarse de esa tradición. El trabajo al rayo del sol, expuesto al sudor constante, señalaba como preferible un aspecto que permitiera el rápido aseo. Sus ojos eran de un hermoso color cielo, y su piel estaba dotada de un color trigueño, en virtud de los soles absorbidos en aquel taller de carpintería.

Volvió a su casa, luego de su avistaje en búsqueda de lo femenino, a paso lento y disfrutando de la noche estrellada, a pesar del cansancio que se hacía notorio en la pesadez de sus pies al caminar. Esta vez la cosecha no fue buena, pero sí, en cambio, la opción de dormir las horas que restaban hasta el amanecer era por ahora una propuesta algo más interesante.

***

La vela ya había sido consumida prácticamente por completo por el calor del fuego de su llama. Era cálida y acogedora, y a veces tenía aspecto de hogar. La pequeña casa tenía el tamaño suficiente para albergar a una sola persona. Así se podía concluir tomando

como base aquel diminuto espacio delimitado por barras hechas con palos de madera, al lado del comedor, con algo de paja y agua donde se encontraba su cabrito. Cada mañana recordaba que además de su buena amistad, éste le ofrecía leche recién ordeñada para cortar el ayuno de todos los días.

Sin embargo, sentado en una de las sillas realizadas por él, no tardaba en imaginar cuán bien se vería esa mesa si sus padres estuvieran ahí. Seguramente con más canas, y más sabiduría, por supuesto. Ellos seguramente estarían mostrando el paso de los años. Realmente deseaba poder vivenciar el hecho de verlos envejecer, y disfrutarlos día a día.

El acolchado tejido por Yemina era perfecto para abrigarlo por las noches. Dejó que sus ojos se apagaran junto con la disminuida llama de la vela.

***

Apenas el sol iluminó la agitada ciudad, Bezalel ya estaba en el taller junto a sus compañeros de obra. Aprovechaba de llenar lo suficiente su estómago con la leche de cabra recién ordeñada y el pan casero amasado por Yemina, ya que la tirada de horas de trabajo era larga hasta el almuerzo.

—Ohad, amigo, que bueno que ya estás aquí. Ya me siento aburrido de este trabajo y todavía el día no comienza —se quejó, como de costumbre.

—Bezalel, ¿quién más podría ser? Deja de llorar desde tan temprano. Ven, terminemos de lijar estas tablas —contestó, apenas levantando la mirada. Tenía la virtud de enfocarse en su trabajo con total facilidad, sin cuestionar y preguntarse por todo lo que acontecía en su vida.

—Está bien. Después debemos tallarla con todas las figuras sobrecargadas que a esta gente le gusta —continuó mostrando su evidente desacuerdo.

***

La mañana transcurrió igual que todas las anteriores. El sol radiante y penetrante marcaba la llegada del mediodía. El sudor llevaba horas corriendo por la piel de los trabajadores, compartiendo origen, en parte por el calor, y en parte por el exigente trabajo físico.

Bezalel estaba tallando un panel, que luego sería una enorme puerta. Comenzó a sentir un poco de picazón en su pierna izquierda. Gruñía de vez en cuando como consecuencia de tener que detener su trabajo, soltar sus herramientas y rascarse por un buen tiempo. Pero el escozor se transformó en puntadas. Dolorosas y localizadas le dieron paso a una lenta y progresiva parálisis.

Su pierna quedó rígida por completo. Cayó al piso gritando del

dolor. Su respiración estaba fuera de control. Sin darse cuenta, había presionado sus uñas contra su piel de tal manera que podía verse el rastro enrojecido de cada rascada.

—¡Ohad! ¡Ohad! ¡Ayúdame! ¡No puedo mover la pierna! ¡Ayúdame! —gritaba insistentemente buscando asistencia.

—¿Qué tienes, amigo? ¿Qué le ha pasado a tu pierna? —contestó gritando, corriendo hacia él. Acariciaba con desconcierto toda la piel raspada e irritada de su amigo.

—¡No puedo moverla! ¡Está doliéndome demasiado! —La transpiración se duplicó, y esta vez no era por el calor del sol.

Ohad estaba desconcertado. No tenía idea de cómo ayudarlo. Los gritos de Bezalel habían captado la atención de los soldados scaevanos que se encontraban en el predio, vigilando celosamente el trabajo de los artesanos.

En ese momento, Moshé se acercó apresuradamente. Pretendía llegar a asistirlo antes que los jefes del predio, que sin duda alguna tomarían medidas priorizando la productividad, a costa de Bezalel.

—¿Qué tienes, hombre? ¿Por qué estás gritando? —le preguntó en un tono de voz calmo, trayendo en su mano un trapo seco para secar el sudor.

—¡Mi pierna se ha paralizado! Comenzó siendo una picazón hasta terminar así, inmóvil, como está ahora, ¡ayúdame a trasladarme a la sombra, por favor! ¡Lo último que necesito es ese sol pegándome de esta manera! —Apretaba los dientes haciendo fuerza, pasando un brazo por el cuello de Ohad y el otro por el cuello de Moshé. Quedó tendido, recuperando de a poco el aire.

Moshé tomó un trozo de madera y lo puso en sus manos—. Toma este pedazo de madera y traslada sobre ella la rigidez de tu pierna —le dijo el maestro.

—¿Qué dices? —contestó Bezalel desorientado.

—Haz lo que te digo. Descarga sobre ella la dureza de tu pierna y toma de ella su humildad, la docilidad con la cual se deja ser transformada por los artesanos de este lugar —insistió con un tono de voz más firme. No parecía estar haciendo broma alguna.

—¿Y cómo hago eso? —Tomó tímidamente el trozo de madera.

—Visualízalo en tu mente. Vamos, hazlo —le indicó.

—Está bien… me dejas desconcertado con lo que me pides, pero lo haré. —Tomó la madera con sus dos manos, cerró sus ojos, apoyó la cabeza contra la pared e intentó pensar en lo que el maestro le había dicho.

De a poco su respiración fue menguando y recuperando su ritmo normal. Luego de unos minutos flexionó su rodilla y sobó la piel irritada.

—Algo sucedió, maestro. Aquel calambre está cesando — le dijo

con voz ronca. La falta de aire a causa del dolor había desgastado su garganta.

—Lo hiciste bien —contestó fríamente mientras se alejaba de él. Moshé buscó encontrarse con dos jefes del taller. Se los veía hablando desde lejos haciendo señas hacia Bezalel. Ellos asentían con sus cabezas. Parecía que estaba intercediendo por él. Menos mal, porque las secuelas de agotamiento que sentía eran intensas y todavía no terminaba de recuperarse.

—Recobra la fuerza, tranquilo. Tienes permiso para hacerlo —le dijo el maestro volviendo a él.

—Gracias, Moshé. Nunca he tenido un episodio de éstos.

No tengo idea qué me pasó —contestó. Estaba más tranquilo.

—Me imagino que sí. Si fuera algo recurrente en ti sabrías cómo controlar un poco más la reacción de tu cuerpo —agregó el maestro, sosteniendo el martillo y la estaca con la cual Bezalel había estado tallando la madera—. No te preocupes, estarás bien.

—Palmeó su hombro y le acercó una tinaja con agua que había sobre la mesa de trabajo.

CAPÍTULO 2

El escape escrito

Debía salir cada vez más temprano a buscar agua. La sequía comenzaba a sentirse con mayor intensidad. Podía comprobarse dada la presencia de las caravanas de carros que venían llenos de vasijas para ser cargadas con agua. Selana estaba siendo invadida por vecinos desesperados de los pueblos cercanos que habían comenzado a idear algún precario sistema de aprovisionamiento de agua. Los animales y las plantaciones demandaban grandes dosis de agua por día. Sin mencionar aquella necesaria para la vida cotidiana en las casas de todos los pueblos. Algunos pozos de la ciudad, más el agua que extraían del río, constituían la provisión total de agua para un creciente número de personas. El problema estaba en lo limitado del sistema. Además, lucía evidente que no sería por mucho tiempo la forma óptima para enfrentar la sequía, que se estaba extendiendo y permaneciendo a lo largo de los meses.

Había pueblos localizados en regiones geográficas bastante más desérticas que la capital, sumado al hecho de que cuanto más alejados se encontraban del foco principal del imperio, menor era el desarrollo de la construcción de pozos.

—Johanna, déjame ayudarte, puedo ver en tu rostro cuán cargada está tu espalda. —Se acercó Ezequiel, causándole alivio en su cerviz, que soportaba el peso de una vara gruesa de madera, en cuyas puntas tenía atadas sus tinajas repletas de agua.

—Gracias, amigo. A veces me pregunto qué hay de malo y deshonroso en que mis hermanastras pudieran ayudarme con esto —se quejó mientras se sentía más liviana a causa de la descarga de una de las tinajas por parte del muchacho.

—Me extraña que digas eso. Desde que tu padre falleció, hace muchos años ya, por cierto, tú nunca recibiste ayuda por parte de ellas, ¿por qué, entonces, debería serlo ahora? Ni lo pienses —contestó sensatamente.

Ezequiel cargó la barra de madera con las tinajas sobre sus hombros. Caminaron hasta la casa de Johanna para dejar el agua a su madrastra, quien seguramente emitiría sus quejas por la demora.

Se desligaron rápidamente de la tarea, e inmediatamente huyeron de la casa lo más rápido posible, aprovechando que Amira no estaba ahí. Johanna se reía desplomando su torso hacia adelante, descargando tensiones, y sintiendo algo de diversión en la actitud que acababan de tener.

—Mientras evitemos verle la cara a tu madrastra, mucho mejor. —Se reía Ezequiel, que imitó graciosamente los gestos y la refinada

forma de caminar de la madrastra de su amiga.

Recobrando el semblante, un poco más serio, Johanna parecía haber entrado en alguna conclusión en sus pensamientos.

—Ahora, pensándolo bien, en lugar de que digas lo insoportable que es ella y sus dos hijas, detalle que conozco sobradamente ¿puedes decirme que debo aprender de esto? Es decir, no creo que sea en vano tenerlas cerca. —Lo miró esperando una respuesta.

—Sin duda, entiendo tu pensamiento. Quizás debas aprender a no ser como ellas. Pero más que eso, me parece que deberías pensar en cómo quieres ser. Qué quieres hacer de tu vida —le contestó con lucidez.

—Tienes razón. A veces pienso que quiero algo más que cargar agua, limpiar la casa y caminar por la ciudad cuando me queda algo de tiempo. Sé que tengo diecinueve años, que ya estoy en edad de casarme, pero… me gustaría algo más que sólo eso — confesó con sinceridad.

—¿Qué te gustaría hacer? Di lo que sea, no importa que te parezca bien o mal —dijo Ezequiel apoyando su mano en el brazo de ella, buscaba con esta señal detener el paso por unos instantes.

—Es así como acabas de decir. Me gustaría hacer algo, pero soy mujer, y aún no es bien visto —contestó alargando el gesto de su rostro.

—¡Dilo ya de una vez! Deja de pensar en si los demás lo ven bien o no —replicó con algo de impaciencia.

—Quiero aprender a leer y escribir. —Escupió la respuesta.

—Pues… bien. Mentiría si dijera que no me sorprende — Abrió bien los ojos en una evidente reacción de sorpresa. Hubo una pausa. Luego, parecía que buscaba con apuro alguna idea dentro de su mente—. Pero… ¿qué te parece si comenzamos hoy mismo? —dijo con entusiasmo.

—¿Es posible? —preguntó con escepticismo.

—Vamos, apresúrate. Hoy comienzan tus lecciones. Seguiré el mismo procedimiento que mi padre utilizó conmigo.

Ahora entiendo por qué eres mi amiga… no te intereso yo, como amigo, como persona, sino que a ti te importa el hecho de que pertenezco a una familia de escribas. —La tomó por el brazo y retomó nuevamente la caminata, dramatizando fingidamente su respuesta. No podía negar que le gustaba sacarle una sonrisa con sus actuaciones.

***

Ella tenía esa fresca y espontánea sonrisa que embellecía aún más su estética y su grácil rostro, con el que la naturaleza la había favorecido. Era una llamativa mujer de una deseada estatura alta, le gustaba usar telas azules, verdes y celestes en sus vestidos, detalle

que combinaba y realizaba sus ojos. Grandes y despejados, fomentaban el paso de una penetrante mirada que llegaba hasta lo más profundo de quien hubiese quedado capturado por sus ojos.

Su cabello tenía tonalidades castañas mezcladas con ceniza, y caía con gracia y delicadeza en grandes ondas, hasta pasada la mitad de su espalda. A veces usaba un velo blanco con el cual cubría su cabeza, pero otras veces, y en ambientes de confianza, aprovechaba para descubrir su cabello y permitir que sus ondas enmarcaran su rostro, acercándose un poco más a su frente y a sus mejillas.

La poderosa Elizabeth – El emperador de la puerta de silicona Era una persona autentica, sencilla e inocente. A veces tenía rasgos infantiles, como si por momentos se delatara el hecho de mantener vivos algunos componentes de la actitud de una niña.

Paradójicamente, había conservado esa faceta dentro de un mundo donde no se le había permitido ser pequeña. Desde que tuvo memoria, había tenido que adoptar la vida de una adulta. Y, principalmente, le fue quitada la inocencia típica de la infancia, al conocer a una edad demasiado temprana la maldad y los celos envidiosos de las tres mujeres que integraban su familia, de un momento a otro. Habría preferido mantener por algo más de tiempo aquella creencia en la bondad de todos aquellos quienes la rodeaban, sin notar de forma tan evidente las zonas oscuras y escondidas que cada una de ellas se empeñaban en ocultar trabajosamente.

La muerte de sus padres también hizo su trabajo. Su personalidad nostálgica y melancólica daban cuenta de que en las profundidades de su corazón mantenía un sostenido duelo. Enmascarada con reclamos a la vida, y conversaciones internas sobre cómo deberían haber sido las cosas, según su óptica, Johanna dejaba traslucir eventuales no aceptaciones sobre el destino de sus padres. Y el de ella misma, claro estaba.

Existía un extraño contraste en su piel. Su rostro dejaba ver su edad. La piel lisa y tersa de sus mejillas demostraban su juventud. Sin embargo, la piel de sus manos y la de sus pies eran testigos del trabajo duro y las largas caminatas en busca de agua. De cualquier manera, esa mezcla de niña y adulta, de piel de porcelana y zonas de piel endurecida y áspera, le daban una mayor originalidad a su especial forma de ser. Una mujer completa. Solvente como adulta, inocente como niña.

Ezequiel no había tardado en notar que su amiga, aquella que conoció desde pequeña, cuando vivían con sus familias en su ciudad natal, Jerusalén, se había convertido en una hermosa mujer. Su amistad por sobre todas las cosas. Pero el instinto masculino a veces

se despertaba en él. Principalmente, cuando ella sonreía a causa de sus bromas. Quizás sintió la responsabilidad de cuidarla. Se veía una chica fuerte y estable, pero tantos años junto a ella le habían asegurado, al menos, el hecho de poder cuidarla, protegerla, y eso por ahora, saciaba su ego varonil. Todo lo que podría buscar en una mujer, como amiga, y también como compañera de vida, había estado desde siempre junto a él. Esa mujer era Johanna.

***

Luego de transitar sin prisa y distraídamente por la ciudad, por fin llegaron a la casa de Ezequiel. Estaba cerca del foco neurálgico de Selana. Su padre, en virtud de su profesión como escriba, gozaba de un buen pasar económico gracias a sus labores en la capital del imperio. Era parte de del grupo de escribas que llevaban a cabo la transcripción y archivamiento catalogado de todos los decretos del emperador. Ésta era la razón por la cual, a lo largo de la carrera, terminaban dominando varios idiomas pertenecientes a todos los pueblos de la conquista imperial.

Aquella casa se familiarizaba por tener papiros en todos los rincones. En bibliotecas de madera, arriba de las mesas, metidos a presión en cajones, apretados, comprimidos. Restos de cebo de vela también podían encontrarse en cualquier lugar por donde se mirara. Sin embargo, era eso justamente lo que hacía que la familia de Ezequiel fuera tan especial. Llegaron a la capital sus padres, sus tres hermanos y él hacía ya una década. Aún añoraban todos los días de su vida a su amada Jerusalén, pero, aun así, eran unas de esas familias que podían considerarse favorecidas por la vida al poder llevar a cabo el desarrollo profesional y la prosperidad económica, dentro de todo. Los hermanos de Ezequiel habían seguido el mismo camino de su padre, y él perfilaba por el mismo sendero de tinta y letras. Una pasión familiar, una tradición, una herencia. Era característico en todos ellos ser encontrarlos leyendo a la luz de alguna vela. O escribiendo.

Cuando entraron a la sala principal de la casa, ésta estaba finamente decorada con adornos dorados y trabajados, con un marcado tinte extranjero. Los frecuentes viajes de su padre se veían reflejados en cada uno de esos objetos de precioso acento artístico. El suelo estaba cubierto por felpudas alfombras, con diseños coloridos, repletos de arabescos. Y los muebles, de madera en tonos oscuros, se veían lustrosos y brillantes, como si recién hubieren sido fabricados y barnizados. La madre de Ezequiel, la señora Anna, era una mujer de un evidente encanto femenino, que se esmeraba por mantener el hogar y todo aquel estilo de vida para ofrecerles lo mejor de sí a sus hijos. Le encantaba la costura. Actividad que se veía favorecida por las hermosas telas que Pedro, su marido, traía

de pueblos y ciudades foráneas. Eso sí, por supuesto, también se veía manifestado en la vestimenta de Ezequiel. Limpia, colorida, y siempre nueva. Y en raras oportunidades se los veía con atuendos repetidos.

Abrieron la puerta exactamente como a Anna le molestaba.

Colgándose del picaporte, empujándola con fuerza y llevándola hasta el final, forzando su total apertura. Sumidos en risas y frases inentendibles, Ezequiel y Johanna buscaron dirigirse sin distracción hacia la cocina. Faltaba menos que comenzaran las clases personales de escritura y lectura sin antes proveerse de una buena cantidad de comida para su correcta alimentación.

—Hola, mamá, linda mañana, ¿cierto? —Entró arrebatadamente a la cocina a buscar todo lo que encontrara a su alcance.

—Ezequiel, hijo, no tan lleno ese plato, por favor—contestó Anna a modo de saludo—. ¡Hola, Johanna! Ven, pasa, siéntete cómoda en nuestra casa. Es bueno verte por aquí. —Cambió su semblante y su tono de voz, endulzando sus facciones. El aprecio que le tenían era sincero y esperable. La habían visto desde pequeña, y habían conocido de cerca cada etapa por la cual había transitado.

—Buenos días, señora Anna. Delicioso aroma a dulce de uvas ha inundado toda la casa —dijo Johanna, estirando hacia arriba su cuello, para permitir de esta manera que su nariz hiciera un leve recorrido, intentando perseguir el trazo del buen olor.

—Mamá, Johanna necesita alimentarse bien ya que a partir de hoy será mi alumna, aquí en casa. Le enseñaré a leer y a escribir. —Intentó justificar el abultado plato de masas que había preparado.

—¡Pero que bien! ¡Excelente decisión, querida! Siempre digo que en algún momento las mujeres gobernarán este mundo.

Haces bien en estar preparada. —Guiño su ojo en un gesto de complicidad. Johanna sentía algo de timidez por su gusto, no era común que las mujeres se interesaran en ese tipo de tareas.

Se sentaron en la punta de la mesa. Mientras Ezequiel dejaba el plato repleto de comida y dirigirse a buscar materiales de estudio, Anna completó el banquete estudiantil proveyéndoles una vasija con leche de cabra recién ordeñada y caliente.

—Creo que con esto será suficiente para nuestra primera clase. Papiros, plumas y tintas deberán ser elementos infaltables en tu habitación. Aunque, debes cuidar que Amira no lo vea, creerá que la botella de tinta es un nuevo maquillaje, y encontrará que se trata de un regalo ideal para sus hijas… hasta que pasen tres días seguidos sin que puedan borrar las líneas negras que hayan trazado sobre el párpado de sus ojos —relató toda una historia en cuestiones de segundos. Soltó los materiales sobre la mesa y se

predispuso a comenzar.

La mañana transcurrió entre comida, risas y letras. Ezequiel no abandonaba su rol de maestro a medida que comprobaba que Johanna mantenía la concentración por largo tiempo, disfrutando el clima de estudio. Se sentía feliz, y comprendió con un dejo de angustia cuánto prefería invertir sus horas en esta actividad antes que las tareas domésticas y rutinarias en casa con Amira y sus hijas.

—¡Buenos días! ¡Cuánto trabajo hoy en el palacio! Pronto tendré cayos en los dedos de tanto escribir. —Pedro ingresó a la casa, comentando a viva voz sus pensamientos en voz alta.

—¡Buenos días, querido! Ya está el almuerzo listo. Todos los días llegas demasiado hambriento a casa, lo sabemos, no hace falta que nos anoticies sobre este aspecto —Anna saludó a su marido con calidez, secando rápidamente sus manos con su delantal.

—Pero ¿qué tenemos aquí? ¡Qué linda sorpresa tenerte en nuestro hogar, Johanna! Aunque noto que estás en calidad de alumna. —Se acercó a ellos mirando con atención el trabajo que habían comenzado a realizar hacía algunas horas atrás.

—Así es, padre. Sabrá leer y escribir porque es su deseo — intervino Ezequiel.

—Espero que no le moleste, señor. Ezequiel se ofreció gentilmente a enseñarme de este arte que ustedes comparten — Johanna sonrojada y sin saber cuál sería la reacción de Pedro si disculpó de antemano, por las dudas.

—¡Claro que no me molesta! Sin embargo, quisiera modificar un detalle en estas clases que han abordado desde hoy, y será el horario. Vendrás sobre esta hora del día, así estoy yo también.

Porque, déjame contarte, querida Johanna, que no sólo deberás aprender el hebreo, nuestra lengua, sino también el latín, idioma oficial del imperio. Quién sabe si algún día lo necesites —hablaba desde diferentes puntos del comedor, dependiendo qué biblioteca estaba consultando. Parece que también incorporaría cambios en el programa de estudios que su hijo había iniciado.

—¿Pensabas que tu padre iba a mantenerse al margen de todo esto? Si se trata de letras, ahí lo encontrarás —Anna habló en un tono bajo cerca de Ezequiel buscando complicidad, quien respondió con un arqueo de cejas, asintiendo al comentario de su madre.

—Bien, a partir de hoy te llevarás algunas historias breves.

Para que comiences a leerlas a penas te sientas segura. Quizás no podrás leerlas esta noche, pero si en un breve tiempo más. — Pedro dejó caer una torre de pequeños papiros sobre la mesa.

—Muchas gracias, ¡seguro serán historias hermosas! — contestó Johanna intimidada por la avalancha de papiros venir sobre ella.

—¡Claro que lo son! Las historias de nuestra gente, nuestros

antepasados. Poderosas son, por cierto. Ellas han tenido la misión de mantener viva la identidad y el compromiso de nuestro pueblo, han construido su carácter y le han dado una razón de ser, un propósito. Sin historias compartidas un pueblo no podría sobrevivir, hija mía. Son tuyas, llévatelas a todas y no es necesario que me las devuelvas. Tenemos otros ejemplares de estos papiros en algún rincón de esta casa. —Su voz nuevamente se hizo difusa al recorrer más estantes de las bibliotecas.

—Es evidente que vas a necesitar ayuda para ir hasta tu casa, ya que mi padre se ha encargado de cargarte de papiros a más no poder —Ezequiel interrumpió el protagonismo que Pedro había detentado desde que ingresó en aquella sala.

—Y ahora es momento que despejen esta mesa, el almuerzo está listo. No esperaremos a que mi marido tome la iniciativa de detener la clase de lenguas, porque sabemos que no será así — agregó entre risas, suavizando su intención de reclamo.

—Tienes razón, querida. Mañana Johanna vendrá a esta misma hora, y luego de acompañarnos a disfrutar y deleitarnos con tu sabrosa comida, daremos curso a la clase. —Con la atención centrada en la bandeja cargada con carne y verduras con deliciosos aromas a especias ocupó el asiento principal, en la cabecera de la mesa.

—Muchas gracias por la invitación. Me siento muy afortunada de compartir este momento con ustedes. Estuve varias horas ausente en mi casa por hoy, por lo tanto, luego de este delicioso almuerzo, los dejo y retomamos mañana —dijo gustosa mirando su plato humeante y colorido.

CAPÍTULO 3

El maestro de la alquimia

—¿Te encuentras mejor, amigo? —Se acercó nuevamente Ohad, viendo que Bezalel estaba moviendo lentamente su pierna.

—Sí, compañero. Gracias por tu ayuda. Fue demasiado dolor. No sé qué fue realmente —dijo con agitación, intentando pararse de a poco.

—¿Qué fue lo que hiciste con la tabla de madera? Te vi con los ojos cerrados, sobando con tus manos ambas caras de ella —preguntó con curiosidad, mientras lo ayudaba a enderezarse por completo.

—Fue un ejercicio que me indicó el maestro que hiciera.

Realmente extraño, sabes. Pero parece que funcionó. —Ahora acariciaba la hoja de la puerta sobre la cual continuaría tallando.

—¿Y qué te dijo que hicieras? —insistió Ohad.

—Me pidió que hiciera una especie de transferencia… o de intercambio, mejor dicho. Que pasara mi rigidez sobre la madera y tomara de ella la docilidad con la cual se deja formar por nosotros… extraño, ¿no crees? Pero en ese momento, estaba dispuesto a cualquier cosa para que el dolor se fuera —agregó a su explicación, con la mirada un poco perdida en la distancia.

—¿Recuerdas cuando llegó? Es un hombre especial. Reservado, distante, profundo —contestó Ohad, y ambos se trasladaron al recuerdo, algunos meses atrás:

—Bezalel, ¡ven aquí! El jefe de obra debe venir pisando tus talones. Debemos esperarlo ya que nos presentará al nuevo maestro de carpinteros. Viene de nuestra gente, vecino de Beerseba, es de Omer, específicamente. ¡Apresúrate! —dijo Ohad moviendo sus manos rápidamente, indicándole que apu— rara su paso. El detalle de su lugar de procedencia no era me— nor, ya que en tierra extranjera era un evento de consuelo y fortalecimiento del apego el hecho de encontrarse con gente proveniente de su mismo país. Con sus mismos credos, de las mismas tradiciones y costumbres. —Ya estoy aquí, tranquilízate. Es que anoche me acosté un poco más tarde de lo normal —contestó. —Bien, obreros, ¡presten atención ahora! Les presento al nuevo maestro de carpintería. Su nombre es Moshé, y proviene de aquellas zonas de las que muchos de ustedes pertenecen. Así que espero eso sirva para que produzcan a un mejor ritmo —dijo el soldado con su mano apoyada en el hombro del nuevo maestro, palmeándolo insistentemente. Todos los trabajadores permanecieron en silencio. Escasamente levantaron sus miradas para identificar al carpintero y luego bajaron sus cabezas,

dirigiéndolas nuevamente hacia el suelo. —Buenos días, a todos. Quiero pedirles que hoy traba— jen como siempre lo hacen. Yo sólo estaré observando las técnicas con las cuales se desempeñan, así podré saber qué apor— tes y correcciones realizar. —Moshé se dirigió a la gran cantidad de trabajadores listos para continuar sus labores en la madera.

***

El maestro carpintero caminaba entre ellos. Observaba cómo trabajaban las diferentes piezas, la forma en que se organizaban para las distintas etapas de los trabajos, los tiempos de ejecución de cada proceso, y también, desafortunadamente, los errores, que causaban el castigo por parte de los soldados, sobre los trabajadores.

El predio era de una inmensa magnitud. Grandes depósitos construidos al final del predio almacenaban todo tipo de maderas.

El cedro, uno de los árboles preferidos del estilo arquitectónico del imperio, llegaban en grandes cantidades, todos los días. El trabajo comenzaba desde que el tronco salía del depósito. Circulaba por los diferentes estados del proceso que estaba organizado por secciones, de acuerdo a la actividad: Enormes tablones dispuestos uno a continuación del otro, completando un círculo en total, conformaban las secciones para las tareas de cortado del tronco, pulido y lijado, corte de la madera en piezas, talladura artística y ensamblaje final. En algunas ocasiones, las maderas salían del predio en forma de muebles terminados, listos para ser trasladados hasta sus destinos finales, mientras que otros podían salir en estados anteriores, incluso como simples placas pulidas y lustradas, que luego revestían lujosamente las paredes de una construcción por su parte interior.

Cada uno de los obreros pasaba la mayor parte del tiempo en alguno de esos tablones. Sin embargo, realizaban rotaciones periódicas dentro de las etapas del proceso para que cada uno pudiera aprender la totalidad de las aristas del oficio, y evitar conjuntamente, la baja de la productividad a causa del aburrimiento.

Bezalel estaba concentrado en partir un tronco con su hacha. Parecía ser que canalizaba sus frustraciones a través de los golpes, o al menos eso era lo que transmitía, ya que entregaba todo su vigor en cada golpe que daba con la herramienta. Moshé lo observaba desde lejos. Quizás llamó su atención la fuerza de aquél trabajador… o la inmensa carga con la cual realizaba su trabajo.

Bezalel, compartiendo el recuerdo con Ohad y volviendo a la realidad, le comentó: —¿Te acuerdas lo que me dijo el primer día? Desde ahí me parecieron extrañas sus indicaciones, principalmente la forma de pensar que tiene sobre nosotros y nuestro material de

trabajo — recordó con la mirada desviada.

—Sí, recuerdo lo que dijo, claro. A mí también me llamó la atención cuando se acercó y te dio esa sugerencia —contestó entre risas nerviosas. Y volvieron a la escena del recuerdo: *—No luches contra la madera. Alíate a ella —le dijo el maestro artesano caminando lentamente, acercándose a Bezalel. Éste frenó su hacha, secó la transpiración de su frente con su antebrazo, respiró profundo y continuó golpeando. —Aliarme a ella dices, maestro. Deberías sugerirme cómo, porque a esta altura de mi vida lo único que quiero es alejarme un rato de tanta madera y aserrín —contestó entre dientes. El maestro se alejó, como si no hubiese escuchado aquella contestación, y siguió de cerca el trabajo de los res— tantes obreros.* Ambos rieron cuando se vieron a sí mismos abstraídos en sus memorias, y antes de ser sancionados por aquella conversación, volvieron al trabajo.

***

Las obras de construcción, a lo largo de todo el imperio, crecían a pasos agigantados. La conquista no cesaba, y la administración de las nuevas incorporaciones demandaba mejoras permanentes. Principalmente, en lo referente al fomento del control sobre los pueblos invadidos por parte de los gobernadores, y del comercio, principal fuente de impuestos para las arcas del emperador. La reputación de algunos artesanos los precedía. Era el caso de Moshé, un hombre de edad media a quien se lo conocía por su arte aplicado al trabajo en maderas destinadas a lujosos muebles, ornamentos para edificios y construcciones de exquisito gusto arquitectónico. Su carácter estable y su temple le permitía lograr conquistas tan silenciosas como radicales, preparando verdaderos artistas, consiguiendo que fuesen tratados como tales, alejándolos de ser asimilados a la esclavitud. Su porte medianamente robusto acompañado de una estatura normal, le otorgaban la simpleza de la cual se beneficiaba. Su cabello y su barba se fundían, llegando a la altura de sus hombros en tonalidades oscuras con vetas blancas, en virtud de poseer una ascendente presencia de canas, y la piel de su rostro y de sus manos daban cuenta de que también había pasado años por el oficio de la carpintería.

Parte de la política scaevana consistía en aprovechar los talentos y saberes de todas las personas de los pueblos agregados al imperio, lo cual enriquecía el levantamiento de ciudades que se nutrían de variadas técnicas y métodos, no solo en lo relativo a la construcción, sino también en lo tocante a la agricultura, las ciencias y el comercio. Además, como estrategia para fomentar el respeto y la captación de la protección que el emperador brindaba a los conquistados, los soldados tenían expresas órdenes de respetar las costumbres y prácticas cotidianas de cada pueblo,

intercambiando paz y seguridad a cambio de ausencia de rebeliones por parte de los originarios.

***

—Lo más importante que hizo por nosotros fue poner fin a los malditos castigos —enfatizó Bezalel con sus dientes ajustados.

—Al día siguiente costaba horrores rendir en nuestro trabajo contando con la espalda ardiendo del dolor. Me acuerdo de ese día como si hubiese sido ayer —recordó Ohad: — *¿Qué han hecho hoy, ustedes dos?* — preguntó uno de los oficiales encargados del predio, cargado de desprecio.

—Hemos podido finalizar el pulido de todos estos paneles que estarán destinados a decorar las paredes del interior de una de las salas del palacio —contestó Ohad. —¿Y esos de ahí? ¿Hay algún problema con ellos? — apuntó un segundo oficial en jefe, descubriendo rápidamente que el trabajo no había sido finalizado.

—Terminaremos mañana con ellos. Esta madera en particular lleva mayor tiempo de pulido que cualquier otra —agregó Bezalel. —¿Y acaso tu crees que eso puede llegar a importarme? Son órdenes de arriba que estos trabajos deben ser terminados en tiempo y forma. No permitiré que mi cabeza ruede por tu culpa. Vamos, caminen, aprenderán como usa— mos acá la madera —con risotadas llenas de sarcasmo, ambos oficiales empujaron a los dos artesanos, dirigiéndolos a una especie de habitación claustrofóbica, donde nadie veía sus abusos y castigos, pero, muy por el contrario, se escu— chaban más allá de los límites del predio.

—Si alguno de ustedes dos castiga a mis artesanos, dejándolos con perjuicios severos y comprometiendo el rendimiento de la jornada de mañana, pediré una audiencia en el palacio, ante la autoridad que sea necesaria, presentando mi renuncia. Déjenme recordarles, que un decreto del emperador cruzó el imperio solicitando mis servicios en esta parte de Scaeva. Sin con esto dejar de mencionar, además que el emperador en persona me recibió y llenó de privile— gios la estadía de mi familia en esta capital. Seguramente, entenderán que ustedes dos son perfectamente reemplazables si causan estragos en la ejecución de las obras que Aulus Equitius demanda, pero, a diferencia de ustedes, yo no seré fácilmente reemplazable

—Moshé intervino activamente, valiéndose de un tono que no habían visto antes en él.

—¿Esto es una amenaza, gran maestro? —uno de los oficiales acercó su rostro hasta el del maestro, moviendo parte de su cabello con el aliento sobrante de aquella pregunta.

—Considéralo como más te guste. Ese no es mi problema —contestó Moshé— Deja que esos artesanos se marchen a su casa y haré de cuenta

que esta conversación no existió —insistió. El oficial clavó su mirada en los ojos del maestro de manera desafiante y altiva por un buen tiempo.

—Pueden retirarse. La jornada de trabajo ha terminado —aún con la mirada en Moshé, entre dientes, el oficial cedió.

CAPÍTULO 4

Regresión en el tiempo

La emperatriz caminaba por el largo pasillo de una de las galerías del lujoso e iluminado palacio. Las columnas, que sostenían los diferentes niveles encerraban un hermoso patio central.

Fuentes de agua en ambos extremos dibujaban de forma repetida y continuada bellas formas a través de los chorros de agua.

Plantas dotadas de verdes radiantes, palmeras frondosas y todo tipo de flores autóctonas decoraban la extensión de aquel patio.

Algunos piletones de mármol ofrecían a las mujeres que vivían ahí la posibilidad de tomar baños perfumados con esencias y óleos del medio oriente. Dejaban su aroma por largas horas impregnado en sus pieles, y una alfombra de coloridos pétalos flotaba en el agua, acariciando el cuerpo de las damas.

Ahí estaba, la habitación del Emperador. No era su dormitorio, ni su lugar de trabajo donde recibía a sus visitas políticas cotidianamente. Era su secreto. Su celo. Su parte más oculta. Y la más valiosa a la vez. Pese a la confianza que había entre ella y su esposo, aún no se había animado a entrar. Quizás, porque nunca la invitó a pasar. O tal vez porque todavía podría perdurar en él aquel sentimiento de dejar ese pasado atrás. Por un tiempo. Sin tocarlo. Sin volver a removerlo.

Decidió girar el picaporte. Una puerta majestuosa, tallada en madera de roble, con bisagras y ornamentas de oro, separaban la habitación del resto del palacio.

Su tamaño era impactante. Enormes ventanas vestidas por elegantes y etéreas cortinas de lino. Del más fino, traído de la lejana Antioquía, principal ciudad de Siria. El suelo estaba cubierto por listones de madera, tan pulidos y alisados como el mismo mármol. Una cantidad de muebles desorbitantes reposaban en el interior. De diferentes tonalidades de maderas. Baúles, mesas, sillones, bibliotecas, placas decorativas y verdaderas obras de arte se agrupaban a los costados de la habitación, dejando un pasillo central por el cual se podía transitar.

Al final, en la pared enfrentada a la puerta de ingreso, se encontraba apoyada la más exótica pieza. Un sistema de rieles de hierro la sostenían por arriba y por debajo. Una puerta de extraño material. Semejante a madera por su color. Pero a medida que ella se volvía próxima, podía notar que se trataba de un material que nunca no había visto. Caminó un poco más. Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, se admiraba y se encontraba atónita por

aquel descubrimiento, de aquella faceta que mostraba la grandeza oculta de su marido. Por otro lado, la azotaba el pensamiento de estar invadiendo la privacidad del Emperador. Si él así lo hubiese querido, la habría invitado a conocer aquel lugar. De igual manera, la enorme puerta de doble hoja, tan extraña como atrapante, la seducía de forma irresistible. Llegó a acercarse bastante.

El perfume a madera del recinto era exquisito. De pronto, una voz la sacó de aquella burbuja de emociones.

— *La puerta de silicona*, su majestad. —El Gobernador de Selana había ingresado. Su reputación era tan conocida como también su sabiduría. Sabía cómo dirigir tan inmensa obra. La esperanza de frenar la sequía había nacido gracias a la brillante idea que provino de la mente de aquel joven Emperador, quien fue su aprendiz en algún tiempo. Idea que luego se materializó en una sofisticada y desafiante obra de ingeniería. Ahora era la máxima autoridad por mérito, por su lucidez, por su sensibilidad. Bendita la hora en que aquél joven hombre apareció en el palacio como respuesta al decreto real que había emitido su antecesor, Aulus Equitius. Ya no había nada, hasta ese momento, que diera la certeza de que la brutal sequía podría solucionarse de alguna manera.

O al menos enfrentarla y así menguar sus consecuencias.

Ella se giró asustada. No contestó. No sabía qué contestar.

Luego de un momento, que pareció eterno, ella pudo hablar.

—Gobernador. No lo escuché entrar. —El protocolo avanzó sobre sus formas.

—Lo sé. Puede esperarse que alguien se pierda aquí dentro.

Este lugar encierra toda la potencia de nuestro Emperador —contestó mientras caminaba lentamente, acercándose a un baúl que intercalaba listones de diferentes colores de madera, dándole el aspecto de estar pintado en tiras longitudinales.

—¿"La potencia de nuestro Emperador"? —repitió. No entendía a qué se refería.

—Así es, señora Elizabeth. Todos estos objetos están hechos con sus manos —explicó con poco esmero mientras rozaba una mesa con su mano.

—Sé perfectamente que mi marido fue un simple artesano.

Pero ¿cómo consiguió quedarse con todos estos objetos? La verdad que no tenía idea de sus existencias —contestó.

—Como tampoco tienes idea alguna del remedio de su espantosa enfermedad, ¿cierto? —Se afirmó sobre una biblioteca.

—¿Qué sabe usted de él, Gobernador, que yo no sepa? — Se acercó con el ceño fruncido.

—Mi querida emperatriz, estos muebles están hechos por las manos de su marido. Y es literal cuando lo digo, porque no usó

herramienta alguna para forjarlos, lijarlos ni moldearlos. Usó sus manos, sus propias manos como herramientas. Y ahí está la mayor prueba, frente a usted —señaló la puerta que robaba cualquier mirada.

—Continúe. Pretendo terminar de entender —dijo con tono de orden.

—Él logró convertir esa puerta de madera en uno de los materiales más predispuestos para ser moldeados. Ese aspecto gomoso y lustrado que la puerta posee se lo da la esencia del noble material: la silicona —contestó pausadamente.

Elizabeth no sabía qué pensar. Era la primera vez que escuchaba esa palabra. Y aún la primera vez que veía un tipo de material como ese. Se quedó mirándola. Quería seguir preguntando a aquel hombre que parecía ser mucho más que un Gobernador.

La poderosa Elizabeth – El emperador de la puerta de silicona Sin embargo, en el fondo sentía miedo. No era de extrañar que apareciera en ella el sentimiento de resentimiento contra su esposo. Había, evidentemente, todo un mundo que ella no conocía.

—Cuénteme todo lo que sabe, Moshé. Y sólo deténgase cuando yo se lo ordene. —Sus ojos estaban llenos de lágrimas, y sus manos se encontraban tomadas una con la otra, mostrando tensión.

—No se lo contaré yo. Usted lo verá. —Tomó la mano de su soberana y la alzó hacia la puerta. Cuando la apoyó, su mano ingresó en la pieza, hundiéndose en la superficie blanda y suave.

Como por un túnel de tiempo acelerado, la mente de la Emperatriz llegó al lugar. El predio donde se encontraban los talleres de carpintería. Como una visión, como un sueño, pero con la diferencia de poder sentir los aromas y olores, la temperatura del calor del sol, las voces de las personas y el ruido de los artesanos trabajando la madera con martillos, clavos, hachas y sierras.

—¿Estás bien, Bezalel? —preguntó el maestro principal.

Los episodios de la parálisis se habían multiplicado en veces y se habían extendido por todo su cuerpo. La enfermedad estaba matándolo. Estaba acabando con su vigor, con sus fuerzas, con sus energías, con su juventud.

—No resisto un ataque más, Moshé. Voy a morir pronto —contestó el artesano, llorando con voz ronca y entrecortada.

—No morirás —contestó.

—¿Qué dices? ¿No me ves? Soy una lacra humana. Una carga inmunda para mi esposa. Soy la hiel de su comida. La amargura de sus días. Déjame, prefiero morir. Si me esfuerzo en cumplir con mi trabajo vienen entonces estas malditas parálisis.

Si no cumplo con mi trabajo entonces vienen los castigos de los jefes. No tengo salida —le dijo continuando su contenido llanto.

—Bezalel, ¿estás dispuesto a seguirme? —preguntó mientras se inclinaba hacia el suelo, donde él estaba tirado.

—Sí, maestro. Te sigo. Sea lo que sea que tengas para mí.

Te sigo. Quiero salir de esta enfermedad, de este verdugo —contestó con determinación.

—Esto va a doler. Va a dolerte mucho. Aun así, ¿me sigues? —repitió la pregunta.

—Sí maestro, te sigo —sollozaba como un niño.

***

Elizabeth sacó la mano y largó un llanto que parecía haber retenido por siglos. Llevó una mano a su rostro para ocultarlo de aquel hombre, y posó la otra mano sobre su estómago. Lloró amargamente, como si hubiera recibido un golpe seco en su vientre.

El Gobernador se mantuvo cerca. Era lógico. La imagen de su marido en aquel estado podía patear las emociones hasta de la persona más fría y sin empatía. Esperó a que ella se desahogara.

Hasta la última de sus lágrimas.

—Enséñame todo, Moshé. Hasta el último detalle. Es una orden. —Su hermoso maquillaje estaba corrido por sus mejillas.

—A sus órdenes, majestad. Vuelva a hacerlo. Coloque su mano en la puerta y verá la historia por usted misma. Yo estaré aquí. —Y se sentó en un hermoso sillón de madera oscura.

Elizabeth, a pesar del cúmulo de emociones que sentía en ese momento, le ganaba por completo el deseo de saber cómo es que habían nacido todas esas piezas y muebles de madera. El Gobernador parecía no tener ninguna otra cosa que hacer. Lo cual, estaba claro que no era cierto. Sin embargo, deseaba acompañarla en aquel proceso de regresión en el cual entraría nuevamente la emperatriz. Y como era de esperar, seguramente le surgirían demasiadas preguntas, que buscarían la finalidad de saciar todas sus inquietudes. Moshé era la persona indicada para ese trabajo.

Introdujo su mano por segunda vez en la puerta de silicona, con más firmeza y determinación que la primera vez. Al igual que hacía un rato atrás, su mano se hundió en la sustancia blanda y acolchada. Su mente volvió a trasladarse por aquel tubo de luz que la llevaba a gran velocidad a un punto específico en el pasado.

Otra vez el calor se sentía tan real, al igual que las voces de los artesanos. Los sonidos de los martillos golpeando con fuerza y precisión aquellos clavos que unían las diferentes partes de madera, y el olor a tierra que se levantaba alrededor de los trabajos.

Y por fin, ahí estaba. Bezalel acababa de decirle a su maestro que haría cualquier cosa para terminar con su estado de vida actual.

Aunque doliera, le había contestado.

—Pues bien. Te quedarás conmigo todos los días después del

trabajo. Avísale a Johanna para que ella también esté tranquila.

Haremos un poco más de lo que siempre hacemos aquí. Trabajaremos con la madera. Aparentemente todo será igual. Pero tú vas a cambiar tu sistema de pensamientos, si es que deseas salir del modo de vida en el que te sientes atrapado —dijo Moshé ayudándolo a respaldarse contra la pared. Aún la última crisis de parálisis no se había ido por completo. Debido a la intervención del maestro de los artesanos es que Bezalel disponía del tiempo que fuese necesario para reponerse de la rígida inmovilidad en la que se encontraba.

—Debo admitir que a veces no estoy seguro de entender todo lo que dices. Un pensamiento o varios de ellos no creo que puedan producir esta enfermedad que un día llegó para quedarse para siempre, por lo visto —contestó Bezalel. Flexionando de a poco las piernas, con gran dificultad y dolor.

—No estaría tan seguro si fuera tú. Pero de lo que sí puedo tener plena certeza es que no tienes control ni de tus pensamientos, ni de ningún aspecto de tu vida. Vamos, bebe un poco de agua.

Es el horario de salida. Tú te quedarás conmigo. —Le dio un vaso con agua y luego se enderezó para despedir al resto de los obreros.

***

Al cabo de una media hora, después de que todos sus compañeros se habían retirado del predio, Bezalel podía comenzar de a poco a ponerse de pie. A lo lejos, se veía a Moshé parado justo en frente de la puerta de uno de los inmensos depósitos donde la madera estaba en su estado original. En forma de troncos.

—Ven, acércate, comenzaremos trabajando con uno de estos troncos —dijo el maestro.

—No sabía que trabajaríamos aquí. Déjame ir por algunas herramientas, ahora vuelvo… —Dio la media vuelta buscando salir del depósito.

—No las necesitaremos. Ven aquí —lo interceptó de aquella iniciativa.

—¿Cómo llevaremos a cabo nuestro trabajo sin herramientas? ¿O prefieres que entre los dos carguemos uno de estos troncos y lo traslademos hasta…? —No pudo terminar su pregunta.

Moshé estaba haciéndole señas con su mano, dirigiéndolo hacia él, moviéndola como si intentara ventilarse a sí mismo.

—No lo haremos de la misma manera. Esta vez te enseñaré mis trucos. Te mostraré cómo he realizado todos mis trabajos. Los que me dieron la fama que seguramente has escuchado de mí.

Ven, acércate. —Moshé lo invitó a sentar junto a él, y en frente de ambos, un enorme tronco estaba esperando ser modificado.

—Está bien, dime, ¿qué quieres que haga? —dijo con algo más de apertura hacia el carpintero.

—Antes de comenzar a trabajar, quiero que cierres tus ojos —inició sus indicaciones—. Vas a imaginarte que estás a punto de tocar una superficie que amas. En realidad, la superficie que más amas, que más respetas, que la cuidarías por sobre todas las cosas. Quiero que traslades a tus manos la fuerza necesaria para tratarla con la mayor delicadeza que puedas, ¿ya vas imaginando algo? —preguntó.

—El cuerpo de mi mujer… —dijo sin titubeos.

—Pues muy bien. Acaricia el cuerpo de tu mujer. Hazlo una y otra vez hasta que realmente sientas su piel en tus dedos —continuó guiando aquella imagen. Sus manos, llenas de los vestigios de las herramientas y la madera, en un principio, con un aspecto robusto y llenas de fuerza, comenzaron a destensarse, a suavizarse, como si ahora fueran las manos de un niño pequeño que aún no ha tenido contacto con ninguna superficie rugosa y áspera.

Luego, el color enrojecido fue virando hacia un tono menos furioso y, por último, aquel leve temblor permanente, quizás consecuencia de la reciente crisis que había tenido, comenzó a dejarlo, lentamente.

—Lo estás haciendo bien, Bezalel. Ahora quiero que a medida que vayas sintiéndote listo, comiences a pensar que pones sobre la piel del cuerpo de tu mujer, una tela de gasa. Una fina gasa que vaya rozando sus contornos, para dejarla más suave, más bella, más agradable al tacto. —Moshé caminaba lentamente, rodeando al artesano y al tronco conjuntamente.

Pasó algo más de un par de horas. Ambos continuaban trabajando en aquella visualización. Moshé seguía con sus indicaciones y Bezalel parecía estar realmente comprometido con aquél trabajo. Bastante distinto. Realmente atípico. Sin embargo, estaba dispuesto a probar todo lo que fuese necesario para sanarse, para alejar aquella enfermedad de su vida, para sentirse feliz.

—Bien, ahora puedes abrir tus ojos, pero no dejes de rozar con tus manos la superficie. Continúa haciéndolo hasta que yo te diga. —El maestro se agachó en cuclillas junto al aprendiz.

Bezalel abrió los ojos. Por un momento le costó algo de trabajo volver a su entorno actual. Había estado abstraído. Alejado de ahí. En alguna otra parte. Sin embargo, su ceño se frunció, quedando muy apretado. Sus manos se tensaron rápidamente, y su mirada de desaprobación y desconcierto buscaron el rostro de su maestro. Aun así, continuó pasando sus manos sobre la superficie del tronco, como le había indicado. Pero esta vez, al conjunto de emociones contradictorias se le agregaron nuevas heridas. La superficie del

tronco estaba completamente alisada. De la misma manera que lograba alisarla luego de horas de pulido. Horas y horas de sacrificado pulido. La madera de la superficie del tronco estaba tan suave como el pétalo de una rosa. O el de una fina gasa, como Moshé le había dicho.

Pero lo imposible volvió a suceder. Ahora tomado por aquel estado de descrédito, a pesar de tocar la suavidad y la perfección en la que se encontraba esa fracción del tronco, sus manos comenzaron a sangrar. Como si estuviera pasando sus palmas por pedazos de vidrios rotos, o por una madera reseca y endurecida.

—¿Qué has hecho, Moshé? —preguntó entre quejidos y dolor. Sobando sus manos y limpiando la sangre contra su vestido castaño.

—Yo no lo hice. Tú lo hiciste. —Volvió a enderezarse y a caminar alrededor de él.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Qué le pasó a este tronco? —De repente se paró mirando hacia todos lados.

—Tú lo hiciste posible. Y es fácil de explicarlo. Sólo que seguiré acostumbrándote a que todo debe tener una explicación racional, lógica, entendible. Sin embargo, no todo funciona de esa manera. Las fuerzas más poderosas, aquellas que tienen gran capacidad de acción, las que impulsan a toda la humanidad hacia adelante, son justamente aquellas que no entendemos cómo operan, ni mucho menos podemos explicarlas. Tú fuiste quien puliste la madera con tus propias manos, creíste que era tan suave como la piel de tu mujer y en eso la convertiste. Sin embargo, tan rápido como pudiste descreer, aun cuando la superficie era completamente indefensa ante tus manos, causó las mismas heridas que habrían provocado filosas y gruesas astillas —Moshé explicaba mientras buscó apoyarse contra la puerta del depósito.

—No sé qué decir… no puedo terminar de entender… — Bezalel estaba perdido y confundido.

—No busques entender lo que le pasó a la madera. Más bien entiende lo que pasó en ti. En tu mente. Cuando tu pensamiento fue bueno, agradable, placentero, entonces así fue tu entorno, así fue tu mundo exterior. Inmediatamente cuando dejaste que emanara desde tu corazón la duda, la desaprobación y unas cuántas emociones más, así fue cuando volviste a generar un entorno rudo y hostil. — Se extendió con paciencia, aun cuando sabía que su aprendiz estaba haciendo de su timbre de voz un lejano tintineo de fondo.

—Dame tiempo, Moshé. Dame tiempo... —contestó. Palmeó irregularmente su hombro y salió del lugar.

***

Elizabeth quitó su mano de la puerta. Su mirada era la misma que había tenido su marido tiempo atrás. Extrañada, confundida,

contrariada. Venía la parte esperable para Moshé. La catarata de preguntas. Y las consiguientes respuestas, que como ya sabía, le tomarían algo de tiempo digerirlas.

—¿Usted estaba ahí?... ¿Usted ha sido ese mismo Moshé que tantas veces oí de la boca de Bezalel? —Su mirada estaba distante hacia el suelo. Moshé no contestó. Dejó que ella llegara a sus propias conclusiones antes de responder una palabra—. ¿Así fue, cierto?... ¿Así fue como construyó todos estos hermosos muebles que decoran esta habitación? —Se giraba para mirar hacia todos lados. Con su ceño fruncido, buscó la mirada del Gobernador. La mantuvo firme durante unos instantes. Pero luego, se acercó nuevamente hacia la puerta, como si rápidamente se hubiese decidido por seguir viendo, en lugar de buscar explicaciones. Elizabeth levantó su mano y repitió por tercera vez el mismo gesto. Dejó hundir su mano y así volvió a trasladarse.

—Bueno, como verás, ya estamos solos. Y estoy listo para seguir trabajando de acuerdo con lo que tú me indiques. —Bezalel parecía más optimista. Volvieron al depósito. El tronco estaba pulido por completo, de punta a punta. Así también, las manos del artesano estaban con tajos, de punta a punta. Era evidente que en repetidas oportunidades había vuelto a lastimarse, paradójicamente, con la superficie lisa y suave de la madera en proceso.

—Entonces, acércate y colócate cerca de la pieza de madera —contestó Moshé. —Y como ya hemos hecho varias veces, cierra tus ojos. Ahora voy a indicarte cómo cortarla en pedazos, en los que tú quieras —agregó el maestro.

—Supongo que eso va a doler. ¿Convertiré mi mano en un hacha o algo por el estilo? —preguntó con un sarcasmo subyacente.

—Eso lo decidirás tú, si así lo deseas. Ahora, concéntrate y escucha mi voz —Bezalel cerró sus ojos, posó sus manos sobre la madera y esperó a que el jefe de los artesanos comenzara a guiarlo —. Vas a pensar ahora en algún objeto, en algún elemento que te genere placer no sólo su superficie, sino también el hecho de poder trozarlo —le dijo. Esperaba el tiempo que creyese necesario para que el artesano se dedicara a generar su visualización.

Al cabo de unos instantes, Bezalel acariciaba la superficie de la madera, tambaleándose suavemente hacia ambos lados.

—Me gusta trozar el pan recién horneado. Me gusta sentir su temperatura, cuando recién sale del fuego —describió lo que sucedía en su mente.

—Pártelo entonces. De la misma manera que lo haces con el pan recién horneado. —Avanzó Moshé.

Colocaba sus manos de forma perpendicular al tronco alisado. Con el canto de la mano rozaba lentamente. Cuando tocaba la

madera con el costado de su dedo meñique, ésta se agrietaba al medio y caía un pequeño bloque, por un lado, separado del resto de la pieza. Moshé continuaba con sus indicaciones, guiándolo en aquel estado de su mente. Pasó una hora, o quizás un poco más, y Bezalel no perdía la concentración. En una oportunidad, un bloque cayó sobre su propia pierna, asustándolo y provocando que abriera sus ojos rápidamente, en un sobresalto. A pesar de que aún seguía jugándole en contra su descrédito, esta vez no logró terminar de partir el bloque que había comenzado a separar, quedando el trabajo a mitad de camino. Cortada la madera por arriba, pero unida todavía por debajo.

—¿Durante cuánto tiempo estuviste enseñándole sobre esto? —preguntó Elizabeth. Había sacado su mano desde la silicona de la puerta.

—Algo más de un año, o quizás un poco más —contestó con imprecisión.

La emperatriz buscó sentarse en un sillón similar al que contenía a Moshé en ese momento. Colocó sus manos entre sus rodillas, por encima de su vestido. Mantuvo su mirada baja, al suelo. Parecía intentar ordenar un poco su mente.

—Recuerdo cuando aquellas brutales crisis de inmovilidad lo atacaban sin previo aviso. Creía que no tenía las herramientas para ayudarlo. Nunca supe cómo ayudarlo. Ni siquiera lograba bajar en alguna medida su dolor con interminables masajes que realizaba sobre su cuerpo, largamente. Sin embargo, puedo entender lo que hiciste con él. Porque el único refugio que encontraba en medio de aquellas agonías era cerrar mis ojos e imaginarlo.

Pensarlo en diferentes personajes. Todos ellos protagonistas.

Dueños de sus propias vidas. Fuerte, valiente, poderoso. No sé si pude traspasar algo de mis pensamientos hacia él, pero lo que sí puedo asegurar es que mi percepción cambiaba por completo.

Cuando volvía a abrir los ojos, ya no veía a un hombre enfermo, víctima de una enfermedad, preso de sus propias creencias, impotente. Veía sólo la antesala de un futuro promisorio. La etapa de formación de un gran líder. La preparación de un hombre destinado a una vida grande e influyente. Mi pena hacia él de pronto se iba. Dejaba de invalidar su capacidad, su fuerza. De repente lo veía capaz de superar aquella situación —suspiró profundo y continuó manteniendo la mirada hacia el suelo.

—Ese es el campo donde tienes verdadero dominio. En tus pensamientos. Y ellos son tan poderosos como las herramientas que alguna vez usó Bezalel. Tienen la capacidad de entregarnos una visión acerca de nuestro mundo. Una interpretación. Una imagen. Es ahí donde las personas enferman, fracasan, son engañadas, y no

son amadas. Es ahí precisamente donde las peores tragedias suceden, aunque nunca acontezcan en el plano real. Es ahí donde los mayores sueños y anhelos también son forjados y son convertidos en la más pura realidad —contestó Moshé en un tono de voz suave. Hablando lento y pausado.

La emperatriz se levantó de aquel sillón de madera de patas anchas y con un gran respaldo. Parecía que Bezalel haber invertido largas horas, dibujando con la yema de sus dedos, cada figura, cada contorno.

—No quiero perderme de la mejor parte, Gobernador — sonrió de forma cautivante—. Quiero saber ahora la historia de esta puerta. —Y apoyó su mano sobre ella por cuarta vez, para ser testigo nuevamente de aquella historia.

CAPÍTULO 5

Comunidad de destinos

—Yemina, ¿estás en casa? —Se asomó Johanna por la ventana de la propiedad de su vecina.

—Sí querida, ¡pasa! —contestó desde adentro.

—Compré una buena cantidad de trigo, y conseguí algo más de hierbas. Ya podemos comenzar —le sonrió con satisfacción.

—Cuando tu marido era soltero siempre esperaba llegar a casa y encontrar el pan recién horneado. Pero te imaginas que ahora debe saber más delicioso, por el hecho de estar amasado por su linda esposa —la alagó mientras ambas se predisponían para comenzar a amasar.

—Espero que así sea —contestó con un semblante desmejorado.

—Ay, querida mía… conozco esa cara —dijo la mujer, mientras se acercaba un poco más a ella.

—Se me hace tan difícil a veces. Nada de esto era lo que yo esperaba. No tiene la culpa de estar enfermo ni del poco dinero que gana en su trabajo. Paso todo el día en soledad, si no fuera por los escritos que Ezequiel me presta para que lea y me entretenga, ciertamente no encontraría ningún divertimento. Más allá de las actividades domésticas —expresó con amargura.

—Te entiendo. Lo vivo muy de cerca. Esa enfermedad sólo avanza y cada día está peor. —Yemina comenzó a espolvorear harina por toda la mesa.

—Hay días que gime del dolor, por horas, incluso le ayudó a caminar de un lado a otro, dentro de nuestra casa. No sé cómo se las arregla en el trabajo —Johanna continuaba con el ceño fruncido y la mirada perdida.

—Bezalel siempre ha sido un joven con fuerzas, incansable.

Sin embargo, nunca lo vi feliz. Apartado de su familia, traído hasta acá para realizar tan duro trabajo a cambio del escaso salario. Y luego sus continuas parálisis… mi muchacho… espero que la vida le tenga algo mejor. A los dos. —Hizo una pausa aprovechando para hundir con fuerzas sus manos para moldear la masa.

—Dime Johanna, ¿y no han pensado en tener un hijo? Eso sería una gran alegría para ustedes —intentó levantarle el ánimo.

—No, nada de eso, Yemina. Sería un problema, más que una bendición. No es momento para traer un bebé a nuestro hogar —contestó.

Ambas continuaron amasando. Johanna preparaba el horno, mientras su vecina se apresuraba en formar bolos de masa perfectamente redondeados. Disfrutaba de realizar aquella

actividad.

Pero más disfrutaba de la amistad que había forjado con Johanna.

Se hacían compañía, conversaban largas horas, además de que aprovechaban para amasar, hacer sus vestidos, cocinar, y de vez en cuando, Johanna le leía alguna historia. De aquellas que Ezequiel le prestaba gustosamente. Siempre bajo la excusa de que se mantuviera activa en la lectura para no perder lo aprendido.

—Pensaba, recordando como si hubiese sido ayer, cuán hermoso fue tu casamiento. —Yemina persistía en cambiar el ánimo de la conversación.

—Así fue… un día soñado para mí. Bezalel fue quien me sacó de la casa de mi madrastra. Para mí fue como un rescate. — Johanna por fin esbozó una pequeña y fugaz sonrisa.

—Y ahora también será un momento de felicidad y plenitud. Ya lo verás. Superarán estas dificultades juntos, y saldrán aún más fortalecidos. —Yemina apretaba los brazos de Johanna, a la altura de sus hombros, en señal de apoyo y contención.

—Muchas gracias por tus palabras. Estoy segura de que así será —contestó un poco más optimista.

—Y hablando sobre el casamiento y Bezalel, cuéntamelo todo otra vez. Como si no supiera nada. Sabes que me encanta escuchar historias de amor —le pidió su vecina, como lo había hecho una docena de veces.

—¿En serio quieres volver a escuchar cómo nos conocimos? — Johanna soltó una carcajada.

—Vamos, Johanna, ¡sabes que soy una vieja que pierde la memoria! ¡Ya olvidé todo otra vez! —Ambas rieron, esparciendo harina por todos lados.

—Está bien, si así lo quieres —contestó con el rostro cambiado. Realmente disfrutaba de escuchar aquella historia.

La poderosa Elizabeth – El emperador de la puerta de silicona Después de todo, Bezalel llegó con veinte años a Selana. Luego de doce años, lo consideraba como un hijo.

—Bueno, como ya sabes, todo comenzó hace cinco años atrás. Recuerdo que habíamos salido con Ezequiel a comprar más tinta y algunas plumas nuevas. Me encantaba cada clase que él me daba. Encontré en el arte de leer y escribir un refugio seguro, donde podía abstraerme de cualquier circunstancia. Esa tarde llegamos al mercado de la ciudad y pensamos que sería buena idea separarnos para buscar las plumas, por un lado, y la tinta por el otro, ya que los senderos estaban atiborrados de gente. Viajantes caminando al lado de sus animales, jalándolos desde las riendas, vendedores ofreciendo a viva voz sus productos, y deliciosos aromas a especias

del medio oriente. Era sencillo perderse entre la multitud. Pero más fácil era perder toda la tarde siendo atraída por cada puesto.

El sol estaba cayendo junto con aquella tarde calurosa. Me aparté un poco de tanta multitud para ir directo al puesto donde siempre conseguíamos las plumas. Me distraje un poco entre ellas, ya que me gustaba elegirlas cuidadosamente. Su tamaño, la cantidad, el color, la textura… era más bien un ritual de selección que una simple compra de plumas.

Sentí la sensación de que alguien me estaba mirando. Ahí estaba él, sentado en unos escalones de mármol de uno de los edificios públicos de la ciudad. Su mirada era penetrante. Fija. Concentrada. Traté de pasar desapercibida mezclándome nuevamente con la muchedumbre. Pero cuando volví a mirar a ese hombre, de pronto estaba a mi lado, eligiendo plumas él también… —Miró a Yemina entrecerrando los ojos, y ambas rieron de la última parte del relato. Luego, Johanna comprendería que Bezalel y las plumas eran tan distantes como Selana de Jerusalén.

—Deben haber sido para decorar el pan, querida, ¿acaso nunca has decorado pan con plumas? —Su rostro estaba sonrojado de reír. Era una señora caracterizada por su buen humor, la mayor parte del día.

—No lo había pensado. ¡Serían como panes cuya decoración los asemejaría a avestruces! —contestó tentada.

—Así fue como me preguntó mi nombre. Le respondí de forma escueta. No quería que nadie me viera hablando con un hombre que no fuera Ezequiel, mi amigo de toda la vida. Asique decidí apartarme lo más rápido posible. Creí que ya lo había perdido de vista, pero de pronto sucedió lo inesperado. Ezequiel vivía en frente de la casa de la familia de Ohad, y eran con Bezalel amigos y compañeros de trabajo. Esto lo supe una vez que Ezequiel vino por mí, y Ohad lo encontró a mitad de camino. De repente Eze y Ohad se saludaron y terminamos los cuatro en dirección al este de la ciudad, donde Ezequiel y Ohad vivían. Traté de esconderme detrás de Ezequiel. La mirada de Bezalel estaba resultándome intimidante. Pero Ohad no tardó en darse cuenta de aquella dinámica y nos invitó a cenar en su casa. Primero, pensé en qué le diría a Amira, por el hecho de no llegar a horario para cenar en casa. Pero luego recordé que las tres estaban de viaje.

Una nueva caravana había partido rumbo a Memphis, al sur de Egipto, donde ellas todavía tenían parientes.

La cena fue cálida y las horas pasaron volando. La familia de Ohad era numerosa y estaban llenos de energía. Se reían constantemente, se hacían bromas entre ellos, las mujeres cocinaban delicioso, y los hombres eran cariñosos y

despreocupados. Yo no estaba acostumbrada a ese tipo de reuniones familiares, y también vecinales. Amira siempre fue una persona que despreció a nuestros vecinos. Nadie estaba a la altura de ella, y maquinaba permanentes conspiraciones e hipótesis que, según ella, los vecinos hacían contra ella y sus hijas.

Bezalel intentó por todos los medios sentarse a mi lado, pero Ezequiel no tardó en notar la situación, y sus celos se despertaron más que nunca. —Yemina la miraba sonriente, como si estuviera trasladada en una burbuja imaginaria, recreando cada detalle en base a la historia que estaba escuchando. Ambas se sentaron al lado del horno. Los panes ya estaban dentro de él.

—Continúa, Johanna, sigo sin poder recordar apenas un detalle. —La apuró para que retomara aquella historia, como era típico en ella.

—Está bien, como tú digas —contestó risueña—. La cena terminó y los familiares de Ohad comenzaron a cantar. Uno de los hermanos tocaba la flauta y su hermana menor hacía una contagiosa percusión con dos estacas de madera contra su propio banco, donde estaba sentada. Acostumbraban a pasar el tiempo juntos, aprovechándolo al máximo. Ohad no fue lento en percatarse de que Ezequiel estaba actuando como mi guardia personal, entonces decidió acercarse disimuladamente a él y pedirle colaboración, para que su amigo pudiera conocerme. Ezequiel mostró escasa actitud cooperativa. Sus sentimientos hacia mí se lo impedían, detalle que él nunca había hablado conmigo, hasta poco tiempo antes de mi casamiento con Bezalel.

Él se acercó a mí y lentamente comenzó a iniciar una charla.

Me pareció cálido al hablar e incluso comencé a disfrutar de aquella conversación. Aquella noche fue magnífica para mí. Fue como un bálsamo. No sólo porque quedé con una buena impresión de Bezalel, sino por la maravillosa familia de Ohad —Hizo una pausa mirando hacia el horno—. De ahí en más, Ohad supo que Ezequiel continuaba enseñándome a leer y a escribir, todas las tardes, luego de que ambos nos desocupábamos de nuestras tareas cotidianas. Era a la misma hora que salían de trabajar de los talleres de carpintería. Razón por la cual, una tarde tras otra, pasaban por la casa de Ezequiel, antes de marcharse hacia sus casas.

El tiempo pasó y fui mirando a Bezalel con otros ojos. Era dulce conmigo, y valoró en gran manera que siendo yo mujer supiera leer y escribir. Antes de eso me esmeraba por ocultar aquella situación, por miedo a que me rechazaran o criticaran duramente.

Sin embargo, cuando él demostró admiración en ese sentido, tomé más fuerzas para adueñarme con orgullo de aquella capacidad.

Nunca permití que Bezalel fuera a mi casa. Amira y sus dos hijas lo derribarían a críticas en cinco minutos, y la verdad que no quería pasar por aquella situación. Asique, al igual que leer y escribir, mi amor con él se convirtió en un nuevo secreto que debía guardar con respecto a ellas. Mientras siguieran pensando que sólo limpiaba y acarreaba agua, yo sería libre. Pero en cuanto se enteraran de mi relación con Bezalel o de mis clases de escritura, harían todo lo posible para despojarme de ello, como lo hicieron antes, en repetidas oportunidades con cualquier cosa que disfrutara. De todas maneras, lo secreto le daba más emoción, tenía un sabor diferente para mí.

Pasó un año, de ahí en más. Continuábamos conociéndonos, conversando, sabiendo más uno del otro. Él ya tenía aquella enfermedad que a veces paralizaba alguno de sus miembros, pero no parecía, en aquel momento, que pudiera volverse tan severa, tal como la padece ahora.

Finalmente, un día me invitó a caminar por la ciudad. Era una hermosa tarde de primavera. Conversábamos de todo un poco. Siempre hemos tenido mucho de qué hablar, desde el primer día eso fluyó entre nosotros. Él se detuvo en un puesto. Un vendedor que traía bellísimas telas desde Asia, lo esperaba con un paquete, envuelto en una gruesa tela de color rojo desteñido. La tomó de aquél hombre, ambos estaban demasiado sonrientes, y colocó el paquete sobre mis manos. No sabía en ese momento exactamente qué había dentro del lienzo rojo. Las telas que venían de las regiones de Asia bien sabido era que se compraban a un costoso precio.

Nos sentamos en el borde de una fuente de agua, cercana a la plaza de la ciudad. Tenía en su otra mano un ramo de flores de varios colores atadas con una cinta de tela azul. En ese momento, me preguntó con un poco de nerviosismo y sonrisas, si quería ser su esposa. No me lo esperaba. Quedé muy sorprendida. Aquella propuesta me tomó desprevenida completamente. Si bien habíamos tenido un intenso acercamiento, habíamos podido conocernos y conversar largas horas, creí que se tomaría más tiempo en preguntármelo.

Antes de responder, pensé en que no tendría un vestido en tan poco tiempo. Y fue ahí cuando me di cuenta de que ya lo había pensado. Me indicó que abriera el paquete que todavía tenía en mis manos, y ahí estaban. Hermosas telas en colores pasteles, con bordados y pequeños detalles brillantes, labrados en las orillas.

Había estado ahorrando hasta el momento en que pudiese regalármelas. Luego de casados, me contó que cada día entregaba lo que podía al mercader de la ciudad, hasta que termino de pagarlas.

Me sentí realmente emocionada. Casarme con él era lo que más quería en ese momento. Por fin, salir de aquella casa estaba convirtiéndose en una realidad para mí.

—Buenas tardes, señoras. —Bezalel llegó al lugar. Besó a Yemina en la frente y luego besó a su esposa con cariño.

—Pero ¿llegas a interrumpir la historia? ¡Vamos, vuelve al taller! —dijo su vecina, apurándose para sacar el pan del horno.

—¿Es así como me recibes? Sé que tienes más de qué hablar con Johanna. Pero ten piedad de mí, ¡necesito comer todos esos panes urgentemente, estoy muy hambriento! —Bezalel perseguía a Yemina desde el horno hasta la mesa, intentando pellizcar un pedazo de pan caliente.

Ambos se despidieron de la señora. Ella era especial. Era como esa madre que a los dos les había hecho tanta falta.

—Mañana continúas con tu relato. ¡No te has librado de mí, querida! —siguió hablándoles desde la puerta de entrada, junto al horno, mientras ellos casi llegaban a la casa de al lado, donde vivían.

La poderosa Elizabeth – El emperador de la puerta de silicona

***

Johanna y Bezalel llegaron a casa. Era un momento donde compartían uno con el otro cómo había estado su día. Un delicioso estofado seducía con su aroma. Cuando Johanna terminó de cocinarlo, aún humeante y caliente, Bezalel se acercó con su plato apresuradamente. Como si tuviera que hacer fila para esperar a ser servido intentando ganarles a otros cien comensales. Esta vez se quedaron conversando. Hacían largas sobremesas para aprovechar ese tiempo juntos. En otras oportunidades salían a caminar por la agitada ciudad. Un vaso de vino y trocitos de delicioso queso de cabra acompañaban el cálido momento. Habían aprendido a disfrutar de la compañía del otro. A sacarle provecho a esos pequeños ratos de paz y bienestar. Esos que les alimentaba el alma y el corazón, visualizando de pronto, las cargas y dificultades más livianas y llevaderas.

De repente el vaso con vino cayó desplomado al piso, trozándose en mil pedazos. El vino salpicó todo lo que encontró a su alrededor. La túnica de color chocolate de tela gruesa y resistente de Bezalel también quedó empapada. El sudor apareció inmediatamente. Corría por su rostro y su cuello. Bezalel apretaba los dientes. Las venas de su cuello sobresalían de forma llamativa.

Sus gemidos estaban siendo controlados por él, pero era evidente que el dolor era mayor que su deseo de reprimirlos. Johanna corrió a ayudarlo. Este era justo el momento donde mayor impotencia sentía. Nunca sabía realmente cómo asistirlo. No había

nada que ella pudiera hacer. Intentaba acudir a él cargando un vaso con agua y de ahí en más, se mantenía a su lado, frotando la zona paralizada, masajeándola. Con gran dificultad lo acompañó hasta la habitación. Aquellas parálisis tenían libre albedrío con respecto al tiempo en que venían y se iban.

—Johanna, por favor, ayúdame a llegar a la cama —le pidió, como siempre, en medio de su agonía. Ahí quedaba tendido.

Y ella a su lado. Hasta que el sueño la vencía. Su garganta se mantenía cerrada, bloqueada por un grueso nudo. Sentía compasión por lo que le pasaba a su marido. Y compasión por ella. Por cada uno de esos episodios que tenían la capacidad de hundirla en la tristeza.

Sin embargo, y paradójicamente, ella tomaba su mano, cerraba sus ojos, hacía sus plegarias y comenzaba a viajar en su imaginación. Esa facilidad que tenía para trasladarse a mágicos mundos, a tierras lejanas, a paisajes nunca vistos. Esa capacidad que había sido entrenada por todas sus lecturas, todas esas historias plasmadas en aquellos deliciosos papiros que Ezequiel de vez en cuando le prestaba para mantenerla activa. Y era ahí, en su mente, cuando Johanna veía a su marido corporizado en tantos personajes. Un gran rey, un guerrero valiente y temerario, un artista prodigio reconocido por todos los pueblos. Un gran sabio, un revolucionario predicador de lo bueno, un hombre exitoso de negocios mercantiles. Esa había sido su terapia. Su escape. Optaba una y otra vez por verlo en lo más alto de sus virtudes. En lo máximo de su potencia. En la cumbre del dominio propio. Eso era lo que le hacía bien. Reforzar sus visiones acerca de él, no como un preso de aquella enfermedad, sino como un protagonista de una vida digna de ser vivida. Era la manera que encontró de cuidar su mente. De salvaguardar su corazón.

Después de todo, parecía transmitir algo de esa energía a la mente y al cuerpo de su esposo, ya que era tan exacto como la matemática, que los dolores que lo poseían comenzaban a ceder.

***

Al día siguiente era una nueva odisea. La contractura muscular, luego de cada ataque de parálisis, le pasaba una elevada factura. La jornada de trabajo era larga y exigente. Y los jefes que vigilaban los trabajos no tenían ningún tipo de consideración.

Desde el punto de vista de todos ellos, claramente se trataba de una excusa para no trabajar. Lo cual podía ir acompañada de un nuevo castigo.

Desde que Moshé ingresó en la vida de aquellos talleres, habían notado un avance en cuanto a la consideración en relación con ciertas facetas, tan lógicas como humanas. El maestro carpintero

intentaba explicarles cuán óptimo era para el rendimiento de la productividad el hecho de contar con artesanos descansados y bien alimentados. Entre otras intervenciones, Moshé había obtenido un buen número de victorias para beneficio de los trabajadores.

Le costó esfuerzo ir a trabajar, como siempre acontecía cuando la noche había sido corta luego de sus intensos dolores.

Bezalel batallaba en su mente. A veces no podía priorizar qué le causaba más ardor, si aquellos calambres impredecibles o la vida que le estaba dando a su mujer. Había imaginado otra realidad para ellos. Había creído que podía darle mucho más de lo que en realidad le ofrecía. Se castigaba en sus pensamientos. Le azotaba la culpa. La impotencia siempre aparecía en escena. Y todo ese batido de emociones desbordaba en sus quejas y mal humor.

Los episodios de paralíticos dolores también brotaban repentinamente en los talleres, sin entender de conveniencia o no.

No solamente estaban siendo más frecuentes, sino que además iban avanzando y abarcando cada vez más zonas de su cuerpo.

***

Johanna llegó a la casa de Yemina a media mañana. Luego de limpiar toda su casa, ordeñar la cabrita y salir de compras por algunos faltantes para poder realizar sus tareas domésticas, ambas mujeres se juntaban para conversar y hacer de las tareas diarias un momento de compañía y amistad. Habían conseguido tejidos gruesos y coloridos con los cuales elaboraban diferentes prendas.

Bezalel prefería colores marrones, mostaza o bordó. Era costumbre de él usar esa vestimenta, que llegaba a la altura de su rodilla, con la cual estaba cómodo y libre en su lugar de trabajo, junto con sus sandalias de cuero de animal. Les huía a los tonos claros ya que en un abrir y cerrar de ojos quedaban arruinados en el predio de carpinteros.

—¡Johanna, estaba esperándote! He preparado dos bebidas calientes con exquisitas hierbas para acompañar nuestro día de trabajo. —Yemina estaba de buen humor, como siempre. Esto no significaba que no tuviera un olfato preciso y afilado con respecto al semblante que a veces Johanna cargaba. Era prácticamente de la familia. Podía predecir exactamente cuando una nueva aparición de la enfermedad los había dejado sin energías.

—Qué rico, Yemina, ¡muchas gracias! Traje las telas que fui comprando todo este tiempo —respondió intentando reponer su gesto.

—Ah muy bien, querida. Bueno, bueno, pero no creas que lo he olvidado. Queda por contarme todo lo relativo a la boda.

Porque no recuerdo haber estado ahí. —Trató de mentir, en vano.

—¿Tú crees que sea momento? —preguntó con la mirada baja.

—Escúchame, hija, lo que voy a decirte —Sostuvo sus manos con cariño, haciendo una breve pausa—. A veces, cuando uno es una vieja como yo, resulta que ya sabe un poco más sobre la vida, a causa de la acumulación de años. Llegas a comprender que cada circunstancia, por más dura e incluso traumática que pueda parecer, encierra un enorme potencial de aprendizaje y crecimiento. Son circunstancias que se asemejan a puentes movedizos y tambaleantes, generalmente no deberás de cruzarlos sola, sino que siempre habrá alguien a tu lado que te acompañe. Esa es la esencia del amor. Y es el amor el que elige a tu acompañante a través de una comunidad de destinos, en virtud de la cual ambos saldrán reinventados, edificados. Ya nunca más serán los mismos.

Y habrán comprendido el para qué de la enfermedad, en el caso particular de ustedes dos.

Entiendo tu sufrimiento, tu malestar. Incluso no te culparía si estuvieras ideando la manera de huir de esta situación. Sin embargo, es ahora, más que en ningún otro momento, cuando debes sacar fuerza de tus vivencias más felices. Aquellos momentos en los cuales te diste permiso para soñar, para ser feliz, para jugarte por el amor, por un proyecto conjunto, con un hombre sencillo y de buen corazón, como Bezalel —Hizo una pausa otra vez. Tomadas las manos de Johanna, la dirigió a la mesa, donde estaban las bebidas calientes. Luego suspiró profundamente—. Tu boda.

La etapa de enamoramiento que vivieron juntos. Los sueños que cada día fueron alimentando. Es ahí, en esos recuerdos en donde puedes encontrar nuevas fuerzas para hoy, para vivir un día más, y no solamente sobrevivir. Y ya habiendo hablado suficiente, ahora quiero escuchar toda la historia otra vez. —Sonrió con los ojos entrecerrados por su bebida humeante acercándose a su rostro.

—Tienes razón, Yemina. Es una buena manera de verlo. Te agradezco mucho por tu contención. —Johanna sobaba las manos de la mujer, agradeciéndole a través de ese gesto.

—Bien… retomando donde me quedé ayer. En la fuente y el hermoso regalo de las telas para mi vestido —Intentó con valentía reconectarse con la historia—. Bien, recuerdo que una hermosa señora delgada, de estatura media, cabello negro con algunas vetas grises a causa de las canas y el color de su sabiduría, elegante en su forma de moverse y de hablar, con una bella sonrisa contagiosa, mejillas rosadas y ojos negros, fue quien me ayudó a realizar mi propio vestido. —Ambas rieron. Aquella señora no era otra que Yemina. Se tomaba tiempo para sus pausas en las que aprovechaba para dar un par de sorbos a la bebida caliente con hierbas.

—A partir de ahí todo sucedió bastante rápido. Nosotras nos

encargábamos del vestido y de mi tocado con flores rosas y amarillas, mientras la familia de Ohad, principalmente las numerosas mujeres, se ofrecieron a cocinar todo tipo de delicias. Los hombres pasaron horas construyendo aquella jupa. La adornaron con cautivantes y elegantes guirnaldas de flores y preciosas telas. Estaba llena de ilusiones. Con ansiedad, expectativas y nerviosismo.

Pronto los preparativos llegaron a su fin, y para ese entonces, la ceremonia llegó. Las palabras del sacerdote fueron una recitación memorable, cargada de significado y resonancia profunda en nuestros corazones. Un velo de gasa blanca cubría toda mi cabeza y mi rostro, hasta que llegué al interior de la jupa, donde esperaba por mí Bezalel. Luego de unas palabras del sacerdote, comencé a girar alrededor de él, levantando las paredes de nuestro hogar.

Cuando cumplí con la séptima vuelta, entonces él quitó mi velo y pudimos por fin besarnos. Nuestra gente, que vive en esta ciudad, estuvieron ahí. Fue una noche muy divertida. Todos bailaban y reían. La música se extendió un par de horas. Bezalel y yo nos apartamos de los invitados. Era el tiempo de nuestro primer encuentro íntimo, a solas. Ahí donde nuestro casamiento se consumaba. Tuve nervios, e incluso miedo. Nunca había estado con un hombre. Sin embargo, pronto esos sentimientos me abandonaron.

Bezalel fue cariñoso conmigo y muy respetuoso. Y luego de un momento pude dormirme en sus brazos. Fue un momento mágico, eterno para mí. —Johanna quedó con la mirada en un horizonte lejano, pensativa, ausente en su cuerpo. Yemina lo notó. Y continuó cosiendo hasta que ella regresara. Por fin había podido reconectarse con aquel momento feliz. De pronto, recobró la mirada enfocada—. ¿Qué crees tú que debamos aprender Bezalel y yo? —preguntó reflexivamente.

—Mira, querida, no estoy segura de que sea yo quien deba responder a esa pregunta. Pero hay algo más que si puedo decirte.

Mi sugerencia es que adoptes una actitud de apertura hacia la vida. Confía en ella. Es como un manantial que conoce su cauce.

No se detiene y pregunta constantemente por dónde debe continuar su camino, sino todo lo contrario. Ella sabe por dónde moverse, hacia dónde fluir y qué direcciones tomar. Despierta y entiende su método de enseñanza, y verás que podrás sacarle provecho a cualquier circunstancia que vivas. —El consejo sonaba tan bien gracias a su voz cálida, como la de una madre.

***

Las horas pasaron. Bezalel, como de costumbre, pasó a buscar a su esposa por la casa de Yemina. Siempre volvían a casa con alguna

cosecha del día, obtenida por las dos mujeres. Pan caliente recién horneado, vestidos recién cosidos, vegetales y hierbas que cultivaban en pequeños espacios domésticos, queso, dulces, leche, entre otras cosas.

Cuando llegaron a casa hicieron lo mismo de siempre.

Compartir la experiencia del día, conversar relajadamente y disfrutar la llegada de la noche estrellada.

—Johanna, quería decirte algo. —Rompió el pequeño silencio que se había producido entre los dos, luego de la cena.

—Dime, te escucho —contestó, terminando de acomodar la vajilla que acababa de limpiar.

—A partir de mañana comenzaré a llegar un poco más tarde a casa. El maestro del taller y yo tomaremos algún tiempo extra para mejorar mi arte en el oficio —le dijo, sin despegar la vista de su vino.

—Está bien, no hay problema. —Hizo una pausa. Le pareció un poco extraño. Tantos años llevaba quejándose de su trabajo que nada podría haberla sorprendido más que aquello que acababa de escuchar. De cualquier manera, había oído acerca de la gran persona que era el maestro de los artesanos carpinteros. Seguramente sacarían provecho de ese tiempo extra.

CAPÍTULO 6

El invento de libertad

Un año y un poco más transcurrió desde que Bezalel dijo a Johanna acerca del tiempo extra que tomaría para estar en su trabajo. Pretendía aprender más sobre el arte del oficio de carpintero con su maestro, según le había dicho.

Todavía no hallaba la explicación, si es que acaso existía.

Pero a esta altura, estaba casi curado por completo. Los episodios de parálisis eran tan escasos como suaves, y Bezalel se reponía pronto luego de ellos.

Johanna sentía un inmenso alivio. Su vida había cambiado radicalmente. Parecía haber renacido otro hombre dentro de su marido. Sus incesantes quejas casi habían desaparecido y su mirada hacia la vida había adquirido un mayor grado de comprensión. Una visión renovada. Estaba en paz consigo mismo y con quienes lo rodeaban. Algún cambio hubo en las profundidades de su corazón. Ya no era el mismo. Algo había mutado en su interior de forma irreversible.

La poderosa Elizabeth – El emperador de la puerta de silicona Johanna, por ahora, había optado por no indagar. Sea lo que sea que hubiese sucedido, prefería respetar aquél proceso en silencio, sin intentar todavía ahondar en explicaciones lógicas. Lo importante, y esto era lo que a ella le bastaba, era vivir en plena consciencia aquel acto de transformación, de crecimiento, de madurez. Sentía que algo habían superado.

Sus vidas habían seguido la misma línea argumental. Las mismas actividades. La rutina de siempre. Sin embargo, la sequía hacía cada vez más difícil convivir en cualquier punto del Imperio, o en cualquier otro. Desde las regiones más cercanas a Selana continuaban llegando masas de personas con carretas repletas de vasijas y tinajas para ser cargadas con agua. Se multiplicaban como por arte de magia. El malestar de los pueblos se manifestaba claramente en las riñas y grescas que surgían espontáneamente entre las personas. La percepción de la escasez y el instinto de preservar cada uno su propia vida despertaba en la gente todo tipo de crispaciones, desencadenando reacciones agresivas y desmedidas.

Esa mañana, la noticia llegó al predio de carpintería. Un pelotón de soldados del emperador venía marchando a un paso ligero. Algunos a caballo, otros a pie, estaban envueltos en sus típicos uniformes con largas capas, pecheras doradas de un material semejante al acero liviano y una suerte de falda entablillada del

mismo material. En algunos de ellos, cascos semi cerrados, cubriendo la cabeza, las orejas y parte del cuello, dejando el rostro al descubierto. Los soldados que venían a pie cargaban en sus manos rollos de papel. Una carreta tirada por un caballo montado por uno de los soldados contenía pilas de los mismos rollos, martillos y clavos. La gente de la ciudad rápidamente colocaba su atención en esa escena. Si bien cada uno de ellos podía llevar a cabo una vida normal, dentro de lo posible, no era de extrañar que la presencia de aquéllos les causara temor. Cada pueblo había sido sometido por el imperio a través de la invasión y las armas. En ese sentido, la sensación de miedo en los habitantes era una emoción previsible, que prácticamente nunca los abandonaría.

Los soldados que iban a pie clavaban en zonas visibles de la ciudad los rollos amarillentos que llevaban en sus manos con la mancha de sebo roja: el sello del emperador. El pelotón de soldados que iba a caballo salió de la ciudad. Eso sucedía cada vez que dictaba un decreto. Pero, parecía que esta vez, además de estar sellado por el anillo, el decreto también tenía la marca de la urgencia. Las personas se acercaban lentamente hacia los papeles clavados en las paredes de la vía pública.

Un soldado entró al predio. Los artesanos de la madera detuvieron sus quehaceres y miraron sorprendidos al hombre entrar.

Resultaba muy poco frecuente que aquello sucediera. Más bien, era la normalidad de la metodología en la comunicación de las decisiones del emperador, hacerlo a través de algunos lienzos colgados en las plazas principales y lugares más transcurridos, si es que resultaba estrictamente necesario que el pueblo se enterara del asunto.

El soldado se acercó a los jefes de los talleres de carpinteros. Tuvieron una conversación corta y protocolar. Sus gestos así lo delataban. Luego, los jefes se acercaron a Moshé y le transmitieron el mensaje. Finalmente, el maestro de los artesanos los reunió para transmitirles la información que acababa de recibir.

—Presten atención a lo que voy a decirles. Como todos ustedes sabrán, la situación del imperio y su azotante sequía ya no es una cuestión secreta para ninguno de nosotros. El conflicto de la falta de agua está llegando a límites gravosos y preocupantes.

El emperador ha dictado un decreto, el cual se está esparciendo por todas las regiones bajo su poder. Es él mismo quien ha admitido la necesidad de recurrir a todo lo que sea posible para poder encontrar una solución a los efectos fatales y devastadores que la falta de lluvias está ocasionando. Entonces, se ha comprometido en virtud de la obligatoriedad de la ley, bajo el poder al que queda

sujeto por su propio decreto, llamar a todos los habitantes del imperio, sea cual fuere el origen de las personas, su ocupación o su saber. Pide que intenten ofrecer una solución que pueda llevarse a cabo en toda la extensión del territorio bajo el poder del Imperio de Scaeva, que contrarreste al menos, o frene por completo los efectos de la escasez de agua. Quien haga tal cosa, será proclamado sucesor, y gobernará a la muerte de Aulus Equitius. Si es hombre, éste será el beneficiario, por pleno derecho, de la sucesión del mando. Si es mujer quien ofreciera una solución y ésta resultara cierta, heredará la autoridad imperial su marido o el hombre más próximo a ella, de acuerdo a su parentela —Moshé terminó de transmitir el anuncio.

Hubo silencio. A penas podían aquellos simples artesanos procesar semejante información. Parecía una historia de cuentos, una fantasía. Pero, claro estaba, era más real que el calor del sol pegando con fuerza contra sus pieles. Evidentemente, la circunstancia era desesperante. Una medida así no se había conocido en todos los años de gobierno del poderoso Imperio de Scaeva. Grandes ingenieros y arquitectos acompañaban las estrategias del emperador. El avance de todo tipo de obras de construcción por todo el territorio así lo confirmaban. Pero las revueltas, las muertes, las pérdidas económicas, la baja en la recaudación de los impuestos y el temor a probables sublevaciones en masa quitaron todo orgullo, y empujaron a Aulus Equitius a tomar tan drástica determinación. Los soldados vieron inconducente la táctica de recurrir al pueblo. Extranjeros, gente simple, gente de oficios. Muy pocos nobles en proporción a la población inculta y analfabeta. Simplemente se trataba de cumplir con su deber. Obedecer hasta la última palabra del emperador. Si acaso éste había dicho “lleguen con mi decreto hasta el último rincón de la ciudad”, así debía ser hecho. Sin lugar a objeción.

***

Ese día, Bezalel llegó a su casa más tarde del horario habitual de salida. Las clases en tiempos extra con el maestro parecían no haber acabado. Johanna ya tenía conocimiento del decreto del emperador. Los comentarios acerca de éste se esparcían a gran velocidad, en cada esquina, en cada rincón. Y era una temática que seguramente tardaría días, e incluso meses, en ser agotada.

Las caravanas de soldados que partían para diferentes regiones del imperio no eran pocas. La mayoría de los habitantes fueron excelentes oidores del decreto, pero sólo eso. ¿Qué podía un hombre común, o una mujer, sugerirle a los letrados e ingenieros que trabajaban para el emperador? ¿Qué idea tan brillante podrían tener que nos se les hubiese ocurrido antes a ellos? Sin embargo, no

escaseaban las personas que se animaban y solicitaban audiencia con alguna de las autoridades para exponer la posible solución que tenían en mente.

***

Los meses pasaron y no parecía que la solución hubiese llegado a las puertas del palacio. La gente seguía estresando al máximo la metodología a través de la cual se abastecía de agua. Al cabo de un tiempo, aunque pareciera difícil, el pueblo terminaba acostumbrándose a lidiar con las dificultades y la miseria. Más y más caravanas de personas que provenían de tierras lejanas arribaban a la capital, con todas sus familias, pertenencias y animales, si es que alguno les quedaba vivo, procurando sobrevivir en la única ciudad donde se encontraba el río principal, aún con caudal, y el número de pozos que no habían terminado de secarse por completo era superior al resto de las regiones.

La tensión aumentaba cada día. Al igual que las muertes de personas y animales. Se registraban pérdidas de plantaciones completas. El deterioro ya era generalizado en la mayoría de las ramas de la actividad productiva, que proveían de recursos a las arcas imperiales; tal era el caso de la pesca, el mercado de frutas, verduras, granos y hortalizas, la ganadería, la producción de pieles y cueros y las transacciones comerciales entre los pueblos pertenecientes al dominio del imperio.

***

Bezalel estaba tallando el respaldo de una lujosa cama. Algunos detalles se trabajaban en piedras preciosas y oro. El destino no podía ser otro que la familia del emperador o algún noble con costumbres exuberantes y ostentosas. Dejó descansar sus herramientas. Era la hora del almuerzo. Al igual que el resto de los artesanos, se dirigió al comedor que estaba dentro del predio, donde les servían una comida de cuestionable calidad y sabor.

Aprendió a convivir con ello. Comió su ración del día, acompañando su ingesta con un bollo de pan y un vaso con agua. Todo el tiempo se mantuvo mirando al suelo. Con la mirada perdida.

Como si buscara algo o estuviera tratando de entender su propio pensamiento. Masticaba a un ritmo irregular, dependiendo de cuán abstraído estuviera en su mundo interior. Dejó lentamente su plato y buscó a Moshé. El maestro de los carpinteros había terminado de comer hacía un breve tiempo y se lo veía a lo lejos, circulando por los tablones de trabajo. Revisando cada detalle, cada pieza de madera, de acuerdo con el estadio dentro del proceso en el cual se encontraban.

—Maestro, ¿tienes un momento? —Avanzó Bezalel.

—Dime, te escucho mientras reviso los trabajos —contestó sin desprender su mirada de las mesas. Caminaba lento y pausado, y cuando lo consideraba necesario, pasaba sus dedos por algunas piezas para sentir la superficie y considerar la calidad del pulido.

—Estuve pensando sobre el agua. Es decir, sobre la falta de agua. Siempre nos hemos manejado con pozos, cargando tinajas y trasladándolas hacia el lugar donde éstas son necesarias, ya que la siguiente opción es el río, y este queda a una distancia mayor desde la ciudad —comentó, todavía comiendo los últimos pedazos de pan que tenía en la mano.

—¿Entonces? —Moshé lo empujó en su diálogo.

—Bueno, entonces es que pensé en algo simple. Es decir, traté de verlo desde una óptica invertida. —Aún persistía en contestar oraciones cortas como las de un niño.

—Bezalel, dime todo lo que pensaste de una sola vez — contestó el maestro.

—No te impacientes, Moshé, sólo que aún estoy terminando de delinear mi pensamiento. Pero básicamente pensé lo siguiente: hasta ahora hemos ido en busca del agua, pero ¿sería posible hacer que el agua venga hacia nosotros? —Se extendió un poco más.

—El agua venía hacia nosotros a través de las lluvias. Pero ellas ya no vienen. ¿Cómo harías eso? —El maestro artesano detuvo su paso y fijó su mirada en su aprendiz.

—Haciendo que el agua circule por sus propias calles, tal como lo hacemos los habitantes de este lugar, a través de las calles de la ciudad. Podemos usar la piedra, la madera y todos los elementos que sobradamente sabemos trabajar la mayor cantidad de personas, en la mayoría de los pueblos y así construir conductos que trasladen el agua. Así, ésta podría ser extraída desde los ríos, independizándonos del hecho de esperar lluvias como la única manera de riego y aprovisionamiento de agua para la vida cotidiana. —Luego de esto, esperó una devolución por parte del maestro.

—Vete Bezalel. Ahora. Busca una audiencia con las autoridades del imperio. —Moshé lo tomó del brazo dirigiéndolo hacia la salida del predio.

—Pero, estaba esperando una respuesta tuya, maestro — dijo con su rostro fruncido.

—No hay tiempo que perder. Yo hablaré con los jefes. Pide una audiencia. Antes, por favor, enjuaga tus manos y sacude tu atuendo. Todavía está lleno de migas y aserrín —comentando esto, lo sacó finalmente a las puertas de los talleres.

***

Bezalel quedó desencajado. Miraba hacia todos lados.

Luego reaccionó y sacudió su vestido. Se frotó fuertes las manos contra su propio regazo para mejorar en algo el aspecto que éstas tenían. Intentó acomodar su cabello. Despejó su garganta y emprendió su caminata hacia el palacio del emperador, en la zona central de la ciudad, donde la vida política no descansaba en ningún momento.

Selana era tan grande como concurrida. Su crecimiento no abandonaba su carácter frenético y desbordado. Allí estaba, un simple artesano parado frente a semejante edificación. Habría preferido por todos los medios esquivar, siempre que pudiera, pasar siquiera por enfrente de un soldado scaevano. Sin embargo, esta vez, se acercó a uno de ellos que custodiaba la entrada al palacio y le pidió lo impensable para una persona tan común. Tan rasa. Un extranjero.

—Disculpe, soldado. Quisiera ofrecer una simple idea de acuerdo con el decreto del emperador. El que está clavado en las paredes de la vía pública de la ciudad. —El obrero había tomado coraje para esbozar aquella oración.

—Tu nombre —contestó el soldado.

—Bezalel. Bezalel de Beerseba, señor —contestó.

—Espera aquí. —Volvió a contestarle con monosílabas.

El soldado dejó su puesto e ingresó al palacio. La entrada seguía custodiada por sus restantes tres compañeros, entrecruzando cada uno una lanza para bloquear el paso. Esperó ahí, como le había dicho. Transcurrió un poco más de tiempo. Eligió sentarse en uno de los escalones próximos a la entrada. Por momentos, casi olvidando qué hacía ahí, se distraía mirando la gente pasar. Apurados, dando trancos largos, esquivándose unos a otros.

Al cabo de una media hora, por fin el soldado apareció.

—Tú, Bezalel, acércate —con una voz impostada lo llamó desde la entrada. Se apresuró para caminar. Lo último que quería era agotar los dos gramos de paciencia que aquel hombre parecía tener —. Tendrás una audiencia con el gobernador y un escriba del emperador, ellos están encargados de recibir las ideas que vengan por parte del pueblo. Hasta ahora, todas han sido inconsistentes delirios de gente ignorante, con sus mentes en estados primitivos.

Espero, no sea tu caso. Sígueme, no demores. —Aprovechando la situación dejó filtrar su despectivo comentario.

Se limitó a seguirlo. Sus ojos contemplaban la majestuosidad del palacio. Cada detalle estaba perfectamente diseñado y mantenido. El verde de las plantas que decoraban los pasillos parecía obra de un pintor. Soldados y funcionarios de la cosa pública caminaban de un lado al otro, conversando casi al volumen de un susurro. Lo llevó hasta una habitación, al final de uno de los pasillos. Junto a otros

tres pasillos más encerraban un inmenso patio central dentro de una forma rectangular. Y cada cual contenía, a la mitad de ellos, un nuevo pasillo que se desplegaba en forma perpendicular a este, que albergaba más y más habitaciones hacia ambos lados. Finalmente, éstas últimas galerías terminaban su recorrido en espaciosos jardines exteriores, pintados por la amplia paleta de colores que la variedad de aquellas flores podía ofrecer.

—Aquí es. Espera hasta que te permitan ingresar. —El soldado se detuvo y luego continuó su camino de regreso a la custodia del ingreso principal.

Bezalel esperó ahí. Otro largo rato. Quizás media hora más.

Seguía acomodando su túnica, su cabello, frotando sus manos. El paisaje no lo agotaba. Era un paraíso artificial. De esos que no abundaban en Selana. Entendía que era un privilegio del cual disfrutaban los nobles. Los gobernantes. Los ricos.

—Hombre, tú. Ven, pasa —dijo una persona que salió de la habitación en cuestión. Era un escriba. Vestido con una especie de túnica en tonos claros, tomada en los hombros con un broche liso y redondo en cada uno de ellos. Una faja de cuero con decoraciones bordadas a mano hacía el rol de cinturón. Sus sandalias tenían un estilo abierto, hechas en cuero de animal con tiras entrecruzadas hasta más arriba de los tobillos. Parecía un hombre de buenos modales y ofrecía un trato cordial. Cada sugerencia que venía del pueblo era registrada, si es que valía la pena, para poder llevarla hacia el emperador. Hasta ahora, no habían considerado a ninguna como válida, mucho menos como para interrumpir al atareado primer gobernante con ideas carentes de realidad. Bezalel ingresó. No despegaba su boca, salvo que fuese necesario. No era su intención agradar a ninguno de los hombres de aquella sala.

Ni tampoco pretendía irse a casa con nuevos amigos que tal vez hubiese podido hacer en la hora, o dos, a lo sumo, que estuvo en el palacio.

—Dime, hombre, ¿más pozos? ¿rogar a los dioses por lluvias? ¿construir enormes tanques para reserva de agua, la cual ni siquiera está cayendo desde el cielo? Si tu idea encaja en alguna de ellas, o sustitutos cercanos, ahórranos el tiempo. Sabrás comprender que más escaso que el agua, resulta el tiempo para nosotros —dijo un segundo hombre, vestido de forma similar a los soldados que se veían a menudo por las calles. Aunque con algunas diferencias, claro. Una pechera más ornamentada, prendedores hermosos que abotonaban la capa en sus hombros y una espada colgando desde su cintura hacia las piernas, sujeta por una faja de cuero con ataduras para sostenerla. Debajo de toda esa vestimenta típica de luchador, llevaba una túnica color café con rebuscados detalles dorados, tanto

en el cuello como en la parte inferior de la falda. Se trataba de Titus Vitellius: el Gobernador de Selana. La mano derecha de Aulus. Cabello corto color castaño desteñido. Ojos celestes. Pómulos sobresalientes y finos y descoloridos labios. La juventud parecía haber abandonado su semblante hacía tiempo. Sin embargo, tenía un muy buen aspecto. Su parecer lucía aún mejor cuando se lo consideraba acompañado de su posición socioeconómica dentro de la pirámide del poder político y público.

—Espero no robarle su tiempo, señor. Voy a procurar ser breve. Había pensado en construir calles para que el agua circule, extrayéndola desde el río y trasladándola hacia los diferentes pueblos. Al igual que las personas tenemos calles en este pueblo y rutas entre ellos. Fabricadas en altura algunas, y subterráneas otras, enclavadas en piedra que funcionen como columnas de sostén para soportar el peso de las canaletas de madera, barnizadas con el mismo material que usamos para que cada pieza de madera perdure a pesar del clima, de la humedad o del exceso de sol — explicó a una velocidad notable. El gobernador hizo señas con sus ojos al escriba. Éste comenzó a tomar apuntes.

—Y dime, Bezalel. Así es tu nombre, ¿cierto? —preguntó con un gesto inconmovible—, ¿por dónde circularán tus calles de madera y piedra? —El gobernante se quedó mirándolo fijamente.

—Por sobre los ríos, señor, llevando el agua hacia canaletas más grandes, instaladas a las puertas de las ciudades, sin necesidad de que la gente vaya por ella hasta los pozos, si es que hay alguno todavía —contestó con determinación—. Conductos para el agua. Acueductos, gobernador —agregó.

El escriba terminó su redacción y miró a su superior. Titus permaneció en silencio por un momento. Golpeó en canon sus dedos un par de veces contra el escritorio. Estaba elaborando una respuesta apropiada. Por fin contestó.

—Es factible, desde el punto de vista técnico. Dime dónde vives —le ordenó.

—En el barrio hebreo, señor. Al este de la ciudad. Luego de la segunda plaza de los mercaderes de pieles —contestó.

—Bien, gracias, Bezalel. Retírate por favor. —Desvió su mirada hacia la puerta.

CAPÍTULO 7

Lo real de lo imposible

Una semana se cumplió desde aquella visita al palacio del emperador. Por momentos se castigaba así mismo. Quizás el consejo de Moshé esta vez no había sido acertado. Se había ridiculizado yendo ahí, queriendo ofrecer una solución ante aquellas personas que, por lo visto, habían nacido para gobernar. Por otros momentos, en cambio, se entusiasmaba y vibraba intensamente con el sólo hecho de imaginar aquella obra que alejara al imperio de semejante situación. No había querido revelarle esto a Johanna. Tal vez ella lo bajaría a la realidad y le mostraría cuán ingenuo fue al dirigirse al gobernador. O tal vez no. De cualquier manera, no quería arriesgarse al juicio de su mujer.

La tarde estaba finalizando. Aquel ocaso capturaba cualquier suspiro. Bezalel ya estaba en casa. Acababa de terminar de construir una hermosa cama para los dos. Había dedicado todo su tiempo, su profunda pasión. Era el reflejo del más privilegiado aprendizaje. Si decían que Moshé era el mejor artesano carpintero de todo el imperio, este título no era en vano, pero más exacto hablaba sobre él aquel mote de Maestro. Quedaba demostrado por el increíble avance de Bezalel. Johanna estaba tejiendo una gruesa manta de lana de oveja, teñida en hermosos tonos azules para decorar la nueva cama.

Golpearon la puerta. Para decirlo con mayor precisión, casi la derribaron. Johanna se asustó. Miró a Bezalel, quizás él esperaba a alguien. Él contestó a su mirada con un movimiento de hombros hacia arriba, encogiéndolos. Se levantó. Antes de esto dejó sus herramientas sobre la mesita auxiliar con la cual trabajaba aquel maravilloso mueble de madera. Abrió la puerta y se quedó ahí parado, mirando. Confundido. Incomodado. Luego de eso, habló.

—Buenas tardes, oficiales ¿en qué puedo serles útil? — Trató de sostener su voz con seguridad.

—¿Bezalel? ¿Se encuentra aquí? —el soldado contestó en seco.

—Soy yo, señor. Dígame en qué puedo servirle —replicó.

—Acompáñenos, por favor. Venga con nosotros, ahora — devolvió la contestación el mismo soldado y se giraron para emprender camino, con el artesano detrás de ellos.

Bezalel miró a Johanna. Nuevamente se comunicaron a través de gestos. El dio vuelta sus manos como si sostuviera una bandeja invisible en cada una de ellas, contrayendo los hombros, acompasado con un gesto facial: sus cejas levantadas, agrandaron sus ojos. No tenía la menor idea de qué querían con él. Mucho

menos podría darle una explicación. Ella se acercó con el ceño fruncido. Una mano en la boca del estómago. La otra la llevó al rostro de su marido. Su preocupación era imposible de ocultar. No le gustaba ser dramática. Nunca lo fue. Siempre se había caracterizado por sobrellevar cualquier situación con un innato dominio propio sobre sus emociones. Seguramente esperaría al regreso de su esposo para sacar conclusiones.

Se apresuró a seguirles el paso en todo momento. No quería que le llamaran la atención como a un niño, pues no lo era. La gente de aquel barrio lo miraba hasta que se perdía entre la multitud. Con gestos de susto, preocupación, asombro. Todo, menos buenos augurios. Luego de caminar cerca de media hora, finalmente llegaron. Bezalel aún no entendía qué pasaba. Tampoco intentaría preguntar. Seguía pensando que no habían ido a buscarlo para compartir una tarde de té de hierbas junto a los soldados del imperio. Llegaron al palacio del emperador. Los mismos cuatro guardias estaban custodiando la entrada. Abrieron sus lanzas coordinadamente. Pasaron los dos oficiales. Luego Bezalel. Por las dudas se agachó un poco. Quizás los guardias bajarían las lanzas justo cuando él pasara. O quizás no.

Caminaron toda la extensión de un pasillo. Luego, caminaron toda la longitud de otro. Finalmente llegaron a una hermosa escalera de mármol. Subieron los escalones musicalizando el ritmo de las pisadas con sus pesadas sandalias de suela firme y cuero. Una vez en el primer piso caminaron por una galería espectacular. El piso estaba diseñado con diferentes tonalidades de mármol que completaban un patrón geométrico perfecto. Las columnas color tiza permitían entre ellas dirigir la mirada desde una óptica aérea hacia los majestuosos jardines. Si pudiera por un segundo mostrar aquel paraíso a su mujer. Johanna combinaría en ese lugar con su belleza natural, como la de esas flores, de eso estaba seguro.

Por fin llegaron. En frente de ellos una imponente puerta de doble hoja fue abierta por dos guardias que custodiaban el ingreso a esa sala. Una vez adentro, lo imposible sucedió. Ni en un millón de noches de desvelos lo hubiese imaginado. Ni bajo el efecto de alguna planta alucinógena. Ni siquiera cargando en sangre todo el alcohol que hubiera podido beber en alguna de las pequeñas tabernas de Selana. Nadie podría habérselo dicho en serio. Pero era real. El gobernador, el escriba y los consejeros reales estaban ahí.

Y entre medio de ellos, sentado en un sillón armatoste y pomposo, se encontraba Aulus Equitius.

Levantó su mentón para mirarlo. Se paró lentamente. Se acercó a los dos oficiales que acompañaban a Bezalel, pero sin quitar la mirada sobre él. Todos intercambiaban miradas. No había

precedentes, ni siquiera escritos de lo que allí estaba por suceder. El gobernador hizo un pequeño gesto de saludo con su mirada cuando Bezalel lo miró. El escriba también le devolvió una sutil sonrisa.

—Bezalel. Bezalel de Beerseba. ¿Eres tú, cierto? —No era una ilusión. Tampoco estaba sumido en un profundo sueño. El emperador acababa de pronunciar su nombre.

—Sí, señor, soy yo —contestó con firmeza.

—Hemos evaluado tu sugerencia con los ingenieros que nos acompañan —Tomó sus manos una con la otra por detrás de sí.

La poderosa Elizabeth – El emperador de la puerta de silicona Caminó con la mirada hacia el suelo. El silencio era penetrante.

Llegó hasta una mesa rectangular de madera maciza que se encontraba en un costado de la sala. De enormes patas decoradas y sillones de madera que estaban formados por dos medialunas de madera unidas entre sí por la parte de su arco. Funcionando uno de los arcos como patas, y el otro como respaldo. Hermosos almohadones bordados brindaban una experiencia más placentera para quien se sentara sobre ellos. El emperador ocupó la cabecera.

El gobernador se sentó a su derecha, luego el escriba, los consejeros y los ingenieros fueron ocupando sus lugares. El asiento izquierdo de Aulus quedó vacío. Bezalel no había despegado sus pies del mismo lugar en el que se paró apenas ingresó, de la misma manera que las estacas clavadas en el suelo sostienen las cuerdas que tensan la estructura de una tienda. Los oficiales avanzaron y se colocaron a los costados del emperador. El silencio seguía siendo tan penetrante como ensordecedor. Por momentos parecía que no había ni una sola persona ahí dentro.

—Acércate, siéntate en el lugar vacío —el emperador señaló con su mirada a Bezalel, y luego al sillón. Bezalel lo dudó.

Pero a su vez era consciente de que no podía desobedecer. Era el emperador. Parecía una trampa, o un chiste que perseguía la finalidad de ridiculizarlo o reírse de él. O no. ¿Qué conclusión podría sacar? —Sí, señor —contestó y caminó a paso acelerado.

—Iremos al grano. Sabrás que la situación nos ha arrasado todo el orgullo —dijo con una ceja levantada más arriba que la otra. Bezalel intentó sentarse suavemente. No quería provocar ni siquiera el sonido de las patas del sillón arrastrándose en el suelo.

—Conoces el decreto. Eso te trajo hasta aquí, hace una semana exactamente. Hemos estudiado tu proyecto. Lo llevaremos a cabo, y yo seré tu máxima autoridad hasta el día de mi muerte.

—Ningún consejero escatimaba miradas incómodas e incrédulas cruzándose entre ellos.

—Te trasladarás al palacio. Tú y tu familia. Estarás al lado mío y aprenderás hasta el último detalle. Sé que no tienes idea de cómo

gobernar. Si existe algo sobre mi cabeza, sobre mi poder, a quien debo mi obediencia total y absoluta, es a la ley de mis propios decretos. Serás el próximo emperador —Aulus lo dijo en el mismo volumen que tiene la voz de quien grita a través de un megáfono.

La sala quedó en un silencio sepulcral. Más tenso aún que el anterior. Bezalel sintió su cuerpo rígido. Inmóvil. Paralizado.

¿Qué debía contestar? Y si decidía contestar algo, ¿podría desparalizarse? Pero esta vez no fue a causa de ninguna de sus viejas crisis. Sino del impacto de aquellas palabras. Trató de inflar su pecho con todo el aire posible. Sí, así parecía corroborar que estaba vivo. Luego de tragar saliva varias veces, pudo tomar control sobre su boca.

—Señor… no soy scaevano de nacimiento… soy extranjero. Un artesano de la madera —contestó con nerviosismo —No me expliques eso. Todos aquí lo sabemos. Como también todos sabemos de la sequía, de tu invención de los acueductos, del decreto que dicté con el sello sobre el cebo y de mi maldición de no haber podido darle heredero a mi imperio —terminó su oración con su rostro enrojecido. Nadie parecía estar respirando. No se movían. Nadie intervino. Ni siquiera con un despeje de garganta.

—Sí, señor. Haré exactamente lo que me indique. —Intentó complacerlo con su respuesta. De su rostro rojo a un bordó intenso faltaba sólo una contestación más.

—Mañana a primera hora mis hombres te esperan para comenzar con el diseño de los planos. Trae a tu familia. Tu casa se pondrá a la venta, a no ser que quieras conservarla para algún pariente. Luego de eso, informaremos al pueblo sobre la solución en la que estaremos trabajando. Necesitamos urgente bajar el nivel de tensión al que se han entregado todas estas personas. Luego, se llevarán a cabo los preparativos oficiales y formales para la proclamación de la sucesión del mando, luego de ausencia final —Aulus pronunció estas palabras como si estuviera describiendo un cuadro cotidiano y recurrente en la vida política de su gobierno.

—Sí, señor. Mañana estaré aquí a primera hora —contestó con la dificultad que genera tener la boca absolutamente seca. Sus manos estaban empapadas de sudor frío. Y sus pies estaban pisándose uno con el otro. Pasó por su cabeza, en ese momento, cómo le diría esto a Johanna. Luego pensó si acaso existía una manera adecuada de contar algo que es sencillamente imposible. De cualquier manera, contando lento o rápido, directo o dando mil vueltas, el impacto de la noticia tendría su envergadura propia. Era tan real como irreductible.

Los consejeros, el gobernador y los demás hombres que se encontraban en la sala se pusieron de pie de forma simultánea.

Aulus quedó sentado en el sillón que estaba en la punta cabecera de la mesa. Los dos oficiales se acercaron a Bezalel. Entendió que debía salir. Saludó al emperador bajando su mirada hacia el suelo antes de salir de la sala y luego siguió a los dos soldados. Mientras iba caminando por las interminables galerías, Bezalel no salía del estado de shock. De un segundo al otro estuvo en la puerta de su casa. La media hora, eterna y pesada que había significado el camino de ida hacia el palacio, ahora parecía haberse reducido a tres pasos de distancia.

Entró a su casa caminando como quien pisa algodones. Se sirvió un vaso con agua. Se sentó junto a la mesa. Sentía la mirada de Johanna sobre su nuca. Levantó su mano, buscando la mano de su mujer. Ella respondió inmediatamente al gesto. Sosteniéndose de las manos Johanna se sentó a su lado. Lentamente. Buscando hacer contacto visual con su marido. Se llamaron al silencio. Los tragos de agua se sentían claramente al atravesar la garganta de Bezalel. No conectaba con su esposa, porque su mirada estaba perdida, distante. Luego de un momento de permanencia en ese estado, la miró.

—Johanna, mi amor. Está todo bien. No tienes nada de qué preocuparte. Quiero que tengas paz en tu corazón. Aun así, debo contarte algo. Discúlpame si no encuentro las palabras correctas.

Una vez más voy a pedirte que lidies con tus emociones tal como siempre lo has hecho, con la misma solvencia —luego de hablar esto, suspiró largamente.

—Dime, Bezalel. Lo que sea. Habla conmigo —contestó.

Sus manos estaban ajustadas con las de su marido. Ambos tenían un frío nervioso.

—Johanna, soy el próximo Emperador de Scaeva —contestó en seco. Su rostro estaba enrojecido por partes. Ella frunció su ceño un poco más.

—Bezalel, por favor, ¿qué estás diciendo? No puedo entender nada. —Sacó sus manos y las secó con su vestido.

—Tómate el tiempo que quieras para asimilarlo. Tampoco puedo yo hacerlo aún. Pero intentaré empezar a contarte por algún lugar. Antes de empezar a hablar, por favor, salgamos a caminar.

Necesito el aire fresco de la noche entrando y saliendo por mis pulmones. Te contaré todo lo que necesites para entender. Yo también necesito hacerlo. —Volvió a tomar sus manos y la levantó de la silla. Ambos salieron de la casa y comenzaron a caminar.

Johanna miraba hacia el suelo, luego hacia el cielo estrellado. Volvía a mirar a su marido. Quería respetar sus tiempos, pero más quería escuchar aquella locura.

Él suspiró varias veces luego de atravesar aquella humilde puerta. La tomó por los hombros y se decidió a hablar.

—La semana pasada había tenido el decreto del emperador dando vueltas en mi cabeza desde hacía días. Durante el día. Durante la noche. Cada mañana que salía de nuestra casa para ir al predio a trabajar he vivenciado todo tipo de dramas y peleas entre la gente, ya con las primeras horas del sol. Las personas desesperadas por el agua. Perdiendo animales, plantaciones, incluso sus puestos de venta en los mercados de la ciudad. Por alguna razón eso iba reforzando mi pensamiento sobre el decreto. De forma desordenada comencé a darme cuenta de que las personas pueden convivir en la ciudad y trasladarse incluso de un pueblo a otro gracias a las rutas, a las calles. Luego intenté imaginar y pensar en el agua y me di cuenta de que ella es igual a la madera. —Hizo una pausa para mirarla, y continuó—. La madera parece sólida, dura, inalterable. Pero en realidad ella responde a mis pretensiones en cuanto a su forma. Eso convierte a la madera en una sustancia blanda, maleable, noble. De esa manera puedo manipularla, fundiéndome con ella en una sola pieza. Adquiriendo ella y yo la misma consistencia. Cuando he visto la madera como un material duro, inflexible, como un enemigo a quien debía combatir, era entonces cuando más me he parecido a esas condiciones de ella. Pero, luego hice mis más respetuosas valoraciones hacia ella y me respondió con docilidad y obediencia. Fue ahí que aprendí que la madera era simplemente mi espejo. Cuanto más la rechazaba, la odiaba y la despreciaba, más conspiraba contra mí mismo. Ella simplemente me devolvía mi propia imagen. Era la manifestación física de mis pensamientos sobre mí. Es decir, que aquello que creía pensar sobre ella, en realidad, lo pensaba de mí.

De la misma manera, reparé en que el agua, tan vital e importante en nuestras vidas, podía ser moldeada según nuestras necesidades. Pensé en ella e intenté adquirir su consistencia y tratar de averiguar cómo es que prefiere fluir hacia nosotros. Y fue ahí cuando estaba comiendo, hace una semana, en el tiempo de almuerzo en el predio, y trasladé mi respeto y amistad con la madera de forma análoga hacia el agua y las calles que existen en la ciudad. Le conté a Moshé y él me mandó al palacio del emperador. Esperé rato tras rato. Me atendió el gobernador con un escriba. Sólo hice mi sugerencia frente a ellos, y me fui de ahí.

—Johanna miraba hacia adelante y hacia su esposo alternadamente. Aparentemente no lo había notado, pero desde que Bezalel comenzó a hablar, ella había perdido el control sobre su mandíbula que se encontraba caída.

—¿Y cuál fue tu sugerencia? ¿Y los oficiales de esta tarde? ¿Los que fueron a buscarte a casa? —preguntó.

—Ah, sí cierto, sobre mi sugerencia. Pensé en construir

pequeñas calles, canaletas de madera que trasladen el agua de un lugar a otro, sostenidas por bases y columnas hechas en piedra.

"Acueductos" lo llamé. De esa forma se podría trasladar el agua de los ríos, sin depender del sistema de pozos. El emperador consideró mi invención. Vinieron a buscarme para llevarme ante él.

Llegué al palacio y estaba reunido con todo su cuerpo de consejeros, escribas, el Gobernador de Selana, entre otros hombres que se encontraban allí. Y simplemente me invitó a sentarme a su lado en una mesa larga y hermosa. Y dijo que el decreto estaba cumplido. Mi invención comenzará a diseñarse mañana en los planos.

Dijo que me trasladarían al palacio, con mi familia, y aprenderé de él para sucederlo en el mando luego de su muerte. Eso es todo lo que tengo para explicarte, Johanna. —Aminoraron el paso.

Bezalel levantó su mirada. Luego ella lo siguió con la suya.

Ambos se quedaron parados en esa plaza. Se sentaron en la fuente. La misma que había presenciado aquel regalo. Las telas de su vestido. Donde Bezalel le había propuesto matrimonio. Esta vez la fuente estaba seca. No brotaba el agua con gracia y delicadeza como lo hacía en aquellos años.

—En ninguno de mis papiros, ni en tantas historias hermosas y fantásticas en las que me he visto como protagonista, ni siquiera en mi imaginación, o en lo más íntimo de mis pensamientos. En ninguna parte podría haber ideado que de un día para el otro sucedería algo así. Ni siquiera podría haber pensado que cosas así pueden sucederles a personas como nosotros. Mi sueño más alto fue aprender a leer y escribir. De ahí a vivir en un palacio.

A ser la esposa del futuro emperador… —balbuceaba en medio de las lágrimas que corrían aisladas por sus mejillas.

—Y la futura emperatriz —Bezalel la interrumpió. Ella lo miró. Le acarició el rostro y suspiró lo más hondo que pudo.

—Dios mío. No sé qué decir. —Comenzó a reírse nerviosamente, tapándose el rostro con ambas manos. Su sonrisa cautivante contagió a su marido.

—Podrás convertirse en la primera escriba mujer. Estarás a mi lado y todos conocerán tu propia labor. Tu propio honor. No por ser mi esposa. Sino por ser la emperatriz de toda estas personas y la primera escribiente mujer. Dedicaste tu pasión a las letras todos estos años en cada tiempo libre que encontrabas luego de tu demandante tarea doméstica, no podría confiar en nadie más que tú para darle lectura y redacción a cada decisión que deba plasmar en un papiro. —Ahora él se reía nerviosamente. Miraban el aspecto sencillo de sus ropas y más fuerte se reían. Quizás tardarían años en asimilar esta realidad. Lo más seguro es que podría tomarles el resto

de sus vidas.

—Por cierto, lo que pensaste sobre el agua y su traslado a través de canaletas de madera sostenidas por piedras, es un invento realmente maravilloso. Una inspiración divina encontró cobijo en el seno de tu mente. Y se convirtió en una solución brillante —le dijo orgullosa de él.

—“Acueductos” se llaman… suena mejor que “canaletas de madera y piedra” —la corrigió con picardía. Pasó su brazo sobre la espalda de ella para abrazarla y se quedaron contemplando la ciudad de noche.

CAPÍTULO 8

La puerta de silicona

La traslación en el tiempo y en el espacio sucedió tal cual había acontecido las tres veces anteriores. La soberana había dejado toda la formalidad y las demandas que la investidura le requerían para dejarse llevar por la historia no conocida, no revelada, de aquella persona que compartía el lecho con ella todas las noches. Razones debía tener. Aunque la sorpresa, y el anonimato mantenido con respecto a un talento desarrollado bajo métodos extraordinarios y no convencionales, le daban un sabor picante y distinto a la experiencia que estaba atravesando. Sentía una fuerte presión en el estómago. La realidad de cada variable que intervenía en aquellas escenas a las cuales era llevada era tan veraz como los estímulos que sentía dentro de aquella habitación. Moshé no se movió de aquél lugar. Sabía que en algún momento la emperatriz iba a descubrir el secreto de Bezalel. Sin embargo, bastaba con pasar tiempo con ella para poder arribar a la conclusión de la solvencia emocional e inteligencia de Elizabeth. La primera mujer letrada que conocía el imperio, aunque sólo era uno de sus tantos dones y talentos, la convertía en una persona respetada y admirada por todos aquellos quienes la rodeaban, y principalmente, por su pueblo. Compartir la intimidad con su marido no exigía, necesariamente, que no existieran partes de su individualidad que no hubiesen sido compartidas entre los dos, sin que ello significara falta de confianza mutua.

Pronto, las voces de Moshé y Bezalel comenzaron a escucharse. Venían de aquel galpón ubicado en la parte trasera del predio. La luz natural de la tarde estaba apagándose casi por completo, y algunas velas se traslucían a través de los vidrios de las ventanas.

—Lo siento, Moshé, no puedo hacerlo hoy. Algo no está bien conmigo —soltó con desazón sus quejas y la impotencia de no estar logrando su objetivo.

—¿En qué estás pensando? Desde que terminó tu jornada ordinaria de trabajo y entraste a este galpón te veo muy lejos de aquí, vaya uno a saber por dónde andará tu mente —opinó el maestro.

—La verdad que la concentración en esto que me enseñas hoy estuvo completamente ausente. Porque tengo dudas, maestro, lamento decirlo así, pero no entiendo para qué es todo esto. No sé cómo puede servirme estar haciendo estas extrañas técnicas con resultados extraordinarios sobre los materiales, sino puedo cambiar mi vida, si tengo que seguir viniendo a este predio, si a pesar del

paso de los años veo a Johanna en una vida apocada porque no puedo darle otra cosa. Al menos ya no carga con mis parálisis.

La poderosa Elizabeth – El emperador de la puerta de silicona Sabe leer y escribir dos idiomas, ¿te lo conté alguna vez? —por fin se conectó con aquella conversación que ahora sí guardaba lógica con su abstracción anterior.

—¿Qué quisieras para tu vida entonces? —preguntó Moshé de forma previsible.

—No estoy seguro si quiero algo específico para mi vida, o si quiero un estilo en particular. Sino más bien quisiera poder trascender de alguna manera, que mi paso por este mundo no quede en el absoluto olvido, fundido en el anonimato. Como mano de obra de este imperio es fácil creer que nací para ser nadie, ¿no lo crees?, pero aún así, una y otra vez me tienta la idea de dejar algo, por más pequeño que sea —se expresó con sinceridad.

—A veces las más nobles y grandiosas trascendencias suceden luego de la vida biológica de los hombres, Bezalel. Los seres humanos, en su mayoría, quizás no detentamos la capacidad de disfrutar los laureles y las glorias de nuestras hazañas. La humildad es un problema en nuestros días, y sin ella es imposible sostener y saborear las mieles de la vida —agregó Moshé su comentario, teñido de su tradicional estilo. Cálido y cercano, siempre tenía palabras de sabiduría, lo cual, en ciertas ocasiones le despertaba a Bezalel, y a muchos otros más, la sospecha de que un hombre de miles de años de edad se encontraba agazapado bajo el cuero del pacífico maestro.

—No me importaría tanto el reconocimiento y las mieles.

Busco trascender, justamente, permanecer más allá de mi muerte.

Por lo tanto, naturalmente, entiendo que no esté para vivirlo —replicó con gran sensatez.

—Entonces ese es el trabajo que comenzaremos a partir de hoy. Buscarás el símbolo de tu trascendencia, como una señal profética, como un preámbulo de un acontecer en el futuro, suceda en tu vida, o luego de tu muerte, sin importar con exactitud cuál sea ese aporte. Quizás, tú nunca logres verlo aplicado, pero sí lo hagan los hombres y mujeres del futuro. Quién sabe —se puso de pie y caminó por aquél galpón iluminado tenuemente, que ya dejaba sentir de a poco el descenso de la temperatura a causa de la huida cotidiana del sol. Miraba con detenimiento los troncos y las maderas en estados primarios de trabajo y transformación.

—Estoy listo. Dime qué haremos ahora —también se afirmó sobre sus pies en una actitud predispuesta y abierta a las impredecibles prácticas de aquél maestro.

—Elige tu trascendencia, dentro de este galpón, entre los troncos, y trae al presente el símbolo del futuro. Muéstrame que puedes dar, luego de tantos meses de trabajo en este lugar estoy seguro de que estás en condiciones de hacerlo —cruzó sus brazos y se afirmó contra la pared, esperando de ahora en más que su aprendiz hiciera todo el trabajo solo, como ya era hora que así pudiera hacerlo.

—Esta será el paso al futuro, independientemente de que yo atraviese por ella, quiero que sí lo haga mi aporte. —Bezalel tomó dos paños inmensos de madera que previamente venía trabajándolos desde que eran simples troncos, de gran tamaño. Había aprendido a pulir la madera como un verdadero alquimista, gracias al roce y al tacto de sus manos. La guía y la vos de Moshé estaban presente en su mente siempre, y desde ella lograba comandar hasta el efecto más extraordinario que pudiese lograr.

***

Al cabo de una hora las hojas se encontraban perfectamente alisadas en todas sus caras. Las había afirmado contra la pared para trabajar más cómodo en los detalles y ornamentas.

—Aquí es donde me siento un pintor. Mi mano, un pincel, y la madera, un lienzo. Creo que será sencilla en cuanto a su diseño, pero sofisticada. Escucharé tu opinión luego de que termine.

—Mordía sus labios, como lo hacía cada vez que se entretenía profundamente en esta parte de su arte, de su transformación.

—Aquí estaré, no tengo apuro —contestó con una leve sonrisa. Se sentía orgulloso de lo que había logrado en el artesano.

Esperó pacientemente a que completara su trabajo. Mientras tanto, había traído por segunda vez una jarra llena de agua y dos platos con trozos de pan. Bezalel comía y bebía de manera intermitente, y de forma predecible, usaba su túnica para quitar los restos de comida de sus manos y volver a disponer de ellas en un estado limpio y despejado. La última vez que se acercó a la mesa a pellizcar el pan, aprovechó para estirarse, y sus huesos sonaron sincronizadamente, como una orquesta.

—Es tiempo de descansar. Mañana continuamos —ordenó Moshé, y sopló las velas que habían ardido al menos por tres horas.

—No voy a contradecirte. Quiero descansar un poco. Mañana voy a darle una mano con el liquido protector que usamos para los trabajos que van directo al palacio, además de que le aporta un brillo único. —Miraba con satisfacción la doble hoja realizada en madera maciza, con destacados y elegantes detalles que le daban un marco único y vistoso.

—Que descanses, vete a casa —dijo Moshé cerrando el pesado candado que mantenía seguras las puertas del depósito.

***

La noche resultó ser bastante reparadora. A pesar de haber tomado más horas fuera de su horario habitual de trabajo que las que solía demorar generalmente, en el depósito principal, el entusiasmo de su nueva pieza, su obra de arte, el símbolo del futuro, como dijo Moshé, generaron un efecto positivo en el tiempo de descanso que restó de su día anterior.

—El misterio del artesano Bezalel… ¿qué habrá sido del gruñón apático que llegaba todas las mañanas resoplando quejas hasta el mediodía? No volví a verlo, ¿tú qué sabes de él? —Ohad acercó las herramientas al mesón donde se encontraban diferentes piezas de madera que habían estado trabajando desde hacía varios días.

—Creció. Maduró, seguramente. Pero no creas que se ha resignado a trabajar toda su vida en este predio —contestó con certeza, riéndose de la forma en que su mejor amigo lo abordó.

—¿Y qué será lo que tiene en mente el artesano crecido y maduro? —comenzó a pulir enérgicamente la superficie de madera.

—Pronto algo se le vendrá a la cabeza, no te preocupes. De algo puedes estar seguro y es que saldremos de este lugar, te lo prometo. Sea lo que sea, no vas a librarte de mí, ni del artesano maduro y crecido, ni en tus más remotos sueños. —Aprovechó para soplar el aserrín, producto de su trabajo de pulido, en dirección a Ohad.

—No tengo idea cómo será eso, entonces. Pero la opción de dejar los castigos de estos odiosos scaevanos en el pasado suena como música para mis oídos. —agregó un comentario no tan feliz, contrario a su estilo característico.

—¿Eso es una queja del “alegre Ohad”? ¡Vaya que sí han cambiado las cosas en este lugar! —Ahora el aserrín tuvo el turno de impactar contra su rostro. Su amigo había manifestado su respuesta.

***

—Discúlpame por la demora, Moshé. Tuve que ingeniármelas para traer el líquido sellador y el abrillantador sin ser visto por los scaevanos. —Ingresó con agitación y un dejo de nerviosismo, que se hacía evidente en el leve temblor de su voz.

—Lo imaginé, no te hagas problema. Esta vez la selección de la pieza a trabajar fue ambiciosa y requiere materiales y accesorios que no tenemos dentro de este depósito. Como los herrajes y el picaporte —dijo Moshé.

—Debí encargarme de eso también… pero no lo pensé.

Ahora voy a tener que esperar hasta mañana y contar con la ayuda de Ohad para que me cubra… —Miraba hacia el suelo de forma desordenada, como si intentara trazar un croquis para organizar la búsqueda de herrajes en el predio contiguo.

—Con esto estará bien. Yo mismo los elegí. Combinan a la perfección con el estilo sobrio que has elegido para la puerta. — El maestro había tomado la delantera. Bezalel lo miró con alivio y agradecimiento, para luego acercarse hasta él y evaluar el diseño de los herrajes que había elegido, sin con este acto dar a entender una actitud de desconfianza con respecto a la elección del maestro.

—Son perfectos. Gracias. —Sonrió entusiasmado y volvió a la puerta. Había estado pensando toda la mañana cómo darle sus toques finales.

***

Las velas estaban ardiendo nuevamente más tiempo de lo habitual. Moshé repitió la provisión de agua fresca y pan aún blando para sostener la inspiración que había poseído al aprendiz.

Bezalel estaba terminando de abrillantar la puerta, dejándola en un tono oscuro, nutrido y espejado. Los herrajes de plata combinaban en un maridaje exquisito, otorgando también su propio brillo y protagonismo. Moshé miraba aquella gran pieza con una profunda satisfacción. Del trabajador con sucesivas parálisis y un importante rechazo por su trabajo, al hombre motivado y orgulloso de su trabajo, había un abismo de distancia.

—En una hora más, calculo, estará casi seca. —Apoyo su mano contra la puerta recién trabajada, en una zona que, prácticamente, estaba sin humedad, donde los líquidos habían impregnado, primeramente. Pero su semblante cambió radicalmente. Su pecho mostró una repentina agitación, y los orificios de su nariz se ensancharon más de lo normal, dejando pasar más aire, y con mayor velocidad—. ¡Moshé! ¡Maestro, ven, por favor! —gritó con su voz impostada.

—¿Pasa algo? Escuché tu voz desde lejos —dijo Moshé con las cejas arrugadas de preocupación y sorpresa en el mismo momento que había ingresado al galpón con un plato cargado con más pan en sus manos.

—La puerta… ¡la puerta! Está… como explicarlo… blanda, esponjosa y suave. Pude introducir mi mano por completo, como si fuese una masa cruda. ¡Nunca vi algo igual! ¡Compruébalo por ti mismo! —titubeaba y hablaba con poca continuidad.

—Déjame ver. Sostén el plato, por favor. —El maestro aceleró su paso hasta la puerta. Hizo exactamente lo que Bezalel le había pedido. Introdujo su mano, dejándola hundirse en el interior de la misma, experimentando una sensación intimidante, pero extraordinaria y placentera a la vez.

—¿Qué es eso? ¿Alguna vez viste un material así? —preguntó con algo de agitación todavía, y demasiada necesidad de una respuesta lógica.

—Es silicona. Definitivamente. —Fue tajante en su contestación.

—¿Silicona? ¿Y eso que es? ¿Algún material que has visto en el Mediterráneo? —continuó agolpándolo a preguntas.

—Es un material que aún no ha sido descubierto. No lo será, sino dentro de un par de siglos. —Lo miró con un gesto inmutable.

—¿Es en serio? Creo… creo que esto es demasiado para mi entendimiento. A no ser, claro, que hayas decidido hacer bromas ante tu falta de entendimiento también. —Sacudiendo sus manos como si estuviese saludando eufóricamente a la distancia, optó por sentarse en el banco alargado que acompañaba la misma longitud de la mesa donde se encontraban las velas.

—No carezco de sentido del humor, pero no he decidido hacer bromas justo ahora, cuando veo la angustia de tu confusión.

Has logrado lo que perseguías —Hizo una pausa, respiró profundamente buscando ordenar la información que entendía que Bezalel estaba buscando—. Tu paso al futuro. El símbolo que representa esta majestuosa puerta ha venido a ser tu señal profética.

Quién sabe lo que la vida tiene deparado para ti, pero nunca vi una trasformación igual. No con el tiempo que llevas practicando estos métodos —Moshé continuaba examinando la puerta.

—¿Cómo sabes que se trata de un material que aún no ha sido descubierto? —preguntó Bezalel con su ánimo más calmo.

—Simplemente lo sé, y eso no es lo importante ahora. No será así como los hombres y mujeres del futuro lograrán arribar a este material. Sin embargo, van a lograrlo con éxito. El implacable deseo de tu corazón hizo este trabajo, y estoy absolutamente orgulloso de lo que has logrado —Sus ojos estaban brillantes y humedecidos. A la pasión que sentía por enseñar y guiar a sus aprendices, esta vez se le agregaba el asombro por estar experimentando una virtuosa manifestación—. La puerta no puede quedar en este lugar. Yo me encargaré de guardarla, y puedes estar seguro de que estará en excelentes manos. —Se sentó a su lado y palmeó la rodilla de Bezalel.

—Una puerta de silicona… ¿y para qué crees que usarán la silicona en el futuro? —Su mirada escalaba alto, contemplando las esquinas superiores de la hermosa obra.

—No lo sé. Como sucede con la mayoría de los grandes descubrimientos, no se conoce su aplicación sino hasta mucho tiempo después, cuando la civilización, su avance y evolución logran coincidir en un encuentro sincronizado. Ya sabes… no estarás para verlo. —Moshé sonrió levemente, dejando pasar con dificultad engordados tragos de saliva.

—Lo sé. Y también me rindo a la idea de que ni siquiera se sepa que fui yo quien descubrió este material antes que nadie más lo

hiciera —agregó.

—Tu frase demuestra tu nobleza —comentó el maestro también contemplando el objeto de gran tamaño—. Pero, de algo puedes estar seguro, hijo mío, y es que la vida ciertamente se servirá de ti para asegurar su continuidad, y ese hecho es más noble aún. —Apagó la vela cercana a ellos. Bezalel, aunque un poco en contra de su voluntad de no querer abandonar la vista de su preciada puerta, entendió que resultaba lógica la invitación al descanso. Sopló el resto de las velas chatas y chorreadas y salió junto con el maestro, asegurando ahora más que nunca el candado que impedía la apertura del galpón.

La poderosa Elizabeth – El emperador de la puerta de silicona

***

—Cuando mencionaste la puerta, al ingresar a esta habitación, me llamó la atención la palabra “silicona”. Estuve a punto de preguntarte de qué se trataba, pero ya lo entendí todo. —Elizabeth sonrió levemente con un pestañeo agitado y bajó la mirada.

—Me alegro que haya podido usted misma salvar sus dudas. No me extrañaría que fuera una palabra desconocida por usted, o por cualquiera, en realidad —contestó con franqueza.

—Ahora es fácil atar los cabos. Ciertamente la obra de los acueductos traerá una inimaginable trascendencia a la existencia de mi marido, de su paso por este mundo. Aunque aún me pregunto cómo es que lograrán replicar este material las personas que vengan luego de nosotros —su expresión se tornó reflexiva.

—Seguramente se las arreglarán a través de la ciencia. Por medio del método y el ensayo de pruebas los hombres y las mujeres del futuro asemejarán su arte a la magia o a la alquimia. De eso estoy seguro —agregó el gobernador mientras comenzaba a merodear la habitación dando trancadas largas, con sus manos tomadas por detrás, observando cada elemento como si recorriera un museo.

—Es una buena forma de verlo, tienes razón —replicó con la mirada un tanto distraída.

CAPÍTULO 9

El Monte Reuven

El tiempo en aquella habitación parecía haberse detenido.

Aun así, esto simplemente era una sensación, ya que no pocas horas habían pasado y la emperatriz con el gobernador continuaban en el interior de aquella hermosa sala.

Era evidente que se necesitaba una buena cantidad de tiempo para descubrir tan numerosas y cautivantes piezas. Pero ahora una de ellas llamó la atención de Elizabeth: una biblioteca, de su misma altura. Ocupaba toda la longitud de una de las paredes de la habitación. Repleta de papiros que parecían llevar demasiado tiempo cerrados y encorsetados unos con otros. Varias filas de trabajadas maderas, con bordes redondeados y perfectos, atravesaban transversalmente aquel mueble empotrado. Y las columnas, unas siete en total, cortaban aquel largo de los tablones que cumplían la función de estanterías en varias secciones compartimentadas. Cada columna tenía labradas complejas y rebuscadas flores, cuyos centros eran de un verde brillante y cautivante.

La poderosa Elizabeth – El emperador de la puerta de silicona —Nunca vi una biblioteca tan maravillosa. Las flores y sus centros son bellísimos por demás —dijo Elizabeth mientras los palpaba con sus dedos, para sentir el relieve de las flores y la suavidad de la piedra.

—Son rubíes y zafiros, señora. De los más puros. Extraídos de un Monte en el desierto de Neguev —contestó Moshé.

—¿También le enseñaste tus sofisticados trucos para obtenerlos? —Volvió a preguntar con simpatía, pero con una evidente curiosidad.

—Otra larga historia. —Fue breve en su respuesta. Sin embargo, pudo llegar a predecir que la emperatriz sabría cómo conocer esa parte del relato.

—Nunca hubiese imaginado que podrían extraerse estas piedras preciosas en aquél desierto —agregó Elizabeth analizando la respuesta del gobernador —Hay demasiadas cosas aún no descubiertas, Señora. — Fue rápido en su respuesta.

—Es así. Tienes razón. Y ahora volviendo a la “larga historia”, me gustaría conocerla —Dejó de tener como foco visual aquella biblioteca que tanto le había llamado la atención—. La puerta, ¿cierto? —Se dio vuelta rápidamente, y se dirigió con decisión hacia la puerta de silicona.

Moshé asintió con una sonrisa, seguido de un gesto de timidez, bajando la mirada hacia el suelo y caminando lentamente hacia la

puerta, para estar más cerca de Elizabeth.

—Pues bien, no tienes que decirme cómo hacerlo. Ya aprendí de memoria como se hace esto —su voz atestiguaba un estado de ánimo más repuesto esta vez. Estaba acostumbrándose a todo eso, o al menos era lo que parecía ser.

Se acercó a la puerta. A medida que cortaba distancia hacia ella aminoraba la velocidad de su caminata. Aún la intimidaba. O quizás sentía respeto y admiración hacia todo lo que sucedía a través de ese objeto. Introdujo su mano cerca del picaporte, a la altura de sus costillas, lentamente, y la traslación volvió a suceder.

—Reúnanse todos, por favor. La hija del Gobernador Titus Vitellius contraerá nupcias con el Comandante en Jefe del Ejército Imperial —El sujeto había sido nombrado en aquél cargo de máximo rango militar por el Emperador Aulus, quien le delegó semejante poder luego de avanzada su enfermedad—. Debemos trabajar sin pausa en los muebles y ornamentos de madera que estarán destinados a decorar una de las alas principales del palacio, donde se radicará la nueva familia —Moshé les habló rápidamente a los artesanos del predio, aquella mañana.

—Increíble, yo me conformo con una cama y una mesa de luz. Y si estoy demasiado pretencioso ese día, creo que intentaría construirme un armario para la habitación —dijo Ohad a Bezalel en tono burlesco por aquella solicitada del mobiliario que decoraría las habitaciones de la futura familia real.

Dentro de tres días saldremos en la caravana que parte al desierto de Neguev, a primera hora de la mañana. Es necesario seleccionar buena parte de los materiales que sólo encontraremos en aquella zona. Bezalel, tú vendrás conmigo ahora, voy a indicarte lo que debes preparar para partir. Once más de ustedes también vendrán con nosotros. El resto quedarán acá en el predio, avanzando con el pedido de la hija del gobernador —agregó el maestro y volvió a dirigirse al mesón donde generalmente se lo veía trabajando en temas de administrativos y de organización.

***

Faltaba una hora todavía para que saliera el sol. Moshé, Bezalel y los once artesanos ya estaban acomodando las últimas provisiones para el extenso viaje. Johana estaba ahí. Al igual que otras mujeres, con sus hijos. Sería un viaje largo, y la ausencia de estos hombres en sus hogares se prolongaría por varios días. Por semanas, en realidad. Johana estaba con una mezcla de emociones que se reflejaban en su semblante. Por un lado, le parecía una propuesta diferente y enriquecedora para su marido. Un viaje que, seguramente traería experiencias y aprendizajes. Además, y, sobre todo, aquél desierto pertenecía a su país. A su lugar de origen.

Aquél místico y enérgico pueblo, de gran identidad y fascinantes historias compartidas. Bezalel se movía de un lado para el otro.

Ajustaba los cordeles, volvía a revisarlos, intentaba compensar las cargas dentro de los carros de madera que llevarían todas las provisiones, e incluso a ellos mismos. El gobernador había puesto a disposición de los trabajadores carros y caballos, para que el viaje se consumara lo más rápido posible, y pudieran traer a la capital del imperio todo lo necesario para preparar aquél trascendental evento para la vida sociopolítica de Scaeva.

—Buen viaje, querido. Voy a estar esperando con ansias tu regreso. —Johanna acariciaba el rostro de su marido. Él tomó su mano derecha con ambas manos, acariciándola con algo de timidez. De vez en cuando intentaba esconder de ella aquél cúmulo de lastimaduras y secuelas en sus manos que tenía como consecuencia de su oficio. Y principalmente, como resultado de la labor que llevaba a cabo en ese tiempo fuera de su horario habitual de trabajo. En el galpón, junto a Moshé.

Los hombres se subieron a los diferentes carros, y luego, a través de las riendas, dieron la orden a los caballos para comenzar a moverse. La caravana partió. Las mujeres y los niños quedaron ahí hasta verlos desaparecer más allá de la puerta principal de la ciudad.

***

El viaje implicaba todo un desafío a las leyes de la naturaleza. El entorno ofrecía propiedades salvajes y difíciles de domar, por lo cual era importante administrar las provisiones, los tiempos de caminata, como también los de descanso. Habían pasado varios días movilizados en aquella caravana de carros pesados, sin embargo, el calor y la intensidad del sol eran elementos comunes en la vida de Bezalel. Extrañaba el pan recién horneado, acompañado de risas y eternas charlas del dúo de mujeres que se habían convertido en su única familia. Además de los deliciosos estofados que Johanna preparaba con verduras frescas y un burbujeante jugo espeso que le daba tan delicioso sabor, característico acento de la comida casera a la que se había acostumbrado. Ni que decir de su cama. La nueva. La que había construido inspirado en aquella mujer. Aquella joven que había tenido la capacidad de cambiar el color apagado y desabrido que su anterior vida tenía.

La misma ropa horas y horas expuesta al calor del sol, y luego, al sudor frío de la noche. Aunque se esmeraba por perfeccionar su técnica de sacudido, el aspecto de su vestimenta iba en decadencia.

—Haremos una parada en este lugar. Hora de descansar —indicó Moshé desde uno de los primeros carros que encabezaba la caravana. El resto de las personas se enteraban a medida que iban

traspasando de boca en boca la orden de Moshé hacia atrás.

Detuvieron la marcha. Comenzaron a sacar mantas y algunas lonas de mayor tamaño para armar tiendas pequeñas y transitorias.

—¿Quieres un poco de agua, maestro? —Se acercó Bezalel con una vasija redonda y de cuello alargado en sus manos, pegando enormes tragos de agua.

—Un poco, sí —contestó con simpatía—. Contigo quería hablar. —Detuvo su habla al ocupar su boca con el pico de la vasija.

—Dime, ¿qué quieres? —contestó Bezalel con la mirada distraída, disfrutando del cielo policromático de esas horas, minutos antes del anochecer.

—No descansarás aun. Vendrás conmigo. Quiero mostrarte algo. —Volvió a interrumpir el diálogo para tomar un poco más de agua.

—¿Tienes un galpón acá también? Pensé que me había librado de mi trabajo extra, pero contigo veo que eso no sucederá —Bezalel respondió con simpatía. Lo que había logrado junto al jefe de los artesanos no lo habría imaginado ni en años.

—Algo así. Vas bien. —Moshé empujó la vasija contra el pecho de su aprendiz y se alejó para hablar con otras personas que se encontraban armando rápidamente unas improvisadas tiendas.

***

Habían pasado dos horas desde que el trabajo de armado del hospedaje había terminado. Encendieron un fuego cerca de las pequeñas tiendas para contrarrestar el descenso vertiginoso de la temperatura durante las horas nocturnas. Comían de sus provisiones acompañadas del vino que traían en vasijas celosamente custodiadas, en uno de los primeros carros. Algunos de los caminantes ya estaban reposando debajo de las tiendas. Otros, en cambio, un poco más noctámbulos, encontraban una carga mística e inspiradora en la noche del desierto, y se explayaban en extensas charlas.

—Ven, acompáñame a caminar un poco. Trae toda la ropa que puedas, lejos del fuego el aire es demasiado frío. Y por favor, enciende una antorcha y tráela, vamos a necesitarla —Moshé indicó a Bezalel, el cual se encontraba con la mirada fija en el fuego, y con el pensamiento a cientos de kilómetros de ahí.

—Está bien —contestó una vez que alcanzó a salir repentinamente de su burbuja.

—Conozco este desierto como la palma de mi mano. Lo he caminado varias veces, en repetidas caravanas. Mi trabajo incluye reclutar artesanos de todos los pueblos. Los mejores. Los más predispuestos. Viajo a conversar con ellos, y si es necesario entonces los invito por orden del emperador a vivir en Selana por el tiempo que demande la obra en cuestión. Los mejores deben estar allá, por

supuesto. —Inició su conversación, y como era sabido por Bezalel, hacia algún punto específico estaba destinada a dirigirse.

Caminaron una buena distancia. El terreno arenoso era irregular y cambiante. A veces podían caminar con mayor facilidad aprovechando superficies planas a pesar de la pesadez natural que se generaba por la presencia de la arena, pero otras veces tenían que aplicar algunos esfuerzos extra para escalar pequeñas lomadas y montes enanos. El trabajo físico era moneda corriente en la vida del artesano. Y evidentemente también era una de las capacidades que Moshé tenía entrenada, en virtud de tantos años de experiencia en un oficio donde la destreza física era un componente importante. Sin embargo, llevaba mucho tiempo enfocado más bien en un rol directivo, de enseñanza del método y de formación de equipos de artistas expertos.

—Hemos llegado —Moshé frenó sus pasos en frente de un monte, que si bien era pequeño comparado a otros que se encontraban cercanos, podía establecerse fácilmente un parangón con un edificio de unos dos o tres pisos de altura—. Ven, acerca la antorcha. La entrada es casi imperceptible. —Hizo señas ventilando sus manos indicándole que se aproximara. El monte parecía completamente cerrado. Sólo una línea, una rendija un poco más oscura, daba la sensación de que el monte no estaba totalmente cerrado. Por el contrario, justo en la unión de este monte con el otro que estaba a su lado quedaba ese espacio libre por el cual pasaba un hombre, ingresando de costado. Bezalel tuvo que ingeniárselas para ingresar primero la antorcha, y luego él. Estaba demasiado entretenido en mirar la pequeña grieta por donde estaba ingresando, para cuidarse de no quedar accidentalmente enganchado en alguna superficie sobresaliente, o de encontrar algún bicho o animal del desierto. Jamás se le hubiese ocurrido entrar a un lugar así, además de que claramente ni siquiera lo habría visto.

Cuando ingresó por completo, y a medida que el fuego de la antorcha iba iluminando el interior de aquel inesperado lugar, los ojos de Bezalel se esforzaban de forma exigida y sobre la marcha por capturar lo que ahí dentro se hizo visible: el brillo que emitían y la intensidad de los colores era un panorama maravilloso y difícil de creer. Cientos de miles de piedras preciosas se encontraban incrustadas a lo largo y a lo ancho de las paredes internas de aquél monte. Algunas de gran tamaño también decoraban el techo.

—Moshé… ¿es… es consciente el emperador de la existencia de este monte? Porque no están explotándolo, parece que aún está virgen. —No salía de su asombro. Brillos verdes, azules y rojos destellaban por cada rincón. Las piedras pasaban por todas las

tonalidades posibles abarcando el espectro completo del arcoíris.

—No, desde luego. De lo contrario sería evidente la mano del hombre en este lugar. Es, digámoslo de una manera discreta, algo así como mi pequeño secreto. —Moshé rozaba con suavidad algunos rubíes de la pared.

—¿A quién más le has mostrado este lugar? ¿Por qué me trajiste hasta acá? —Bezalel estaba lleno de preguntas y dudas.

Eran demasiados estímulos para procesar de forma simultánea.

—No te apresures. Para mí este lugar tiene otro valor, no sólo un valor comercial, que evidentemente sería el que cualquier persona vería apenas entra a esta cueva. Sin embargo, te he traído para que tú trabajes en la extracción de estas piedras. Necesitamos rubíes y algunos zafiros azules y verdes. Puedes comenzar por esta pared que está demasiado sobrecargada. Y no olvides elegir las de buen tamaño. —Moshé se dejó caer lentamente contra la pared opuesta a la cual estaba señalando como inicio del trabajo a Bezalel, descansando así su espalda.

—¿Has bebido vino? No entiendo lo que esperas de mí.

¿Cómo crees que puedo sacar estas piedras? Están incrustadas en la roca, no en una masa blanda que está a punto de ser horneada para convertirse en un pan. —Estaba absolutamente desconcertado. Incluso el pedido de Moshé le causó un poco de enojo y fastidio.

—Parece que mis lecciones todos estos meses han servido de poco y nada. Aún mantienes en tu mente la creencia de que necesitas herramientas que hagan el trabajo por ti —Moshé salió de aquella cómoda posición que había adoptado y se acercó a la pared contraria, cercana a Bezalel—. Tan sencillo como esto es lo que te pido. —Tocó una de las piedras, la acarició durante unos minutos. Luego de eso, un pequeño chorro de agua comenzó a fluir desde atrás de la piedra. Lentamente se percibieron sonidos de desprendimiento, hasta que por fin la piedra se deslizó hasta la palma de la mano de Moshé.

—Pero… pero… cómo es posible… ¿cómo lo hiciste? La madera es una cosa… pero sacar una piedra preciosa de esta forma es algo completamente distinto… —Sorprendido, Bezalel tomó el rubí que Moshé acababa de extraer desde el monte. Lo examinó por un lado y por el otro. Volvió a examinarlo, pero no encontraba indicios de lo que había pasado frente a sus propios ojos.

—Hijo mío, la base sigue siendo la misma. Intenta aplicar mis enseñanzas transmitidas en aquel galpón. Aúnate con ella y verás cómo también podrás lograrlo. —El maestro sostuvo la antorcha, dándole paso al intento de su aprendiz, para que pudiera disponer de sus manos libremente.

—No estoy seguro, Moshé… ni siquiera sabría por dónde

comenzar —respondió con el ceño fruncido.

—Vamos, inténtalo —insistió.

Bezalel pensó en imitar lo que había visto que su maestro había hecho unos minutos atrás. Acarició un hermoso rubí del tamaño de una canica. Lo hizo por el tiempo equivalente que le tomó hacerlo a Moshé. No veía resultado alguno. Intentó nuevamente aplicar la misma técnica, pero con buen criterio estaba comenzando a validar que a él no le estaba funcionando. Quizás la técnica de la caricia al estilo del maestro no era la adecuada para él, asique esta vez optó por aplicar de su fuerza. Ahora estaba contemplando que sus manos estaban lo suficientemente fortalecidas.

Eran robustas. Habían logrado tantos trabajos, con acabados perfectos. Un poco de fuerza era lo indicado. Su mano se impregnaba de fuerza, la tensión de ésta hacía aparecer un temblor suave, acompañado de un enrojecimiento paulatino de la piel. Los músculos de su mano, del antebrazo, los del brazo, y hasta los del hombro, comenzaron a sudar lentamente, a marcarse y sobresalir.

Luego, la tensión y la fuerza podían verse también en su cuello, que se transmitía a través de surcos bien marcados y definidos que comenzaban debajo de la mandíbula y se insertaban en las clavículas. La presión llegó hasta su boca a causa de la fuerza que estaba ejerciendo desde la mano, ajustando al máximo sus dientes de arriba contra los de abajo. Hasta que finalmente rompió sus uñas. Bezalel estalló en un rugido como consecuencia de la tensión liberada, por el ardor de sus uñas al romperse y por la impotencia de haber obtenido el resultado exactamente opuesto al esperado.

—Imposible, Moshé. Olvídalo. No sé cómo lo hiciste. Quizás eres un mago o un brujo encubierto. Pero no cuento con tus habilidades. Estamos perdiendo el tiempo —dijo con una tranquilidad aparente, mientras secaba el sudor de su frente con su antebrazo.

—Bezalel, pensé que habías dejado de ser un novato. Tendré que explicártelo como si no hubieses convertido la madera rasposa y cortante en una superficie tan lisa y suave como la seda, tan sólo con el roce de tu mano —Moshé dijo con seriedad.

—Lamento decepcionarte. Es demasiado radical lo que me pides. Discúlpame por no cumplir con tus expectativas —contestó con honestidad, pero con frustración e ironía.

—No esperaba que sacaras un rubí la primera vez que entraras en contacto con él, claro. No soy tan bobo —contestó.

—Soy todo oídos. Realmente quiero aprender de ti. No te fastidies. —Intentó poner paños fríos.

—Dime, Bezalel, ¿cuál es el elemento preponderante en tu cuerpo? ¿De qué estás hecho? Preguntado de forma más simple —expresó alumbrando más y más porciones de pared cargadas con

piedras preciosas.

Esa es fácil. De carne. Huesos. Sangre —contestó con estima hacia su respuesta.

—Agua. La mayor parte de tu cuerpo está compuesta por agua —lo interrumpió.

—Bueno, que inesperada respuesta. Cuéntame un poco más sobre eso. —Su aprendiz soltó espontáneas e inevitables risas.

—Es evidente, Bezalel. Aunque tú te rías, ésa sigue siendo la verdad. Cuando el sol azota tu piel, tu cuerpo libera agua.

Cuando consumes líquido tu cuerpo libera agua, pero en menor cantidad de la que bebiste. Aun cuando tienes frío tu cuerpo libera sudor helado. Gran parte de tu interior es agua. Más de la mitad.

Mucho más de la mitad es agua. —Moshé se mantuvo con la misma seriedad que lo había poseído al inicio de la conversación.

—Entiendo. Suena razonable —contestó Bezalel con un gesto más relajado, sin tantas risas de por medio.

—Ven. Acerca tu dedo a este zafiro verde —le indicó tomando su dedo índice y dirigiéndolo hacia una de las piedras brillantes.

—Se ve demasiado empotrado en esa roca —agregó mientras dejaba que el maestro acercara su dedo al mineral reluciente.

—Como te imaginarás, Bezalel, aunque veas a esta piedra en un estado sólido, resistente, implacablemente duro, una buena parte de sus componentes tienen la capacidad de transformar su estado y así mutar de sólido al estado siguiente: líquido. Es todo lo que tienes que saber. Desde la mayor sustancia que te compone, el agua, intenta entonces entrar en contacto con los componentes que pueden disolverse. Hazlo con respeto. Percibe que ella va dejándote entrar. Espera sus tiempos. Espera. Espera. Espera. Invítala con tu mente de agua, con tu cuerpo de agua. Invítala a danzar a través del agua, a unirse, a integrarse. Conquístala. Y si ella así lo desea, entregará su parte de agua a ti —Moshé lo guió en un tono suave de voz.

Bezalel cerró sus ojos. Acariciaba la piedra lentamente. Su mano se relajaba cada vez más. Inspiró profundamente. Una vez.

Otra vez. Sus gestos faciales se relajaron. Sus párpados también lo hicieron. La tensión estaba liberando sus músculos. Su piel abandonaba las tonalidades enrojecidas, provocadas por la fuerza que un momento atrás había ejercido. El silencio invadió el interior del monte. Sólo se escuchaba la respiración de Bezalel.

Comenzó a agitarse. Su pecho ahora estaba mostrando ese cambio de ritmo. Su mente había llegado a una conexión que iba más allá de la percepción del entorno. Los minutos seguían pasando. Sus ojos continuaban cerrados. Los dedos de su mano mantenían el movimiento suave que había emprendido desde el

inicio. Hasta que de pronto un hilo casi imperceptible de agua brotó desde atrás de la piedra. Su tamaño iba cediendo. Lentamente, en proporciones extremadamente pequeñas, ya que los elementos que hasta ese momento se habían mantenido en estado sólido, ahora habían dado paso a su capacidad soluble. Microscópicas rocas se desprendieron del zafiro. Bezalel sonrió. Abrió sus ojos. Estaba emocionado. Pero sus mejillas aumentaron su tonalidad cuando sintió el hermoso trozo de mineral que en ese instante finalmente resbaló hasta la palma de su mano.

—Es… es mágico, Moshé. Estoy realmente agradecido que no te des por vencido con mi frecuente necedad. Estas enseñanzas están cambiando mi vida más de lo que crees. —Dirigió su mirada hacia abajo. Le avergonzaba un poco que su maestro notase su emoción.

—¿Sabes cuál es la propiedad más característica del rubí? Son las piedras rojas que tú ves en este lugar, o la del zafiro que ahora sostienes —preguntó Moshé con un gesto de satisfacción.

—¿Su belleza? —Intentó Bezalel.

—Su dureza. Su resistencia. Al igual que tú. Sin embargo, y a pesar de eso, es un elemento tan preciado y tan valioso que vale la pena trabajarlo —contestó entre medio de una sonrisa llena de plenitud.

—¡Ah, pero ¡qué bien! ¡Acabas de llamarme “cabeza dura” con la mayor elegancia que jamás haya escuchado! —Ambos rieron luego de eso.

—Muy bien, Bezalel. Muy bien. Ahora tomarás el tiempo que sea necesario y extraerás todas las piedras que puedas. Aunque nos tome toda la noche. Yo las guardaré. Prometo que te las daré en el tiempo correcto —dijo el maestro.

—Está bien. Lo haré… pero dime, Moshé, por favor contesta mi pregunta. Quisiera entender una cuestión —preguntó Bezalel con una mirada reflexiva.

—Pregunta. Anda. —Moshé lo miró a los ojos.

—¿Por qué me enseñas estas cosas? ¿Qué tienes en mente conmigo? —Lo miró fijo esperando una respuesta sincera.

—La pregunta adecuada es: ¿qué tienes tú en tu mente contigo? —Categóricamente, eludió la respuesta que el artesano estaba esperando—. Ahora extrae piedras. Elige el color que más te guste. Aunque puedo darme cuenta de que es el verde —contestó y luego se sentó en el suelo, afirmando su espalda contra la pared—. Una cosa más voy a pedirte: guarda este secreto. Sólo lo he compartido contigo. El Monte Reuven es mi centro. El lugar donde mi mente vuelve en sí y mi corazón se carga de energías.

Es *mi* secreto —dijo, cerrando sus ojos.

—Puedes confiar en mí. Puedes hacerlo —contestó, sintiéndose

honrado por aquella confianza, y comenzó el trabajo que su maestro le había encomendado.

***

La emperatriz volvió nuevamente al tiempo real, dentro de aquella habitación. Quedó con el mentón casi rozando su pecho.

Con la mirada baja. Respiraba profundamente, lo que se volvía evidente por el movimiento de su espalda. Moshé la observaba desde atrás. En parte entendía que estuviera tan conmovida. Demasiada información condensada en un par de horas. También, resultaba totalmente esperable que le llevara mucho más tiempo asimilar lo que ahí había sucedido. Y lo que había acontecido en la vida del emperador, antes de ser tal. Luego, buscó sentarse en alguna de las hermosas piezas de madera que había logrado fabricar su marido. Aún continuaba con la mirada en el suelo, ya que su mente estaba todavía algo lejos de ahí, intentando atar cabos, sacar conclusiones.

—Recuerdo el día en que volvieron de la caravana todos aquellos hombres. Un viaje demasiado largo. Se sabía en toda la ciudad que estaban abocados a la ejecución de una obra de extrema exigencia, y que el resultado de ésta habían sido muebles de madera, oro y piedras preciosas, dignos de decorar una exposición artística, una galería de arte —reflexionaba sobre aquellos años, cuando vio el ingreso de la caravana atravesar las puertas de Selana, habiendo traído artesanos y cotizados elementos para aplicar a las piezas del conjunto encargado por quienes, en ese entonces, eran protagonistas de la vida pública del imperio.

—Volvimos más cargados de lo que nos fuimos. Y además trajimos valiosos y experimentados artesanos de zonas muy remotas, realmente alejadas de este lugar —Moshé agregó con una sutil sonrisa.

—Lo recuerdo. Todos estaban pendientes de aquél matrimonio. Era un asunto de Estado. Al gobernador le convenía dominar, y en lo posible dentro del ámbito familiar, a la cabeza de las fuerzas del ejército. Y más en ese momento, en que el emperador ya se encontraba sumamente enfermo. —Elizabeth hacía memoria de aquellos tiempos, entrecerrando sus ojos, con una mirada analítica, reflexiva.

—Hasta último momento todos dudaron fuertemente de que Aulus fuera a encontrar una solución para la sequía, la sucesión.

De los más variados entretejidos políticos entre quienes rodeaban al emperador llevaban tiempo organizándose, incluidas las personas de su máxima confianza, para asegurarse la permanencia en el poder luego de la finalización del mandato por causa de su muerte. El imperio era poderoso, pero los rumores

sobre la sequía en aquel entonces provocaban grandes temores de revueltas, rebeliones, oportunidades de mostrar debilidad y flaqueza a gobiernos extranjeros que habían comenzado a crecer y afianzarse en sus dominios. Fueron momentos turbulentos, de gran confusión.

Cada uno quería salvar su propio pellejo, revestidos de una falsa fachada de fidelidad hacia el emperador —el gobernador detallaba los sucesos con la precisión de un cronista mientras caminaba lentamente por la sala, con las manos tomadas por detrás y la mirada puesta a lo alto. Parecía que de esa manera su mente se predisponía al recuerdo.

—En esas esferas de poder nunca puedes llegar a saber quiénes son realmente leales y fieles. Todos parecen serlo, y a la vez, todos parecen no serlo. Mientras la música suena, el baile continúa. Pero cuando emerge el mínimo atisbo de duda o sospecha que la música vaya a detener su curso, es entonces cuando comienzan a verse las diferentes facetas de quienes conforman el entorno político —aportó a lo que había dicho Moshé, y también aprovechó para abandonar la posición cómoda que había mantenido en el robusto sillón de madera. —Gobernador, disculpe, pero lamentablemente debo ausentarme de esta conversación.

Demasiados asuntos pendientes para las horas que le quedan al día de hoy —de repente interrumpió el ambiente de relato y su mente volvió en sí.

—Desde luego, Señora. Lo mismo iba a decirle. —Se apresuró para detener la conversación.

—De todas maneras, quisiera pedirle que mañana vuelva a esta sala. Aún tengo unos temas pendientes por conocer. —Elizabeth le sonrió fresca y natural, como era característico en ella.

—Delo por hecho. Creo que había llegado el momento de que usted conociera cómo se fundó la base sólida de gobierno al que hoy, usted misma contribuye y coopera en mantener. Buenas tardes. —Inclinó levemente su cabeza, se mantuvo hacia un costado para darle paso a la emperatriz y ambos siguieron caminos en dirección contraria en el ancho pasillo de mármol.

CAPÍTULO 10

El traspaso decretado

Indudablemente, esa noche ninguno de los dos durmió por un plazo mayor a una o dos horas, y seguro que si lo hicieron fue de forma intermitente. Un suceso sin precedentes había sucedido en la historia del Imperio de Scaeva. Pero mucho más impensable era este suceso para la vida de dos extranjeros, humildes y desarraigados, que lograron adaptarse de la mejor manera posible a las inclemencias que la vida les había ofrecido a través de la provisión de escasos recursos y nulos privilegios sociales.

Su mente no había podido detenerse ante la inevitable fantasía que recorría una y otra vez aquella escena que había tenido lugar hacía un par de horas atrás. Ser escriba, la primera, le había dicho su marido. Ni en mil noches de desvelo podría haber deseado un destino más grande que aquél que la propia vida se trajo entre manos. Ni siquiera sería bien visto ante los ojos de la gente de su pueblo su deseo por una actividad no doméstica, cuánto más un rol tan público, y con semejante responsabilidad.

La poderosa Elizabeth – El emperador de la puerta de silicona Luego, saltaba al siguiente pensamiento: ¿cómo podría un hombre tan sencillo, como Bezalel, ser el próximo emperador? Trataba de tranquilizarse pensando que, de seguro, Aulus pondría a disposición todos los recursos que fuesen necesarios, como así también su propia experiencia, para preparar a su sucesor, que llevaba tantos años buscándolo, y lo encontró en el lugar y de la procedencia menos pensada. La llama de la vela terminó de arder su última instancia de vida y se apagó fugazmente. Así también lo hicieron sus ojos que, por fin, fundidos del cansancio dieron paso al huidizo sueño.

***

Los dos se despertaron de un solo salto. Por momentos les costó reconocer si era de día o de noche, si era la mañana, o bien, si por alguna razón se habían quedado dormidos en medio de la tarde. Cuando pudieron reaccionar, se dieron cuenta que alguien se encontraba tocando la puerta. Bezalel se vistió lo más rápido que pudo. El sol dio contra su rostro, atravesando su ventana, marcando el comienzo del día. Se frotó fuertemente el rostro con ambas manos, despejó su garganta y levantando forzadamente su actitud para contrarrestar su evidente situación de dormido, abrió la puerta con ímpetu para saber quién llamaba.

—Buenos días, señor. Al mediodía debe estar usted y su familia en el palacio, con todas sus pertenencias. El emperador así lo

solicita —dijo un joven soldado, en una postura acartonada y con la vista en alto, por arriba de la línea natural de su mirada.

—Buenos días, oficial. Así será —contestó. El soldado se retiró rápidamente.

—Afortunadamente nuestras "pertenencias" son tan escasas que estaremos sobrados de tiempo hasta la hora de la cita — agregó Johanna sonriendo, aun con su ropa de dormir.

—Yemina. Me desperté pensando en ella. Deberíamos hablarle sobre lo acontecido, y eventualmente, si ella acepta, invitarla a venir con nosotros. Quedará sola, y no creo que esté dispuesto a soportarlo. —Bezalel mostró su preocupación a través de la contracción de sus facciones.

—Tienes razón. Has hecho bien en pensar en ella. A esta hora ya debe estar esperándome. Voy a buscarla, no tardo. — Johanna se apresuró a cambiar su vestido y salir pronto de la casa.

—¡Yemina, ya estoy aquí! —la llamó desde la puerta, como lo hacía todas las mañanas.

—¡Querida! ¿Me preguntaba porqué estarías tardando? Generalmente vienes una hora más temprano de lo que viniste hoy. Con lo cual, no hay problema, Johanna, puedes venir a la hora que desees, pero es tu costumbre llegar bien temprano. —Se enredó fácilmente en su misma oración. El instinto maternal que se le despertaba con sus jóvenes vecinos resultaba imposible de ocultar.

—Sí, lo sé. Es que anoche estuvimos prácticamente despiertos, sin dormir. Pero no te asustes, todo está bien. —Se adelantó a la previsible preocupación de su vecina.

—Si está todo bien, ¿entonces porqué no pudieron conciliar el sueño ninguno de los dos? —preguntó con lógica en su razonamiento.

—Verás, ayer Bezalel tuvo una excelente noticia en su trabajo, y la emoción nos mantuvo embargados por una buena cantidad de horas. Y a propósito de ello, venía a pedirte si puedes acompañarme hasta nuestra casa, Bezalel aún no sale a trabajar y queríamos aprovechar para conversar un tema en particular contigo, sólo detalles. No te preocupes. —Todo sonaba demasiado raro, pero la razón de tanta liviandad se sostenía en el hecho que Johanna intentaba quitarle peso al asunto.

—Está bien. Sin dudas, iré contigo. Vamos, hija, vamos.

—Se apresuraron en salir.

Cuando llegaron a la casa de al lado, Bezalel había puesto su poca ropa sobre la cama. El resto, no tenía sentido trasladar: vajilla de baja calidad, ropa de cama llena de años y muebles que, de seguro, serían absolutamente innecesarios en un palacio.

—¡Yemina!, ven, pasa, siéntate cómoda. —Bezalel abrió la

puerta con una gran sonrisa, y tomó las manos de la señora.

—¿Qué se traen ustedes dos entre manos? —preguntó con sus ojos entrecerrados.

—Nada de qué preocuparte. Algunos cambios en relación con mi trabajo que demandarán que nos mudemos de casa, entre otras cosas. —Miró a Johanna con un gesto de pedido de ayuda.

Claramente no había venido a su cabeza con facilidad cómo encarar este asunto de su "trabajo" con Yemina, de forma tal de no provocar un golpe en su salud a causa de la tremenda sorpresa.

Pero, nuevamente, así como Bezalel se rindió ante la imposibilidad de plantearle suavemente a Johanna lo acontecido con la sucesión por el invento, decidieron decírselo, sin más.

—Yemina, ¿recuerdas el decreto del emperador, aquél que estuvo clavado durante varias semanas en cada lugar de circulación de la ciudad? —Johanna intentó una aproximación.

—¡Ah, sí, claro que estoy al tanto del decreto! Pero ¿qué pasa con eso? Vamos, soy una vieja. La acumulación de años en mi piel no es en vano. Escupan de una vez por todas a qué va todo esto. — Endureció sus gestos para demostrar, que muy lejos de tener que tratarla como a una niña frágil y delicada, podían confiar en ella.

—Pues bien. El tema es que Bezalel, estuvo pensando en una solución, una muy buena solución, por cierto, para el problema que se planteaba en aquellos papiros, y decidió pedir una audiencia en el palacio del emperador, para exponer su idea — Johanna continuó.

—Así es. —Bezalel apoyó la línea argumental que su mujer había elegido para encarar la noticia, con un muy buen tacto.

—El emperador Aulus Equitius ha decidido darle curso a la proposición de Bezalel… —agregó Johanna.

—¿Esto lo llamas un "cambio de trabajo", hijo mío? Estamos hablando del cumplimiento de una sucesión, y no sólo la implementación de un tipo de solución para el problema del agua —Yemina estaba perpleja, a pesar de su rapidez en concluir.

—Discúlpanos, no sabíamos como darte la noticia —intervino Johanna.

—¡Ah, no, está todo bien, querida! Sin embargo, estamos hablando de un futuro brillante y promisorio, de una historia sin precedentes, y de que mi pequeño Bezalel sucederá al actual emperador, detentando la máxima autoridad del imperio. ¡Esto tampoco implica una "mudanza de casa"! —con una mirada desorbitada enfocaba difusamente hacia la mesa, sosteniendo su vaso de agua con ambas manos. Su mente estaba intentando procesar aquella conversación.

—Discúlpanos otra vez —dijo Bezalel. De pronto, Yemina se

puso de pie intempestivamente y corrió a colgarse del cuello de Johanna y Bezalel, y se mantuvo ahí, llorando de la emoción y hablando palabras difíciles de identificar con claridad.

—¡Yo lo sabía! ¡Sabía que un futuro maravilloso los esperaba! Pero… ¡el próximo emperador! ¡Por el Dios de nuestro pueblo, hijo, no puedo creerlo! ¡Jamás imaginé que esta era la noticia! —Ante tanta emoción, no había notado la fuerza que estaba imprimiendo al abrazo. Bezalel y Johanna reían con alivio y nerviosismo, y con un poco de asfixia por el caluroso y potente abrazo, claro.

—Pero lo más importante para nosotros es que aceptes nuestra invitación —Bezalel la tomó de los hombros y buscó mirarla de frente.

—Dime, te escucho —se predispuso con atención, mientras secaba sus lágrimas.

—Debemos vivir en el palacio. El emperador ha considerado instruirme en cada paso. Y para ello tenemos plazo hasta el mediodía. Sin embargo, nuestra felicidad no estaría completa si tú no estuvieras. Te extrañaríamos demasiado, y quizás sea cada vez más complicado venir a visitarte con la frecuencia que nos gustaría. Es por eso, que habíamos pensado con mi mujer en invitarte a vivir con nosotros. Podrás aprender de las cocineras de ese lugar tu arte favorito, y podrás nutrirte y hacer todo lo que desees. Pero es tu decisión, y sea la que sea, la respetaremos. — Bezalel tomó las manos trabajadas de la mujer y esperó su respuesta.

—¡Claro que sí, hijos míos! ¡¿Qué sería esta vieja sin ustedes?! —su respuesta fue rápida y segura. Escenario que no habían esperado, pero que los dejaba libres con mayor velocidad a la siguiente fase: dejar sus hogares y cumplir con el tiempo que el emperador había ordenado a través del mensajero.

***

—No he tenido tiempo siquiera de hablar con Ohad, ¡ni tampoco con Moshé! Todo ha sido demasiado rápido, espero poder contar con ellos también —susurró al oído de su esposa con un gesto entristecido.

—No te preocupes por eso, tendrás tiempo de hacerlo.

Deja que nos acomoden en nuestro nuevo lugar y luego vas por ellos —apuntó Johanna.

—¡Buenos días, Bezalel! Pasa, vamos, no seas tímido. Tenemos mucho de qué hablar hoy. Hemos organizado tu rutina: clases y entrenamiento, entre otras cosas, para ser pragmáticos y rápidos con el desafío que nos espera. Bien sabes que pensé que la vida me daría un sucesor de mi propia sangre, pero no fue el caso. Pues bien, tu serás como ese hijo que no pude tener, y aprenderás el oficio de gobernar tal como me lo enseñaron a mí. —A pesar de la

recurrente tos que lo dejaba en estado cercanos a la asfixia, Aulus se encontraba enérgico y optimista.

—¡Buenos días, señor! Que así sea entonces. Estoy a sus órdenes —contestó Bezalel.

—Pero si esta debe ser tu hermosa esposa. Un gusto conocerla. —Tomó su mano y la besó manteniendo su mirada fija en sus ojos. Intimidante, pero con galantería arrancó una fresca sonrisa del rostro de Johanna.

—El gusto y el honor es todo mío, señor. Muchas gracias por recibirnos tan amablemente —contestó Johanna, con sus mejillas un poco sonrojadas.

—En este palacio podrás aprender cualquier oficio que gustes: cocinar, bordar, o lo que desees —continuó con su actitud de caballero.

—Señor, si me permite, hay un oficio, o, mejor dicho, un arte que despierta el mayor de los intereses en mi esposa, y creo que no habrá problema en que continúe con sus estudios junto a los escribas del palacio —intervino Bezalel.

—Pero, qué sorpresa. Claro que sí, no hay mejor combinación que un emperador con una esposa letrada, ¿no lo crees? — Aulus miró a uno de los consejeros que lo acompañaban, entre otros más —. No sólo se trata de una bella mujer, sino de una muy inteligente, según parece —sus halagos hacia el encanto de Johanna no menguaban.

—Bienvenida para usted también, señora. Me imagino cuán orgullosa está usted de su hijo —Se refirió a Yemina rápidamente—. Bien, Bezalel, esta será tu nueva morada. Las siervas que se encuentran esperándolos en las puertas de ingreso a la sala del trono los acompañarán hasta las habitaciones y les enseñarán el palacio por completo. Asegúrense de cambiar sus vestimentas por prendas más dignas, por favor. Tómate el día para acomodarte y mañana a primera hora comenzaremos. Estarás a mi lado en cada cosa, en cada acto y observarás cada detalle. Preguntarás absolutamente todo aquello en lo que tengas dudas y cumplirás exactamente con lo que hemos preparado para ti. Selana es grande y compleja, pero mucho más lo es Scaeva, un vasto y multitudinario impero, donde encontrarás problemas a toda hora, y de todo tipo de color. Pueden retirarse. —Hizo un gesto con su mano a través del cual indicó la salida de todos los recién llegados de aquél recinto. Aulus, ciertamente había despertado de buen humor.

***

Caminaron a través del largo pasillo de hermoso diseño en mármol. Johanna y Yemina no podían contener sus ojos que intentaban moverse lo más rápido posible para acaparar toda la

maravillosa vista de aquel lugar. Nunca habían estado en un entorno así. Los piletones se veían desde la galería, las fuentes de agua, y la flora bien conservada y saturada de colores. Bezalel sintió por un momento que había quedado completamente solo, hasta que volteó su cabeza para entender qué había sucedido con las dos mujeres que supuestamente venían con él. Sonrió al ver su mujer y Yemina con el mismo gesto que un niño conserva ante el asombro causado por un truco de magia. La primera vez que ingresó al majestuoso palacio tuvo como primer pensamiento a Johanna. Si tan sólo pudiera ver aquellos jardines, pensaba, y la belleza de la construcción en columnas y arcos, enmarcando como foco principal el inmenso jardín. Y ahora, ella no sólo estaba contemplando el palacio, sino que sería su nuevo hogar. Volvió su mirada al frente y sintió regocijo con la imagen de las mujeres, usando sus humildes vestidos, con un pequeño bolso de ropa cada una, que significaba la totalidad de sus posesiones a ser trasladadas. Imagen que ahora atesoraría en su memoria como un ícono, como un recuerdo absolutamente feliz, como el emblema del día en que por fin pudo cambiar la historia de sus seres amados, para siempre.

—El ala oeste del palacio está reservado para el emperador y su familia. Sólo aquella habitación está ocupada por el emperador — una de las siervas señaló una inmensa galería que continuaba frente a ellos, con puertas de doble hoja de un lado, y la vista hacia los jardines del otro.

—Muchas gracias por acompañarnos hasta aquí —contestó Johanna con amabilidad.

—Esta habitación ha sido elegida por el señor Aulus para su sucesor. La de al lado es para su madre. En una hora vendré por ustedes para que tomen su baño diario y vistan sus nuevos atuendos —se dirigió a Johanna y Yemina—. Con permiso —la mujer lo saludó con una leve reverencia y emprendió su camino de vuelta.

—Debes tener un parecido a mí, Bezalel. Por lo menos así puedo concluir, ya que todos me han tratado como tu madre — apuntó con gracia Yemina, con su risa tomada a causa de la emoción.

Bezalel se apresuró para abrir la puerta y darle paso a Johanna. Cuando ingresó a la habitación sus ojos contemplaron más belleza que la anterior a causa de los jardines y la arquitectura del palacio. Inmensas ventanas vestidas con pesadas cortinas luciendo un vistoso color borravino, amarradas con cordeles dorados que le daban la estética similar a la de un telón de un teatro.

Los muebles eran piezas de gran tamaño y esmerados detalles, que a pesar del importante espacio que ocupaban, éste no se veía reducido, ya que la habitación poseía dimensiones por demás espaciosas.

—Puedo reconocer estos muebles —comentó Bezalel tocando la superficie de un tocador que estaba acompañado de un decorado espejo.

—Esto es maravilloso. Mis ojos observan la realidad que tengo en frente mío, sin embargo, se me presenta la duda si estoy pudiendo procesarlo, o más bien se trata de un sueño del cual no quisiera despertar nunca —sentada en la cama, con su mirada expectante capturando cada detalle reflexionó sobre lo que estaba aconteciendo en sus vidas.

—Pues no despiertes. Tú, más que nadie, merece cada una de estas bendiciones —Bezalel la abrazó con fuerzas y la besó.

—Aprovecharé que ustedes tomarán un baño para ir hasta el predio. Quiero hablar con Moshé y Ohad. Me siento un tanto inquieto por ese asunto —se puso de pie rápidamente, besó la frente de su esposa y salió de la habitación.

***

Acelerando el paso llegó pronto a las puertas del palacio.

Respiró profundo cuando recordó, hace tiempo atrás, que tuvo que esperar en ese mismo lugar para ser informado si darían curso a una audiencia, como así lo habilitaba a solicitar el decreto del emperador, o no.

—Disculpe, señor. No puede salir del palacio sin custodia.

Son órdenes del emperador —un oficial se dirigió a el sin desviar la mirada que mantenía en línea recta.

—Ah, ¿sí? Bien, pues entonces no voy a contradecirlo.

Sólo me dirijo al predio de carpintería, a poco andar desde aquí —contestó incomodado.

—Dos oficiales lo acompañarán, señor —insistió el joven.

Se sentía absolutamente extraño con dos oficiales caminando detrás de él. Las personas que circulaban por las calles de la ciudad lo miraban confundidos, y con razón. Si al menos hubiese cambiado su vestimenta, pareciéndose a quienes vivían también en el palacio, no sería tan incongruente como la actual imagen, en la que aun Bezalel vestía su típica túnica de evidentes condiciones que delataban un muy frecuente uso, y sandalias de cuero. Cuando llegó al predio, los oficiales y encargados de las obras en madera quedaron atónitos y perplejos. Se había corrido la voz de que un artesano extranjero había cumplido con lo solicitado en el decreto, pero jamás habrían imaginado que se trataba de uno de ellos. De uno de los carpinteros. De quien quedaba inmóvil por una rara enfermedad y tenía que respaldarse en la protección del maestro principal, Moshé. Bezalel inspiró profundamente. Estaba comenzando a sospechar que no tendría la solvencia esperada para enfrentar cada una de estas situaciones. Se mantuvo en silencio por

un momento.

—Buenas tardes, oficiales. Quisiera hablar con Ohad y Moshé, si me lo permiten —intentó una aproximación.

—El Señor Bezalel, sucesor del emperador, acaba de dar una orden. Con permiso, por favor —dijo uno de los dos hombres que lo habían acompañado desde el palacio, sin saber que ese "sucesor" había trabajado muchos años antes en ese taller.

—Sí, adelante —contestó uno de los oficiales del predio.

Uno de los cuales no vio temblar su pulso cuando de castigar a los artesanos se trataba. Incluido a Bezalel.

Moshé se encontraba circulando los tablones de trabajo, controlando el avance que cada artesano iba logrando, o solicitando, en su caso, algún tipo de corrección en el mismo.

—Maestro, necesito hablar contigo —Bezalel anunció su presencia de esa manera.

—Me preguntaba cuando vendría el futuro emperador de visita a sus antiguas andanzas, o si tal vez ya había olvidado a sus amigos —Moshé lo miró con seriedad, sin poder de esa manera ocultar su inmensa alegría y orgullo—. ¡Ven acá, hijo mío! —Lo tomó de los hombros y lo llevó con fuerzas contra su pecho, abrazándolo eufóricamente mientras palmeaba de forma insistente su espalda.

—Maestro, discúlpame, no pude venir antes. Todo ha sido demasiado rápido. Estamos con mi mujer como dos bobos, intentando entender cuál fue la jugada que la vida decidió hacer con nosotros, sin consultarnos nada al respecto —entre risas y la necesidad de descargarse, Bezalel respondió al caluroso abrazo.

—La puerta de silicona fue tu presagio. El símbolo de una trascendencia que ahora comenzará a concretarse —aseguró Moshé.

—Yo no sería nadie sin ti, maestro. Y sin Ohad. Es por eso que he venido a buscarlos. Quisiera emprender este camino desafiante y desconocido junto a ustedes —enfatizó con un gesto de seriedad.

—Vuestra majestad, quienes somos para que venga a nuestra humilde zona de trabajo. —Ohad, con su tradicional sentido del humor, ensayó una exagerada reverencia. La respuesta de Bezalel fue un abrazo más fuerte y con varias palmadas más que el primero, con Moshé.

—¡Por ti he venido! Hace un tiempo te dije que de ninguna manera ibas a poder librarte de mí, y aquí me tienes, ¡he venido a cumplir mi promesa! —Quizás ellos no lo habían notado, pero esta vez todo el predio se enteró de aquella frase. La euforia y la adrenalina les había provocado estar hablando a todo volumen, como por un altavoz.

La poderosa Elizabeth – El emperador de la puerta de silicona

***

La rutina del futuro emperador era por demás agotadora, exigente y cronometrada. Aprendió matemáticas, a leer y escribir, algo de historia, política y los principales eventos que habían llevado al imperio a ser lo que actualmente era. Rutinas de entrenamiento físico junto con los oficiales y, lo más importante, actos de presencia y acompañamientos junto a Aulus, que lo había adoptado más que como un hijo, como su propia sombra. El vinculo se había hecho estrecho, y ambos desarrollaron aprecio uno del otro.

Mientras los años avanzaban, el emperador se convencía que la vida había sido más sabia que él en la elección del sucesor.

Las aptitudes de los grandes, de quienes escribieron la historia, estaban reunidas en Bezalel: humildad, determinación, ingenio, dominio propio, carisma y una constante actitud de aprendizaje.

Hacía tres años, desde que se mudaron al palacio, que sus días se volvieron maratónicos y demandantes, pero, como contrapartida, había aprendido lo que jamás imagino que podría aprender. Lo que más lo atrapaba, la actividad que inflaba su pecho de orgullo y emoción, aquella que le recordaba su razón de ser era la visita a la zona donde se estaba llevando a cabo la ejecución de la obra de los acueductos. Aulus Equitius había decidido comenzar por las zonas más alejadas, las más dañadas, y por consecuencia, las más necesitadas de agua, e ir resolviendo la construcción de acuerdo con ese criterio. Por lo tanto, se estaba avanzando primeramente en los tramos subterráneos, ya que aquellos que debían cruzar el río o los desniveles del suelo, y por esta razón debían hacerlo en altura, demandaban más tiempo de ejecución, mayor cantidad de materiales y por consecuencia, eran los tramos más costosos y desafiantes que realizar.

Un breve tiempo después de que Bezalel había llegado al palacio con Johanna y Yemina fue que se llevó a cabo la anunciación oficial, dando a conocer que el decreto del emperador había hallado cumplimiento, presentando públicamente la persona del sucesor. La suerte no había abandonado su lado. “No comenzaremos a comer hasta que la madre de mi nieto no esté en la mesa”, exigía Aulus, en cada comida. Sus ojos se iluminaban igual que los de Bezalel. Había tomado a éste verdaderamente por hijo, y a su hijo, por nieto. Al pequeño bebé que Johanna cargaba en su vientre. “Lo llamaremos Aulus, como yo”, decía orgulloso, cada vez que veía a la hermosa mujer, perfumada y con privilegiados vestidos ingresar a la sala, donde casi siempre encontraba a su marido y al emperador mirando papiros, hablando con el consejo, o conversando sobre las proezas del imperio. Ciertamente, “Aulus” no era el nombre que Johanna quería para su bebé, aun cuando ni siquiera sabían el sexo de la

pequeña persona, y no lo sabrían hasta el momento del parto. “Prefiero que lo llamemos como el maestro, Moshé, un hermoso nombre de niño”, fantaseaba Bezalel en la intimidad de las noches, cuando en las vísperas de la llegada del sueño compartía unos momentos a solas con su esposa. “Y yo prefiero que tenga un nombre especial, único, que no haga referencia ni a tu maestro ni al emperador. Además, estás olvidando un pequeño detalle: deberías también pensar en un nombre de niña”, Johanna defendía con orgullo el lugar femenino que, evidentemente, en la elección de nombres no se estaba teniendo en cuenta.

El emperador, a diferencia del estado en el cual lo encontraron aquél día que llegaron al palacio, había empeorado a pasos agigantados, perdiendo aceleradamente la batalla contra su enfermedad, aquella que carcomía sus pulmones y su consecuente capacidad de respirar. Con razón había elegido la habitación contigua como aquella que debía ser ocupada por Bezalel y su mujer.

Últimamente, cuando el sol anunciaba el comienzo de un nuevo día, seguido por la luna, que a su turno le daba paso a la noche y el fin de la jornada, Aulus ni siquiera se levantaba de su cama.

“Esta maldita tos, hijo mío, hoy no me deja ponerme en pie”, sabía decir a Bezalel cuando ingresaba temprano a su habitación.

La enfermedad también contaba con la vejez del hombre como su gran aliada, provocando que todo tipo de síntomas y molestias aparecieran en la salud y en el cuerpo del viejo emperador, agravando su debilitada salud.

El ánimo de Bezalel no era el mismo cuando su día transcurría sin escuchar las historias y los momentos de gloria que Aulus recordaba con aferro. “Rodéate de los mejores, y de aquellos que sean expertos en sus pasiones”, le decía constantemente. Lo hizo desde el primer día, cuando fue en búsqueda de Moshé y Ohad. “Mejores que ellos, sencillamente no existen”, de esta manera Bezalel los presentaba ante diferentes personas y autoridades con quienes debía relacionarse diariamente.

Pero el día menos deseado había decidido marcar su presencia.

—¡Señor Bezalel! ¡Señor Bezalel! —gritaba y golpeaba la puerta de su habitación de manera insistente una de las siervas, consternada hasta las lágrimas. El joven sucesor altó de su cama como un resorte. Tomó su bata de seda azul y corrió hacia la habitación de al lado.

—Acércate, hijo mío. Estoy a punto de partir —dijo Aulus con su voz ronca y completamente desgastada por la tos.

—No te vayas ahora, Aulus. No estoy listo para hacerlo sólo. — Bezalel se sentó a su lado y tomó la mano arrugada y de piel

traslúcida del anciano.

—Oh, claro que sí lo estás. Mucho más de lo que crees.

Recuerda que debes obrar rápido, al pueblo no le gusta sentirse huérfano. Necesitan el paso al siguiente emperador sin dilaciones —Interrumpido por la tos y la asfixia, intentó seguir hablando—.

Te he preparado con todo éxito, y sé que harás de este imperio la versión más asombrosa que podría haber pretendido en mis años de juventud. Tantos años pasé enojado con la vida, y con decenas de mujeres, tanto he deseado un sucesor que no me di cuenta que éste ya estaba con vida, esperando mostrar su mente brillante y el coraje de presentar su idea.

—No voy a defraudarte. Continuaremos con la obra lo más rápido posible. Los pueblos más alejados ya cuentan con agua. Ha llegado la hora de traer la construcción a Selana y a las principales ciudades que la rodean, donde habita la mayor cantidad de gente. Debemos comenzar urgente con los acueductos que cruzarán por arriba —Bezalel prometía con su voz entrecortada.

Le dolía la garganta reteniendo su angustia.

—Lo sé. Puedo verlos terminados. Y cruzarás fronteras enteras con tus acueductos. Selana necesita ahora el agua que alguna vez estuvo brindando sin mezquindad a todos quienes arribaban a esta tierra en busca de una solución. La parte más difícil y el mayor desafío queda en manos de su auténtico creador. Cuéntale a mi nieto sobre mí, hijo mío, e instrúyelo como yo lo hice contigo. Estoy orgulloso de ti, y agradecido a la vida por haberte conocido —la emoción de la despedida le jugaba una mala pasada cuando se combinaba con la dificultad para respirar—. No llores por mí. Concéntrate en ser el Emperador de Scaeva —Aulus apretaba la mano del joven aprendiz con fuerzas e insistencia. Y el último aliento que salió de su boca acompañó la salida de su alma.

Aulus Equitius, el gran Emperador del Imperio de Scaeva había muerto.

***

—Señor, el pueblo espera ansioso para saludarlo. Son miles de personas que han copado las calles y la plaza principal de la ciudad, esperando su salida y de la emperatriz por el balcón — uno de los oficiales imperiales informó al flamante emperador. La noticia de la muerte de Aulus Equitius y la fecha de la sucesión del mando había sido publicada y esparcida hasta el último rincón del imperio.

—En unos minutos —contestó Bezalel dejando salir una bocanada de aire. Nunca había sentido tantos nervios en su vida.

Tomó la mano de Elizabeth y el sudor frío delató su estado.

—Estarás bien. Este privilegio te ha sido concedido porque eres capaz de cumplirlo —dijo su mujer tomando su rostro con ambas

manos.

—¿Estás lista? —preguntó inspirando profundamente.

Ella respondió asintiendo con su cabeza. Caminaron hacia el balcón. Cuando el pueblo vio a la pareja aparecer saludaron eufóricamente. Hombres, mujeres y niños agitaban sus pañuelos y batían palmas aclamando por la tan esperada sucesión. Ahí estaba su gente, los del barrio hebreo, primeros en las filas, levantando sus manos al cielo en señal de agradecimiento.

—¡Pueblo de Scaeva, saluda a vuestro flamante emperador! —gritó a viva voz el oficial. La muchedumbre duplicó el ensordecedor sonido de masas. Elizabeth lo miraba entre saludo y saludo, veía a ese gran hombre que alguna vez con una mirada apreciativa lo colocó en diferentes roles protagónicos cuando sus parálisis lo dominaban por completo. Sin embargo, entendió que la vida tuvo una mejor idea, un personaje único que a ella jamás se atrevería, ni siquiera, haber fantaseado. Un artesano, un carpintero, extranjero y castigado en repetidas oportunidades. Un hombre enfermo, como algunos le decían. Un joven desprovisto de recursos plasmado este hecho en su típica vestimenta simple y de escasa calidad ahora vestían una túnica en color verde oscuro, con bordados de oro en todas las terminaciones, ese era su color favorito. La corona decoraba su cabeza, y una hermosa capa en verde más oscuro, abrochada a sus hombros con lujosos botones de oro, sobrepasaba su estatura, quedando parte de ella sobre el suelo.

Elizabeth, a pesar de su reciente parto a través del cual dio a luz al pequeño Rafael, lucía la belleza que la caracterizaba, agravada por el brillo de la consumación de su naturaleza, por su maternidad. Con un maravilloso vestido azul y su cabello tomado en un hermoso peinado digno de una emperatriz, acompañaba la dicha y el poder que recaían oficialmente en el sucesor de la máxima concentración de potestades del puesto que a partir de ese momento quedaba legítimamente sellado.

CAPÍTULO 11

La inexplicable ejecución

—Ha llegado la hora de convocar a los artesanos que conociste en el desierto. Debemos partir lo antes posible, Bezalel — dijo Moshé apenas ingresó en el despacho que hacía tan poco tiempo ocupaba.

—Sí, tienes razón. Llevo noches desvelado estudiando estos planos hasta el último detalle. Por favor, encárgate de preparar la caravana. Elizabeth, Ohad y Ezequiel se quedarán a cargo mientras estemos de viaje. Además, cuentan con la asistencia permanente de todo el cuerpo de asesores, oficiales, soldados, entre otros —dijo mientras seguía sumergido en enormes planchas de papel grueso amarillento, con una batería de cálculos en cada minúsculo rincón.

—Y no olvides de preparar los carros que serán necesarios para la vuelta. No tuve la oportunidad de contarlos aquella vez, pero eran cientos de personas. —Por fin despegó los ojos de los planos para mirar al Gobernador.

La poderosa Elizabeth – El emperador de la puerta de silicona — Ellos cuentan con sus propias movilidades para viajar hasta acá. Pero de seguro no vendrá nada mal que llevemos recursos de más. El camino es demasiado largo —contestó Moshé.

—Una cosa más antes de que te vayas. Estoy esperando que los ingenieros terminen el plano y los pliegos de trabajo con las diferentes ciudades en las que comenzaremos la obra de los acueductos por tierra y por agua. Asegúrate de llevarlos en el viaje.

Tendremos tiempo suficiente para estudiar el orden de ciudades y pueblos, sus tiempos de ejecución, la cantidad de trabajadores que necesitaremos y todo lo relativo a recursos y organización. Quedarán copias de esa diagramación operativa acá en el palacio para que todos sepan el orden de construcción de esta etapa de la obra —agregó entre pausas, mientras aprovechaba para dar unos sorbos a su té tibio, ya casi frío.

—Bien. Tenemos trabajo que hacer entonces —contestó desde la puerta y salió del lugar.

***

El viaje era agotador y abarcaba una distancia demencial.

Los caballos, como así también las personas, necesitaban de tiempos considerables de paradas y descansos. Las provisiones siempre parecían abundantes y hasta incluso exageradas en el momento que estaban siendo preparadas, pero al enfrentar las vicisitudes del viaje con sus inhóspitos tramos soleados y calurosos

por el día, y heladas ráfagas de viento por las noches, siempre terminaban cayendo en la cuenta de que las provisiones sólo alcanzaban para todos si mediaba una meticulosa administración.

—Recuerdo este lugar. Parece que sólo han pasado un par de días. En aquel entonces era un simple artesano acompañando a mi maestro en un viaje para buscar a otros artesanos con quienes ejecutar un vano e innecesario trabajo de muebles fastuosos. Para toda aquella sobreactuación pseudo romántica, que, por cierto, de eso no tenía nada. Intereses políticos y económicos, y nada más… —dijo Bezalel mientras avanzaban sobre un carro tirado por dos caballos, con una estructura de madera semi abierta dentro de la cual iban sentados, que les cubría las espaldas y ofrecía un techo cobertor para protegerlos del sol.

—Siempre es bueno volver a los orígenes. De lo contrario correríamos el peligro de olvidar quienes somos, y, sobre todo, de dónde hemos venido. Tomar contacto con el punto de partida permite valorar lo recorrido hasta ahora —agregó el maestro con los ojos entrecerrados, evitando así la polvareda y el exceso de sol que intentando ingresar a sus ojos.

—¿Cómo los conociste? Son tan distintos. Viven en el medio del desierto y todos sus asuntos de supervivencia están sobradamente resueltos. Nunca vi algo así —insistió Bezalel sobre un tema que Moshé no había querido hablar en su momento.

—No son de acá. Eso es evidente. Los conozco desde siempre. No importa esa historia. En el imperio siempre ha interesado la ingeniería, la arquitectura, incluso la decoración con ornamentos característicos de cada emperador, que le dan un sello distintivo y particular a cada una de las creaciones, civiles principalmente. Sin embargo, desde tiempos inmemoriales han maltratado a sus trabajadores, reduciéndolos a condiciones de esclavitud, sufriendo todo tipo de necesidades y vejaciones, inhumanas en todo sentido. Han perdido entonces el potencial verdadero de las manos constructoras de esas obras majestuosas que conciben sus mentes y papiros, de quienes materializan esas concepciones y las hacen posibles. Por eso, para trabajos como la obra de los Acueductos que estamos por emprender, necesitaremos de ellos, que sólo son convocados para la concreción de los trabajos y luego se repliegan en sus lugares. Hace ya muchos años el imperio me otorgó la responsabilidad de seleccionar a los artesanos y ellos son los mejores —dijo Moshé.

—Suena hasta misterioso y enigmático en el modo en que lo cuentas. Sin embargo, llamaron mucho mi atención sus pequeñas casas rectangulares, de bordes redondeados y perfectos. Todas sus viviendas blancas, pulcras, organizadas, limpias, y en cuanto a ellos,

metódicos, taciturnos… nunca conocí gente así, para ser sincero —dijo Bezalel mientras miraba sus manos ajadas sosteniendo las cuerdas que direccionaban a los caballos.

—Sí, es cierto. Así son. Pero déjame advertirte algo: en el instante que perciba que alguno de los jefes de obra o alguna persona sometida a tus órdenes maltrate alguno de estos artesanos, inmediatamente los enviaré de vuelta a sus hermosas casas en el medio del desierto… y ya sabes que no me importa el cargo que hoy ocupas… lo haré sin dudarlo. —Moshé mantuvo su mirada clavada en el horizonte.

—Está bien, maestro. Como tú digas. Yo mismo estaré a cargo de la obra, tú también lo harás, y Ohad está al frente como autoridad máxima de los talleres. Tendremos el control de esto, no te preocupes —contestó meneando su cabeza ligeramente hacia los costados. Ya conocía los tonos de Moshé—. Ya sabes que eres como mi padre. El que no tuve la oportunidad de conocer.

Esa es la autoridad que tienes en mi vida. Pero no te aproveches de ello. —Le sonrió y golpeó el hombro de su maestro unas cuantas veces. El aprecio por él sólo había crecido a lo largo de los años.

***

Luego de semanas de viaje por fin arribaron a la pequeña aldea blanca internada en el centro del desierto. La caravana se detuvo a unos cuantos metros alejada del lugar. Moshé y Bezalel caminaron hasta llegar a una de las primeras casas. La aldea estaba detrás de una especie de cordón montañoso formado por la acumulación de arena, amontonada a través de los años por obra de las tormentas y vientos típicos de la zona.

Uno de los artesanos salió al encuentro de los dos viajantes.

Moshé se adelantó y habló con él. Luego volvió hacia la aldea.

—Moshé, no me dijiste la primera vez que estuvimos aquí cuál es el idioma o lengua que manejan estas personas. Tengo que explicarles lo que deben hacer, pero no les entiendo ni una palabra, y dudo que ellos puedan entenderme a mí —comentó el emperador cuando vio a su maestro regresar hasta donde él estaba.

—Claro que no les entenderás. No hablas su idioma. Pero ellos si podrán entenderte a ti. Sólo diles lo que tienen que hacer y ellos realizarán el trabajo. Eso es todo —contestó.

Al cabo de un tiempo de espera comenzaron a verse por doquier artesanos salir de sus casas, y otros más que venían desde toda la periferia de la aldea. Habían estado trabajando en las cercanías, en algún punto del desierto. El número de ellos ascendía a miles. Tomaron todo el tiempo que les fue necesario para acomodar sus pertenencias y provisiones en sus propios carros y formaron una nueva fila de carros, caballos y carretas tiradas a caballo, repletas

de vasijas, telas y lonas de todo tipo y volvieron a la aldea.

—Esperaremos la salida del sol para retornar a Selana. Haremos noche en la aldea. Que descansen —dijo Bezalel a viva voz a su propia gente, quienes habían sido sus compañeros de viaje.

Unas veinte personas en total, incluidos algunos miembros de la Guardia Imperial.

Los artesanos hicieron ingresar a los viajantes a una de las casas blancas de paredes suaves y relucientes que tenía un tamaño llamativamente superior al resto. Era un albergue extremadamente limpio que contenía dos filas de camas enfrentadas, con una cama una al lado de la otra. Una mesa de luz separaba entre sí, y sobre ellas, una vela alumbraba cálidamente la cabecera de la cama, siendo portadas por una pequeña taza metálica sostenida por un plato adosado, del mismo material. Lo primero que se veía dentro de la construcción amplia y rectangular era una mesada de piedra pulida en color muy claro que contenía un lavabo metálico.

Al costado de éste, una gran cantidad de platos y cubiertos yacían recién lavados. Un mesón alargado y de gran tamaño con banquetas de madera estaba en el medio de la sala. Luego, el lugar se reducía a un pasillo de algunos metros de largo y finalmente ahí estaba la zona de descanso con las camas.

—Ven, Bezalel. Dormiremos en una de las casas principales. Dejemos a nuestros acompañantes descansar —dijo Moshé pasando cerca de la puerta del albergue. El emperador y el gobernador ingresaron a una casa que se localizaba en el centro de la aldea. Tenía dos pisos, y una escalera frontal exterior, cuya baranda y escalones estaban confeccionados por el mismo material blanco y pulido del resto de la casa. Cuando ingresaron al piso de arriba, un comedor amplio y limpio era el primer ambiente con el que se encontraban. La mesa y sillas de madera, la misma mesada con el lavabo que tenía el albergue y hermosas alfombras de colores agrestes le daban un toque cálido y hospitalario a las relucientes y aseadas instalaciones. Moshé sacó de su bolso de viaje una pequeña caja redonda, plateada, con hermosos ornamentos que decoraban la tapa. Tenía cuatro patas petizas conformadas por bolas del mismo material, que permitían que la caja se mantuviera despegada de la superficie de apoyo.

—Quiero que tengas esto en tu poder. Ha llegado el momento de hacer uso de ellas. —Se acercó a Bezalel que había terminado de lavar su rostro y sus manos en el lavabo cercano a la puerta de ingreso.

—Dime, ¿qué es? —contestó secando el agua que aún chorreaba de sus manos con una toalla que estaba colgada en un gancho de la pared.

—Los rubíes y zafiros que extrajiste del Monte Reuven —contestó escuetamente. Por un momento reinó un completo silencio entre los dos.

—Los has conservado hasta hoy. Me asombra. No lo esperaba —contestó corto de palabras.

—Así es. Te prometí que lo haría —Moshé lo miró a los ojos con un gesto de satisfacción—. Ahora escucha bien lo que voy a decirte —le advirtió el sabio maestro, interrumpiendo el ambiente nostálgico que se había instalado.

—Dime. Soy todo oídos —dijo Bezalel mientras mordía un pedazo de pan que había sacado de una pila de panes que habían traído envuelta en telas gruesas.

—Deberás ahora pulirlos con tus manos. Aún tienen fragmentos de roca y suciedad por todos lados. Tal como los sacaste, así quedaron. Úsalos en donde quieras. Fabrica las piezas que desees. Sin embargo, no puedes utilizarlas en el estado actual en el que se encuentran. —Hizo una pausa y se sentó en un sofá grande y tosco, hecho en madera oscura, arropado con almohadones generosamente rellenos. Bezalel los tomó suavemente, acarició las piedras y luego hizo lo mismo con las pequeñas rocas que debían ser retiradas.

—Está bien. Me va a gustar pulirlas, dejarlas suaves y despejadas. Además, ya tengo pensado en donde voy a colocarlas.

Haré un hermoso mueble donde colocaré papiros muy preciados para Elizabeth. Una gran biblioteca para aquellas historias que la mantuvieron motivada y con esperanzas, en las cuales cada personaje le daba una reinterpretación mejorada de su propia realidad… y de la mía también. Las dejaré con una forma perfectamente redondeada y alisadas por todas sus aristas. —El emperador las analizaba de cerca y se organizaba para su próximo trabajo de artesano, que aún no abandonaba. Esta vez lo haría por gusto, por pasión.

—Quiero que retengas mis consejos para gobernar y dirigir una obra sin precedentes: estas piedras simbolizan a tu gente. Los trabajadores, escribas, oficiales, siervos, a los súbditos del imperio. Debes, entonces, aprender a mirar a cada uno de ellos como una piedra preciosa en bruto, la cual demandará de ti el desarrollo de dos habilidades: la de ver más allá de las desprolijidades y los restos de roca que cada uno de ellos tenga, y la de trabajarlos hasta que queden como hermosas piedras preciosas, pulidas y cautivantes. Recuerda que la característica más distintiva de estos elementos es su resistencia. La destreza en trabajarlos con suavidad y respeto corresponderá a ti. Si las fuerzas o las maltratas, no lograrás formarlas de acuerdo con el destino que estén llamadas a tener.

En cambio, si respetas sus procesos, sus tiempos, si tienes la

paciencia y la sabiduría de pulirlas con cuidado, acompañándote de una mirada apreciativa, obtendrás brillantes de gran valor. Tú estás al servicio de tu pueblo, y es tu trabajo sacar lo mejor de ellos, su parte más brillante, sus talentos más innatos, sus capacidades escondidas. Debes ser un emperador que convierta a este pueblo de gente sin esperanzas en personas empoderadas, fuertes, talentosas. Nunca olvides que estás ejerciendo el máximo poder de todo el Imperio de Scaeva tan sólo por haber entrenado tus habilidades, por haberle dado lugar a tus virtudes. Abandona el pensamiento de tus anteriores e invierte la ecuación: no son más tus súbditos. Tú trabajas para ellos —Bezalel no contestó. Hizo suya cada palabra de su maestro en silencio—. Que descanses —dijo Moshé y se fue hacia una de las habitaciones.

***

Los portones de Selana se abrieron. El pueblo esperaba con ansias y júbilo la llegada del emperador. El ingreso lo hacía de pie sobre una carreta tirada por dos caballos. Una corona sencilla decoraba su cabeza, repleta de esmeraldas en todo su contorno. Bezalel vestía de verde siempre, en costosas telas de variadas tonalidades. Debajo de ellas una túnica blanca, y a veces también usaba de color marfil. La gente gritaba, aplaudía. Se acercaban con excitación. Tocaban sus manos. La caravana insistía en su avance, pero inevitablemente la muchedumbre frenaba por momentos la velocidad que esperaban tener. Los habitantes oriundos de su misma tierra: los hebreos que vivían por toda la capital corrían a toda prisa para saludar al flamante emperador. Aquel hombre significaba la personificación de la esperanza para millares de individuos con realidades duras de vivir. Cada día se convertía en un nuevo desafío difícil de soportar. Debían sobreponerse a semejantes contratiempos y obstáculos. Bezalel insistía, cada vez que visitaba la ciudad, en pasar obligadamente por el barrio de su gente. Se sentía como en casa.

La emperatriz lo esperaba en la escalinata principal del palacio real. Con un hermoso vestido de seda y gasas dominadas por el azul intenso, combinado a la perfección con los zafiros azules de su corona confeccionada en plata, realzaba aún más el color cielo de sus ojos y su irreductible juventud.

El aclamante pueblo quedó estupefacto al ver el ingreso de la segunda caravana: miles de hombres pisaron las calles de la gran ciudad de Selana apenas cruzaron los portones. Algunos en carros, otros a pie, y otros cientos montados a caballo. Por momentos parecía que la multitud de personas se había esfumado como por arte de magia. Como si hubiese quedado la calle completamente vacía y despejada, así fue el silencio que se adueñó del ambiente en

una eternidad subjetiva. Era interminable. Jamás se habían visto tantos artesanos convocados en un sólo lugar.

Cuando el pueblo salió de aquél estado de sorpresa, shockeados, comenzaron a saludarlos con la misma efusividad y adrenalina que habían mantenido segundos antes de verlos aparecer. La movilización llegó hasta las puertas del palacio. Gran parte del personal de este estaba abocado a la organización del hospedaje y ubicación de semejante multitud, quienes saturarían la totalidad de la capacidad habitacional de la capital.

Bezalel se inclinó ante Elizabeth. Siempre ella intentaba desalentar aquellas actuaciones en público, pero parece que el emperador, por momentos, se olvidaba de tanta popularidad y sólo quería sacarle una sonrisa a la bella mujer. Ingresaron al palacio, seguidos de un ejército de oficiales, escribas y ayudantes. Corrían detrás de él con torres de papiros de todos los tamaños. Ingresaron a la sala del trono. La misma que un día vio entrar a un humilde y desprolijo artesano a ofrecer su brillante idea. Aún miraba la silla donde estuvo sentado aquél día. Donde sus piernas temblaban y sus pies se pisaban entre sí. Quizás nunca podría despojar ese sillón de madera de semejante anclaje emocional. Elizabeth a su izquierda, Moshé a su derecha y Ohad al lado del maestro. Encabezando el grupo de escribas, también se encontraba el fiel Ezequiel. El resto de los butacones de madera finamente trabajados y delicadamente decorados eran ocupados por personal de todas las áreas de especialización. El pueblo aún estaba eufórico, rodeando el palacio, la plaza principal. Se resistían a abandonar las calles por las cuales habían circulado las dos caravanas.

Bezalel era a Selana lo que el alma es al cuerpo. Se sentían completos, protegidos, en paz.

***

La reunión duró hasta la madrugada. Los siervos entraban y salían con coloridos platos y fuentes de plata a la hora de la cena. La organización de la obra tenía fecha de inicio: la próxima salida del sol. Docenas de escribas replicaban las diferentes órdenes de construcción, los papiros que estarían destinados a sincronizar la organización. Al pie de todos ellos, el sello imperial. Algunos llegarían a destinos increíblemente remotos. A meses de distancia. Ese era el trabajo de la emperatriz: coordinar las escrituras que salieran del palacio, y sellarlas, claro. Las revisaba antes de marcarlas con el cebo rojo. Disfrutaba de leer. Siempre disfrutó de leer. Ezequiel organizaba el arsenal de escritorios de la sala contigua, cada uno de ellos ocupado por escribas que manejaban diferentes lenguas para llegar hasta los oficiales de los pueblos más autóctonos. Los que no habían sido penetrados en demasía por la

cultura de Selana, por la idiosincrasia del imperio, debido a su extrema lejanía. Ella había aprendido en todo este tiempo los principales idiomas. También entonces revisaba los pliegos en las lenguas extranjeras que entendía, para mantenerse activa en el dominio de las lenguas.

***

Al día siguiente el sol anunció el lanzamiento de la obra.

Los artesanos se habían adelantado al mismo, por lo cual, junto a la luz del amanecer, los hombres estaban ya situados en el escenario de la construcción, algunos kilómetros alejados de la ciudad, donde los primeros acueductos debían comenzar a ser construidos. Bezalel no se perdería por nada del mundo el inicio de lo que alguna vez fue una descabellada idea dentro de su delirante mente de carpintero, o al menos eso sintió todos los días que transcurrieron desde su audiencia en el palacio hasta la visita de los oficiales imperiales. A esa distancia la muralla que encerraba a Selana se veía como una delgadísima línea en el horizonte.

Moshé apareció vestido como maestro del predio de trabajos en madera, como lo hacía antes, en su otra vida, previo a ser nombrado gobernador de la capital imperial, sucediendo a Titus Vitellius en el cargo. Con su sencilla túnica en marrón claro. Esta vez se veía la calidad de sus tejidos, claramente superior a la túnica similar que usaba en sus años de predio. Ambos recorrieron la zona a pie. Llevaban los planos en sus manos. Desplegados de punta a punta, los consultaban cada un par de segundos, para asegurarse de llevar a la práctica cada planificación previamente estudiada y repasada hasta el hartazgo.

—¿Qué ocurre que no han llegado con las herramientas? Además, aun no entiendo porque me dijiste que no diera la orden de fabricar las bases en piedra sobre las cuales se edificarán las columnas de la misma piedra que sostendrán las canaletas de madera—dijo Bezalel a Moshé a penas se dio cuenta de que sólo había postes de maderas apiladas. Miles. Cientos de miles de maderas apiladas. Previamente habían sido barnizadas con una mezcla que habían usado durante años en el predio, que la protegía de la humedad y las diversas variaciones de temperatura, entre otros beneficios. Por ésta razón el aspecto de las piezas de madera se mostraba brillante, con un efecto húmedo.

—No lo haremos como piensas, Bezalel. ¿De verdad crees que tu gente puede esperar los tiempos normales de construcción? Hay personas y animales muriendo de sed desde que Aulus aún estaba con vida, postrado a causa de su enfermedad. No hay tiempo para eso. Lo haremos bajo el método de los artesanos del desierto —dijo el gobernador en su vestimenta de trabajo, interrumpiendo lo que el

emperador había estado diciendo. Bezalel lo miró con un gesto cuestionador. Pero a esta altura de su vida, se había acostumbrado a mantener una postura mental abierta con respecto a Moshé.

El gobernador se alejó para hablar con el jefe de los artesanos del desierto. La conversación duró un lapso de tiempo interesante. Bezalel se afirmó contra la pared conformada por la madera apilada. Esperó ahí todo ese tiempo.

—Los oficiales principales están listos para recibir tus órdenes. Explícales todo lo que sea necesario en base a los planos.

Ellos te entenderán. Sólo diles el trabajo que deben hacer. — Moshé se acercó hasta donde Bezalel se encontraba.

El emperador con los planos en las manos se aproximó hasta el lugar donde se mantenía el numeroso grupo de jefes de obra reunidos. Alzó un poco su voz para asegurarse de poder ser oído por todos. Les dio las indicaciones principales. Todos ellos asentían con sus cabezas. Parecían entenderlo. Luego de las directivas, se dio vuelta y caminó hacia el toldo blanco sostenido por cuatro postes de madera, debajo del cual se encontraba una mesa de madera de gran tamaño donde mantenían desplegados los planos. Bezalel dejó los papiros acomodados ahí y luego se retiró al interior de la gran carpa que había mandado a instalar.

Era su obra. Estaría ahí de la misma manera que sus antecesores se mudaban temporariamente junto al ejército, en cada campaña militar.

***

Pasaron algunos minutos luego de que había hablado con los principales entre los artesanos del desierto. Bezalel se recostó sobre un sillón largo de color violeta suave ubicado al lado de su escritorio, dentro de la tienda. Reposó su cabeza sobre el apoyabrazos y estiró sus piernas. Cerró sus ojos. Respiró profundamente. Lo hizo varias veces más. Desde que tuvo aquella idea, hasta hoy, habían pasado años de planificación, que incluso abarcó el último periodo de vida de Aulus. Aprendió mucho de él.

Le enseñó de forma resumida e intensiva cómo debía gobernar un imperio, más grande y desafiante de lo que cualquiera podría haber imaginado. Generalmente, y era altamente conveniente que así fuera, una persona destinada a ocupar el primer mando debía transitar todos los años de su niñez y juventud temprana aprendiendo sobre el arte de gobernar. Pero este no había sido el caso.

Sin embargo, Bezalel había nacido con las habilidades sociales y la sensibilidad humana necesaria y suficiente para convertirse en un líder carismático, de brillante criterio e intuición natural. Sumado al hecho de que Aulus encontró en él la fortaleza de un vínculo como

el del padre con un hijo. A veces, incluso lo extrañaba. Había dedicado todo de sí para instruirlo. Estaba eternamente agradecido, a pesar de inestable carácter, fomentado días tras día por la hostilidad de la enfermedad y el consecuente debilitamiento de su sistema respiratorio.

Rápidamente salió de su burbuja de pensamiento reflexivo cuando se vio estremecido por un temblor que sacudió levemente el suelo. Se levantó a gran velocidad del sofá y salió de la tienda para saber qué había sucedido. Cuando lentamente comenzó a detener su paso. Sus ojos entrecerrados por el sol y el polvo luchaban por mantenerse abiertos y así entender qué estaba sucediendo.

Moshé lo miró e hizo un gesto con su cabeza invitándolo a mirar aquel despliegue.

Los artesanos del desierto habían formado un gran y perfecto círculo. Podían ser trescientos, o más. Se habían arrodillado en el suelo y con sus puños apretados habían golpeado la tierra.

Lo hicieron nuevamente. Después del último golpe, comenzó a levantarse una nube suave de tierra y arena que los envolvió por completo. Luego nació del seno del gran círculo una columna de arena impulsada por ráfagas violentas de viento que absorbía más y más arena del lugar. Seguidamente, el torbellino de arena y viento envolvente terminó por agrandarse hasta abarcar a todo el círculo de artesanos. Ahora la arena se levantaba como las olas del mar, siguiendo el movimiento de la gran nube, hasta que por fin el horizonte dejó de verse. Había quedado bloqueado completamente por la arena. Parecía niebla. De la más densa. Impenetrable. No se veía nada a través de ella. Se movía con agilidad y velocidad a través de esa espesa cortina que se hacía cada vez más alta y ancha, avanzando y ganando metros en cuestiones de segundos. A esta altura, ya se había transformado en una especie de muralla de arena movediza, hiperquinética, enérgica y veloz. Las ráfagas de viento soplaban desde diferentes puntos, causando bruscos cambios de velocidad y de rumbo. La muralla continuaba creciendo. Se hacía más alta a medida que el viento seguía soplando. Los cientos de hombres habían sido tragados hacía un buen tiempo por aquella tempestad indomable de viento y arena.

Bezalel se mantuvo al lado de Moshé. Lanzaba miradas de preocupación e incógnita hacia él todo el tiempo. No entendía absolutamente nada. Quería saber si esos hombres seguían con vida.

Si el temblor del suelo y semejante despliegue climático había tenido algo que ver con los golpes iniciales o sencillamente se había levantado una espantosa tormenta inesperada. Lo confundía de sobremanera el aplomo y la tranquilidad de Moshé, quien se mantenía mirando aquella visual como si fuese una entretenida

actuación de la cual tenía todo bajo control. El emperador optó por esperar. Después de todo había visto suceder fenómenos inexplicables frente a sus ojos, muchas veces, de la mano del modesto maestro.

***

El viento comenzó a ceder. Lentamente la muralla de arena descendía de su inmensa altura. La visibilidad también comenzó a mejorar. Finalmente, todo quedó completamente despejado. Ahí estaban los artesanos. Por fin se vieron más nítidos. Sin embargo, Bezalel caminó estupefacto hacia ellos. Su gesto facial se mantenía mucho más arrugado de lo que el sol y la polvareda podían demandar. Moshé lo siguió. Cuando llegó hasta ellos lo pude ver.

Estaba frente a él. Con formas arqueadas perfectas. Bases rectangulares sólidas. Columnas robustas y anchas. Los artesanos del desierto estaban trepados sobre la gran obra. Colocaban las maderas en la parte más alta de la construcción. Las unían con sus manos empujando suavemente los clavos como si fueran chinchetas penetrando un telgopor.

—Primer tramo construido. Asegúrate con Ohad de que tengamos suficiente madera. Para esta velocidad de trabajo necesitaremos diez veces la cantidad de carpinteros que actualmente están en el predio —dijo Moshé con total naturalidad. Bezalel lo miró estupefacto. Atónito. Mezclaba miradas entre el maestro y el tramo de acueductos, que estarían destinados a cruzar por sobre el río recién, construido. No podía salir del asombro. Era cierto.

Absolutamente cierto. Lo comprobó cuando se acercó a la distancia de poder tocar las columnas de piedra con su mano. Dos tramos más y las orillas de tierra firme quedarían completamente unidas. Desde allí, desde el único lugar que aún tenía agua se nutriría toda la vía que transportaría el tan estimado elemento vital hacia todos los lugares del imperio.

—No haré ninguna pregunta. No quiero entender lo que acaba de suceder. Nuevamente me acostumbraré a vivir con estos eventos inexplicables. Continuemos. Tenemos mucho por construir. Y nos esperan kilómetros de acueductos subterráneos —dijo el emperador al maestro. Moshé dio la orden de continuar. Los artesanos asintieron con su cabeza y se movieron hacia la próxima zona de construcción.

CAPÍTULO 12

La poderosa Elizabeth

Una vez más la emperatriz estaba reunida con los consejeros del imperio y el Gobernador de Selana. Deliberaban primero, y luego redactaban aquellos decretos que regulaban diferentes aspectos de la vida política y económica del Imperio de Scaeva.

El anillo del emperador estaba en su poder. Aquello que fue su ilusión, su abstracción del mundo real que a veces la golpeaba con sus múltiples sinsabores, su fascinación, a pesar de ser mujer.

Leer y escribir le dieron accesos impensados para una joven de esa época. Pero aún más virtuosa logró ser gracias a su natural discernimiento. Impregnado de pura lógica pragmática, adosada a su sensibilidad por lo humano, esa sensibilidad que anida en el interior de las entrañas de cada mujer, aquella que pertenece al profundo ámbito de lo materno, hacían que la emperatriz estuviera dotada de un magnífico criterio. Ni que decir de la confianza que Bezalel tenía en ella. No una confianza a ciegas. Sino, todo lo contrario. Él había podido comprobar cómo su mujer se había desenvuelto con eficiencia en numerosas situaciones. Su mente y su corazón fueron siempre sus grandes virtudes.

***

Cada decreto debía ser revisado y aprobado por el emperador. Eran doce los consejeros, contando a Elizabeth. Generalmente, cuando se trataba de asuntos que involucraba regiones en particular, estaba también presente el gobernador de la zona en cuestión, y si fuese necesario, sus propios consejeros y jefes inmediatos, de acuerdo con el orden jerárquico en la línea de mando.

La reunión duró toda la mañana. Era importante decidir la ramificación que tomaría la obra de los acueductos, que ya se expandía a lo largo de una buena porción del imperio. Pero el asunto era delicado. Había pueblos y ciudades más comprometidas a causa de la sequía. Las más pobladas, las de mayor generación de impuestos a causa de sus producciones y del movimiento mercantil. Estaban las que demandaban prioridad en la atención debido a las extensiones de plantaciones y cría de ganados de todo tipo.

Las más cercanas al puerto podían esperar, y ese criterio, proveniente del difunto emperador Aulus Equitius se respetaría a rajatabla. Las más alejadas, a su vez, batallaban con la dificultad de tener que viajar largas distancias para traer agua desde aquellos pueblos donde los acueductos ya estaban siendo habilitados.

Demasiados factores por considerar. Todo el cuerpo de

consejeros pasaba buena porción de sus jornadas laborales organizando la obra más importante que se conocería en toda la historia del imperio.

Elizabeth envió a una de sus más leales servidoras hacia el despacho del emperador. Se tomaba su tiempo para leerlo y revisarlo. Luego de eso, mandaba a llamar a su esposa quien sellaba el documento legal con el anillo. Aquel símbolo constituyó el primer voto de confianza que Bezalel había dado a su mujer en la vida política del imperio. Le encomendó su anillo. Quién, sino ella, para ser su mano izquierda. Ya que su mano derecha había sido siempre su maestro, Moshé.

***

Aprovechó para entrar detrás de la sierva de Elizabeth. Una sola interrupción al emperador era un detalle de cuidada consideración que tuvo hacia Bezalel, que siempre se encontraba por demás ocupado.

—Permiso, señor, quisiera hablar un momento contigo — dijo el gobernador, juntando la puerta luego de entrar.

—Moshé, por favor, cuántas veces tengo que decirte que no te dirijas de esa forma hacia mí. Ni mucho menos cuando estemos solos —contestó Bezalel sin despegar los ojos de un largo y extenso rollo de papel.

—Pues bien, tengo algo que conversar contigo. Un pequeño detalle del cual no tenía ni la menor idea. —Se sentó en frente del emperador, apoyando sus antebrazos en el escritorio.

—Dime, maestro, ¿de qué quieres hablar? —soltó por fin el papel y enfocó sus ojos en el rostro de Moshé.

—Estuve compartiendo momentos de intensas conversaciones con Elizabeth —contestó.

—Perfecto. Es una buena noticia. Dos personas que respeto y admiro profundamente. La mujer que amo y el mejor maestro que la vida haya podido darme, entretejiendo una amistad, es una noticia que me hace muy bien. Pero no creo que hayas venido hasta acá sólo a decirme eso. Vamos maestro, dime, ¿que tienes? —Se respaldó en el sillón cruzándose de brazos.

—Tu esposa encontró la puerta de silicona —dijo sin introducción alguna. Bezalel bajó la mirada e inspiró profundamente.

Luego exhaló. Hubo una pausa entre ellos. Se puso de pie, dejando de lado su elaborado sillón de madera, con un almohadón a rayas doradas, bordó, blancas y púrpuras que acolchonaba el asiento de este.

—No me ha comentado nada sobre eso. —Frunció su ceño.

—¿Por qué le ocultaste la verdad, hijo mío? —Moshé no parecía

estar a gusto con aquella actitud—. ¿Acaso te avergüenzas de tu pasado? ¿El mismo pasado que te trajo hasta aquí y te convirtió en quién eres hoy? —inquirió.

—No es precisamente vergüenza. A veces prefiero hundirme en mis obligaciones del presente y pensar en toda esta gente que depende de mis decisiones. Y en cuanto al pasado, bueno...

dejarlo atrás, finalmente. Otras veces, sin embargo, puedo darme cuenta que revolver y rascar mis vivencias anteriores todavía me causa un poco de dolor —contestó con total sinceridad.

—Está bien. No voy a juzgar tu decisión. Sin embargo, respóndeme lo siguiente: ¿es cierto que el hacha se rebela contra el carpintero porque está siendo duro con sus golpes? ¿O alguna vez discutió la madera contigo porque la tallabas, para hacer de ella una maravillosa pieza de arte, sólo porque le dolía? —Moshé continuaba mirándolo con dureza.

—Nunca hizo cosa alguna la madera contra mí —contestó algo desconcertado.

—Entonces, ¿por qué sigues debatiendo contra la vida por haber usado el dolor para formarte? De lo contrario tu pasado no te causaría molestia, sino más bien una profunda sensación de agradecimiento. De esa manera habrías compartido con tu esposa el proceso a través del cual te curaste —dijo distante.

—Es que, a veces, mi anterior yo, aquél que portaba esa mente errónea, llena de pensamientos limitantes, victimismo y autocomplacencia injustificada, vuelve a mí, y me invita a tomarlo de nuevo. Todavía batallo con mis creencias enfermas, nefastas. Quizás, el dolor lo siento cuando veo lo duro que fui para mostrarme más humilde. Para comprender con una mirada de mediano plazo. En el momento no podía entender la vida desdichada que llevaba y qué función estaba teniendo esa experiencia para formarme, para sacar lo mejor de mí —habló reflexivamente mientras amasaba un pequeño bollo de papel.

—Puedo entenderlo. Pero entonces dime, ¿acaso le dijiste que tu curación provino de su amor? ¿Qué sin su amor y sus cuidados no podrías haber sanado? —continuó el gobernador.

—Sí, maestro. Así fue. ¿Acaso piensas que yo podría haber sobrevivido sin su amor? ¡Claro que fue ella completamente esencial para que yo pudiera salir adelante! —el tono de la conversación se crispó un poco.

—Reviértelo, Bezalel. Y pronto —dijo con el gesto endurecido.

—¿Por qué debería hacerlo? No podría. Estoy agradecido por lo que ella hizo por mí. ¡No lo haré! —Comenzó la tradicional toma y daca de opiniones ríspidas entre ellos.

—¡Tú te curaste! ¡Cuando cambiaste tu mente! Cuando tomaste

el verdadero poder que dormía dentro de ti. Tu cuerpo no fue más que la caja de resonancia que mostraba tu resistencia a la vida, al aprendizaje. Si dejas que ella crea que te salvó a través de su amor, ¿qué clase de carga supra humana has puesto sobre sus hombros? Claro que fue una pieza clave para sostenerte cuando nadie más lo hizo. Pero de ahí a convertirla en tu salvadora personal, hay un mar de distancia. —El maestro caminaba por la habitación.

—Y en qué cambia eso que dices mi relación con ella? — Bezalel de a poco estaba aceptando el punto de vista de Moshé.

—En que ella no es libre ahora. Si fue tu salvadora personal y gracias a ella estás vivo y sano, entonces no podrá apartarse de ti, si ella así lo deseara, ya que caerías inmediatamente desplomado. Procura por todos los medios que ella sea libre para amarte.

Y el hecho de estar a tu lado que sea su propia decisión, a pesar del poco tiempo que puedes dedicarle. —Se acercó a la puerta, teniendo la intención de abandonar aquel diálogo.

—Es cierto. Una vez más encuentro razón en tus palabras.

¿Debería hablar con ella? ¿Contarle todo? —preguntó con voz calma.

—¿Acaso eres un niño para que te diga todo lo que debes hacer? Fuera de eso, ella ya sabe todo. No sólo se lo mostró la puerta de silicona. Sino que la llevé al Monte Reuven, en el desierto de Neguev. En la última caravana, en la cual me acompañó, cuando fuimos a controlar la obra de los pueblos del sureste del imperio. Ella quiso ver en persona lo que la puerta le mostró. — Y salió del lugar.

***

Bezalel tuvo esa conversación con su maestro durante todo el día revoloteando en su cabeza. La noche llegó. Habitualmente, era el único momento que podía conversar con su mujer y estar con su pequeño hijo, ya fuera en la habitación principal, o en una caminata por los jardines del palacio.

Si la vida había sido un duro entrenador, nada se comparaba con el agotamiento con el cual caía rendido a la cama. Obligaciones, responsabilidades y toma de decisiones, cada día parecían reinventarse desde cero, formando un cúmulo de base de permanente y sostenido trabajo, exigente y estratégico.

Esa noche la invitó a caminar por los jardines. Acostumbrados a la presencia constante de sirvientes, que debían velar por cada detalle que formara parte de un entorno lo más idóneo posible, el emperador y su mujer los hacían parte de sí mismos.

Caminaron en silencio. Uno al lado del otro. Sintiendo simplemente la compañía. Levantaban sus miradas hacia el cielo de manera alternada. Era costumbre de su país de origen contemplar

las estrellas de la noche. Luego de aquel silencio en compañía, Bezalel por fin rompió el clima.

—Elizabeth, amor, hay algo que quisiera conversar contigo.

Entendería si estás decepcionada de mí. Y, créeme que no intentaré justificarme. Pero hablar contigo me devolvería un poco la paz a mi corazón —dijo, tomándola de la mano.

—Dime ¿qué es lo que deseas hablar? —respondió con calidez.

—Sé que has estado con Moshé. Es decir, sé que has estado en mi habitación privada, para ser preciso. La de los muebles. La de la puerta de silicona —tartamudeó.

—Así es. —Pareció fría y distante.

—A pesar de que sería comprensible que estés decepcionada de mí, en base a mis acciones, si te oculté esa habitación, sus muebles, o todo lo que la puerta te mostró, no tuvo nada que ver contigo. No fue falta de confianza. Claro está cuánto te estimo y confío en ti, en la autoridad que tienes en este imperio. —Se esmeró en su introducción.

—Sí, te sigo. Continúa —respondió, y se sentó en un banco de mármol, frente a un grupo de flores tupidas y de varios colores.

—Se trata de alguna resistencia que aún queda en mí con respecto a mi propio pasado. No cuesta nada acostumbrarse a la buena vida, al poder, a los lujos y a la abundancia. Pero, en cambio, cuesta una vida acostumbrarse a la pobreza, a la escasez, a las limitaciones. Convivir con ellas. Aceptarlas. —Sus palabras fueron transparentes como el agua.

La poderosa Elizabeth – El emperador de la puerta de silicona — No te culpo, Bezalel —contestó, mirándolo a los ojos.

—¿Eso crees? Es decir, gracias, pero, pensaba que… —Se sintió extrañado.

—Fue ahí, en esa habitación, antes de que tú le dieras ese destino donde cargaste con mi negación al pasado. Con la negación que yo no estaba asumiendo. Preferiste ser tú quien quedara como quien aún debía madurar, librándome de mi propia responsabilidad. —Acariciaba sus manos con un poco de sudor frío.

—¿Qué dices? Todavía no termino de comprender. Siempre fuiste dócil con la vida, y supiste adaptarte a cualquier situación que te tocó atravesar —agregó con el ceño fruncido, notando el estado de sus manos.

—Es ahí donde te equivocas con respecto a mí. En esa habitación, a penas entramos a este palacio, antes de la sucesión del mando, te pedí que quería ser conocida por el pueblo bajo otro nombre, el que llevo ahora: Elizabeth. —Su garganta estaba anudada.

—Pero tu razón fue noble. Quisiste ser conocida con el nombre

de tu madre. La que perdiste cuando eras tan pequeña.

Creo que fue una actitud de respeto, de honra. El pueblo te admira, y te respeta. Para ellos eres "la poderosa Elisabeth", su emperatriz. —Estaba profundamente emocionado.

—Puede ser que suene bien, si lo planteas así. Pero en realidad quise escindirme de mí misma. Específicamente de Johanna.

De aquella sirvienta que fui de mi madrastra y hermanastras. De la esposa desafortunada. De aquella que fue nadie, invisible incluso —Hizo una pausa—. Quise dejar atrás ese pasado que también me causaba dolor y lo oculté bajo una buena razón. Por eso te entiendo, por cómo has actuado, porque yo actué igual. — Respiró profundamente, intentando desatar el nudo de su garganta.

—Está bien. Puedo entender tu punto de vista. —Bezalel se liberó de una carga de ladrillos apilados sobre su espalda.

—Gracias por comprenderlo. Y espero que comprendas también las razones de tu corazón, con respecto a aquella habitación. Todo eso que hiciste fue maravilloso, del mejor gusto y la más experta mano, obras de un digno escultor. Sin embargo, el modo en que lo construiste fue un desafío para cualquier mente humana. — Aprovechó para dar su opinión.

—Así fue. Cuando los demás veían belleza y arte, yo veía dolor, sufrimiento y sudor. Creo estar superándolo. —Se rio de sí mismo.

—Eso sí, la próxima vez que vayas a sacar rubíes y zafiros del Monte Reuven, por favor, enséñame, así traigo para mí todos los que quiera. —Ambos rieron relajadamente. Se quedaron ahí, disfrutando un rato más de la brisa de la noche y aquella vista privilegiada antes de envolverse en sus sábanas de seda, para entregarse al sueño y al descanso.

***

Moshé caminaba a paso ligero por la galería del palacio. Tal como lo habían acordado el día anterior, llegaba a tiempo para reunirse con Elizabeth en la puerta de la habitación del emperador. A lo lejos pudo ver que la emperatriz caminaba en dirección hacia él. Acercándose cada vez más.

—Gobernador, gracias por destinar de su tiempo para reunirse nuevamente conmigo. Quisiera preguntarle sobre un tema en particular. Algo que quedó pendiente ayer en mi mente, y por falta de tiempo debí postergar. —Frenó sus pasos al hablar.

—El tiempo que sea necesario puedo dedicarle, señora. Dígame ¿en qué puedo ayudarla? —contestó. Ella lo tomó del brazo y buscó apartarse un poco del centro del pasillo, para no estorbar la circulación. Además, aprovechó para mirar hacia todos los ángulos, esperando comenzar a hablar cuando estuvieran completamente solos.

—Pues bien, Moshé, ¿sabes cómo me conoce la gente? Es decir, Bezalel me comentó algo que me dejó bastante pensativa.

Y en realidad era eso lo que quería hablar contigo. Sé que frecuentas las calles más que yo —explicó mientras apoyaba su brazo en la baranda de ornamentadas rejas de hierro forjado y mármol.

—La conocen por su nombre, señora. La gente aprecia a su emperatriz —contestó escuetamente.

—Está bien. Agradezco la respuesta. Sin embargo, anoche, conversando con mi marido, él dijo que la gente me conocía como "la poderosa Elizabeth" y no puedo ocultarle que me llamó la atención. Un calificativo así, como ese. —Su mirada estaba fija en Moshé, buscando una explicación más elaborada.

—Así es, señora. Todos conocen su historia, y la del emperador. Dos extranjeros, que tenían vidas tan comunes, y desdichadas incluso, desde la óptica que pueden tener algunas personas. —Hizo una pausa para posarse él también sobre la baranda.

—¿Y qué me hace poderosa? Además de ser esposa del emperador, y por consecuencia, tener algunas funciones delegadas por él —continuó confundida.

—No, Elizabeth, no es eso lo que la gente admira de usted.

Lo que le dio su poder y su nombre propio fue su misericordia.

La que tuvo alguna vez con un hombre enfermo e insolvente, como lo fue su marido en un tiempo pasado —replicó con firmeza.

—Pero no fue así en algunas ocasiones. A veces pensé en dejarlo, en abandonarlo. En intentar rehacer mi vida de alguna otra manera. En muchas oportunidades sentí bronca y rabia por aquella maldita enfermedad, porque no podía estar predispuesto para mí. Porque tuve que dejarme a un lado y ocuparme de él.

Imagínate, primero atendiendo a mi madrastra y hermanastras, toda mi infancia y mi temprana juventud. Luego atendiendo a un marido enfermo, pobre y en permanente dolor. Las batallas en mi interior fueron numerosas. —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Justamente es eso lo que le dio ese nombre. Su misericordia y la visión que tuvo para poder ver a ese hombre, uno que sufría una miseria agonizante, proyectándolo en un futuro mejor.

Eso fue lo que doblegó y puso al servicio de su mejor parte aquella porción egoísta que todos los humanos compartimos. No fue la perfección sin mancha lo que su pueblo admira en usted, sino sus batallas y victorias como persona. —Esta vez se explayó tal como Elizabeth esperaba que lo hiciera. Ambos quedaron unos instantes en silencio.

—Imagínate por un momento si ese hombre hubiera estado en completa soledad, ¿quién estaría hoy frenando esta espantosa

sequía? El trabajo fue de él, sin duda alguna, pero tú fuiste un motor para que siguiera intentando ser un hombre mejor y salir adelante. —Respiró profundo, fijando la mirada en el patio central.

—Gracias por su tiempo. Me fue de gran utilidad conversar con usted. Aprovecho para pedirle que envíe a la habitación de los consejeros al escriba principal, por favor. Quiero encomendarle un trabajo de suma importancia. —Le sonrió con la frescura que la caracterizaba.

—Claro, señora. Que tenga muy buenos días. —Y se alejó de ella.

***

—Permiso, señora Elisabeth. El gobernador me dijo que deseaba verme —se anunció el escriba primero del palacio.

—Pasa, Ezequiel. Y por favor, ahórrate la próxima vez todo ese protocolo innecesario —se rio para sí y se sentó en la mesa central.

—Está bien. Lo haré. Si así lo quieres —contestó, relajándose inmediatamente de aquella actitud rígida con la cual llegó.

Quizás, algo de extravagancia le diera como fruto esa sonrisa que siempre buscó de ella.

—Tengo un trabajo para encomendarte. Las mejores manos escribientes son las tuyas. Es algo muy especial para mí. Entiendo que todo lo acontecido en este imperio es registrado por los escribas. Sin embargo, hay algo que quiero que escribamos, que no tendrá el sello de la impronta política. —Lo introdujo en el trabajo.

—Dime, Elizabeth, ¿qué quieres que escriba? —contestó mientras acercaba a la mesa una pluma, un papiro y una pequeña botellita repleta de tinta.

—Quiero que escribamos mi historia, la historia de mi vida. La del emperador y yo —dijo con determinación.

Ezequiel embebió la pluma en la botella de tinta y comenzó a desplazarla sobre el papiro. Letra más letra, palabra más palabra, y la historia del Emperador Bezalel y su emperatriz iba tomando forma. Día tras día se reunía el escriba principal con Elizabeth, y ambos dibujaron la historia con los matices vivenciales y emocionales expresados a través de los dichos de los mismos protagonistas. Agregando cada color que pintó aquellas escenas del relato.

Esta es la historia que llegó hasta nosotros. La que supo transmitirse y preservar su existencia hasta hoy.

ÍNDICE

La poderosa Elizabeth

CAPÍTULO 1
El castigo CAPÍTULO 2
El escape escrito CAPÍTULO 3
El maestro de la alquimia CAPÍTULO 4
Regresión en el tiempo CAPÍTULO 5
Comunidad de destinos CAPÍTULO 6
El invento de libertad81 CAPÍTULO 7
Lo real de lo imposible CAPÍTULO 8
La puerta de silicona CAPÍTULO 9
El Monte Reuven CAPÍTULO 10
El traspaso decretado CAPÍTULO 11
La inexplicable ejecución CAPÍTULO 12
La poderosa Elizabeth

ÍNDICE

LA PODEROSA ELIZABERTH
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
ÍNDICE